

Diego García

Un acontecimiento escurridizo

CORDOBAZO:
SENTIDOS EN DISPUTA



Diego García

Un acontecimiento escurridizo

EL CORDOBAZO:
SENTIDOS EN DISPUTA

Autoridades

Juan Schiaretti | Gobernador

Walter Grahovac | Ministro de Educación

Delia Provinciali | Secretaria de Educación

Subsecretaría de Planeamiento, Evaluación y Modernización

Edith Flores | Directora General de Educación Inicial

Stella Maris Adrover | Directora General de Educación Primaria

María Cecilia Soisa | Directora General de Educación Secundaria

Claudia Brain | Directora General de Educación Técnica y Formación Profesional

Liliana Abrate | Directora General de Educación Superior

Carlos Brene | Director General de Educación de Jóvenes y Adultos

Alicia Bonetto | Directora General de Educación Especial y Hospitalaria

Hugo Zanet | Director General de Institutos Privados de Enseñanza

Edgardo Carandino | Director General de Desarrollo Curricular, Capacitación
y Acompañamiento Institucional

Santiago Lucero | Director General de Programas Especiales

Patricia Kisbye | Secretaria de Promoción de la Ciencia y las Nuevas Tecnologías

Luciano Garavaglia | Secretario de Gestión Administrativa

Autoridades del ISEP

Adriana Fontana | *Directora del ISEP*

Ruth Gotthelf y Paulina Morello | *Secretaría Académica*

Laura Percaz | *Secretaria de Organización Institucional*

García, Diego

Un acontecimiento escurridizo: El Cordobazo: sentidos en disputa / Diego García.- 1a ed.-
Córdoba: Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Instituto Superior de Estudios
Pedagógicos Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba, 2023.
Libro digital, PDF - (Pedagogía y Cultura)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-48955-2-3

1. Cordobazo. 2. Historia de la Provincia de Córdoba. I. Título.
CDD 371.32

Colección Pedagogía y Cultura dirigida por Adriana Fontana

Cómo citar este libro:

García, D. (2023). *Un acontecimiento escurridizo. El Cordobazo: sentidos en disputa*. Colección Pedagogía y Cultura. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Dirección General de Educación Superior, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

Este libro se encuentra disponible en formato pdf y epub. Se puede acceder a través de la página institucional del ISEP: www.isep-cba.edu.ar

Equipo de producción

Diego García | *Autor*

Laura Percaz, Barbi Couto y Agustina Merro | *Edición*

Agustina Merro | *Corrección literaria*

Guadalupe Serra y Sebastián Carignano | *Arte de tapa*

Sebastián Carignano | *Ilustración*

Diego Battagliero, Juliana Marcos y Federico Gianotti | *Fotografías de tapa*

Guadalupe Serra y Marcos Oviedo | *Diseño y maquetación de la colección*

Ana Gauna, María Florencia Scidá, Paula Fernández y Danilo Tonti | *Coordinación equipos de producción*

Este libro está bajo una licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial 4.0 Internacional ([CC BY-NC-4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)).



ÍNDICE

Prólogo	6
Introducción	13
Lección 1	
Un acontecimiento escurridizo	22
Posdata I	
La unidad de un año	48
Lección 2	
Lecturas del Cordobazo: acuerdos y desacuerdos	54
Posdata II	
El Cordobazo no ha tenido lugar	76
Lección 3	
Imágenes: política, violencia, juventud	81
Posdata III	
Fotografía y memoria	108
Lección 4	
La actualidad del Cordobazo: conmemoraciones y sentidos	113
Posdata IV	
Un experimento comparativo	146
Índice de imágenes	152
Referencias bibliográficas	157
Sobre el autor	161
Anexo. Diálogos entre Pedagogía y Cultura	162

PRÓLOGO

*El Mundo es pues lo que está entre nosotros,
lo que nos separa y lo que nos une.*

Hannah Arendt

*Construir un castillo fortificado
Trabajo de esclavo o juego maravilloso.
Todo está en la manera.*

Fernand Deligny

En 2016 abría sus puertas el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos (ISEP). A poco de esta apertura, comenzamos a imaginar el Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”. Dos acciones de la política educativa en Córdoba, consustanciales a una misma intención: revitalizar la pedagogía, el oficio de enseñar y estudiar *las maneras*. En un tiempo bastante –si no del todo– adverso a lo que anida en las entrañas de este oficio –el diálogo, la escucha, el acompañamiento, la espera–, convocamos al estudio. Al *studium*, esa acción que exige atención, demora, pensamiento que pueda hacer lugar a preguntas capaces de correr el horizonte de lo sabido. “Las preguntas son la pasión del estudio. Y su fuerza. Y su respiración. Y su ritmo. Y su empecinamiento. En el estudio, la lectura y la escritura tienen forma interrogativa. Estudiar es leer pre-

guntando: recorrer, interrogando las palabras de otros”¹. Es probar una y otra hipótesis, argumentar y contraargumentar, ejercitar, intentar, volver a intentar.

Convocamos a estudiar esa singular y esquiva relación entre Pedagogía y Cultura. ¿Qué supone el “entre”? ¿Queda hoy algo de aquel vocablo griego *paidagogía*, de *pais* (niño) y *agogos* (el que conduce)? ¿Cómo y cuáles son *las maneras* de la transmisión cultural en el siglo XXI?

En sociedades digitalizadas, atravesadas por fuertes brechas de desigualdad social, quisimos poner sobre la mesa de la formación docente aquello que obliga a repensar el trabajo de enseñar. Independientemente –y no tanto– de la materia que se enseña, ¿en qué consiste el trabajo del profesor; cómo se hace, qué produce, qué puede provocar?

“Esperé que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado, ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. *Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido todo esto*”². Es Albert Camus en 1957, cuando recibe el premio Nobel de literatura y le escribe una carta a su maestro, el profesor Germain.

1 Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.

2 Las cursivas son nuestras.

¿Qué puede desatar, qué horizontes inimaginables se pueden alcanzar *de la mano afectuosa, las enseñanzas, el ejemplo* de un maestro, una profesora? Esos actos condensan el momento misterioso que da sentido a la pedagogía.

Dice Philippe Meirieu en *Carta a un joven profesor*:

Lo que ocurre en ese momento es, propiamente dicho, extraordinario: contra todas las formas de fatalidad y a pesar de todas las dificultades objetivas de la empresa, *en la clase se produce transmisión*. Los alumnos aprenden, progresan cuando ya nadie lo esperaba. [...] Nos entusiasmos. La situación pierde protagonismo y, simultáneamente, el saber ocupa por completo las palabras que se intercambian... Entonces, el maestro halla tanto placer en enseñar como el alumno en aprender; el esfuerzo de uno apela inevitablemente al esfuerzo del otro y los logros comunes confieren a su presencia en clase una especie de evidencia que elimina, de golpe, todas las cargas cotidianas y todos los problemas institucionales³.

En 2016, y más aún hoy en la pospandemia –cuando asoman tecnologías como ChatGPT, el chatbot de inteligencia artificial–, el debate abre nuevas aristas que cobran protagonismo: ¿cómo interviene la inteligencia artificial en los

³ Meirieu, P. (2006). *Carta a un joven profesor: Por qué enseñar hoy*. Barcelona: Editorial Graó.

procesos de transmisión? ¿Cómo se reconfigura la relación con la cultura frente a su creciente digitalización? En el mundo de las “no-cosas”, parafraseando a Byung-Chul Han, se nos ocurre revitalizar la pedagogía. Decíamos en los inicios del ISEP:

[...] la pedagogía guarda relación con un tipo particular de diálogo, la mayéutica. Entre los griegos del siglo V antes de Cristo –época de la polis, la filosofía y el teatro– ejerció Sócrates la mayéutica. Según su origen etimológico: “El vocablo viene del arte mayéutico u obstetricia, que es el arte de la partera [...] la cual no compone ni forma a los recién nacidos, sino que solo ayuda a la madre a dar a luz” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 65).

A través de la mayéutica, Sócrates buscaba que sus interlocutores alcanzaran pensamientos, que lograsen componer ideas propias a partir de los diálogos. Destaquemos que conocimos este método a través de Platón, discípulo de Sócrates, que retomó este ejercicio por escrito en los famosos diálogos socráticos.

En términos generales, los pensadores griegos consideraban que: “Un hombre solo no lo podría conseguir: para ver claro en nuestra alma es necesario espejarse en otra alma, es decir, para llegar a la formulación de

la verdad se necesita del diálogo, aquel tipo de diálogo denso y preciso, “pequeño discurso” que Sócrates contraponen al tipo de “gran discurso” deslumbrador del que se complacían los sofistas con el único fin de persuadir al precio que fuere, preocupados más por el éxito que por la verdad y la justicia” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 66).

El legado que reconocemos en la mayéutica, en perspectiva pedagógica, es que al saber se accede con otros. Dicho de otro modo, es a partir del diálogo que es posible acceder al saber. No solo por lo que ese otro nos dice, sino, principalmente, por lo que ese otro nos permite pensar, descubrir con lo que nos dice, por cómo nos interpela eso que nos dice.

Si suscribimos, podemos revalorizar el diálogo como acto pedagógico del que devienen acciones que “un hombre solo no podría conseguir”. Si suscribimos, reconoceremos que para acceder al saber es necesario un tipo particular de diálogo “denso y preciso” al que otro nos invita. Si suscribimos, vincularemos la pedagogía con la apertura a la diferencia, a lo que otro ofrece, alienta, inspira a partir de una inquietud, de una pregunta, de aquello que genera intriga, que despierta el deseo, deseo de saber, de buscar la verdad.

Con ganas de reeditar la potencia de este origen en un presente que parece haberlo desplazado o, incluso, podría decirse que lo ha borrado, desarrollamos este espacio de formación que llamamos Pedagogía y Cultura y que se plasma en un conjunto de seminarios⁴.

Suscribimos. Por eso elegimos este fragmento para que nos vuelva a acompañar en el prólogo de esta colección homónima, ya que recoge el legado de aquel proyecto. Estos libros tienen, a su vez, independencia; se los puede leer y no cursar los seminarios, y viceversa. La colección habla a nuevos destinatarios, surge en un momento diferente; si bien se retoman los temas de las clases, se alejan de ellas para reeditarse como capítulos de un libro; son otra cosa, tienen otra composición. Pero bajo una forma y otra, el propósito es el mismo: reenviar a la cultura, a objetos –pues los libros lo son– y acontecimientos –pues la historia se hace a través de ellos– que se esfuerzan por poner en pie una morada, la casa que habilita la vida en común. Por eso, estudiantes, y ahora colegas lectores, en esta primera salida nos reencontraremos con Sarmiento, con el Cordobazo y con Jacques Rancière. El devenir de este proyecto no tiene límites, la esperanza del ofrecimiento tampoco; esperamos, en adelante, otros encuentros. Retomando a

⁴ Fragmento de “Diálogos sobre Pedagogía y Cultura”, texto de presentación y fundamentación de la propuesta de formación del ISEP destinada a estudiantes de formación docente y a docentes noveles. Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”. Puede leerse completo en el anexo de este libro.

Masschelein y Simons, es lo que colocamos en la mesa. La pedagogía es la responsable de abrir la pregunta incansable por la transmisión, no quiere descansar hasta hacerla carne o hasta que la morada, en efecto, reciba a los nuevos, les haga un buen lugar. Asumiendo que así, *entre*, la pedagogía se revitaliza. Y en esa relación, la cultura evita estancarse, volverse de unos pocos, perderse en solipsismos o quedar demasiado lejos de las nuevas generaciones a las que tan rápido hoy capturan un emoticón o un *like*. Hay algo más para ofrecerles, a eso apostamos con el ciclo de seminarios y con esta colección.

Adriana Fontana y Javier Trímboli

INTRODUCCIÓN

Ruth Gotthelfy Diego García

R: Podemos reconocer en el Cordobazo un acontecimiento que produjo, entre otros efectos, una suerte de educación sentimental del militante político; incluso sus narrativas más difundidas buscan reproducir ese modo de transmisión “política”. Sin embargo, sabemos que este libro, como otros de la colección, se origina en las decisiones tomadas para el diseño y el cursado de un seminario de formación docente dirigido a estudiantes y docentes noveles del ISEP. ¿Cómo se posiciona, entonces, este texto ante una voluntad específica de transmisión educativa?

D: En efecto, la transmisión política del Cordobazo parece indudable. En la actualidad hay, por ejemplo, una agrupación estudiantil en la Universidad Nacional de Córdoba que lleva el nombre “29 de mayo”. También podemos recordar los discursos de los legisladores de la provincia de 2013 que, de común acuerdo, decidieron que el 29 de mayo sea declarado el “día de las luchas populares”: en aquella ocasión, todas las fuerzas políticas –el peronismo, la izquierda, el radicalismo y el vecinalismo– reivindicaron su vínculo con el Cordobazo. Podemos mencionar, a su vez, los murales o los monumentos alusivos en diversas zonas de la ciudad, las notas conmemorativas que cada año se re-

piten en los medios de comunicación, e incluso el nombre elegido para calles importantes y edificios públicos. Todo esto parece contradecir el diagnóstico del historiador Eric Hobsbawm que afirmaba que uno de los fenómenos más característicos y extraños de nuestro tiempo es la ruptura de los mecanismos sociales que conectan y comunican la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores.

Esa vitalidad de la transmisión política del Cordobazo supone a la vez una ventaja y una dificultad para la transmisión educativa. Una ventaja, debido a que circulan representaciones e ideas sobre el acontecimiento que indican un suelo compartido, un cierto diálogo entre las generaciones. Una dificultad, porque –además de que involucra a algunos grupos y deja de lado a muchos otros– esas versiones y narrativas recuperan una única dimensión y, en ocasiones, solo aparentan una conexión: encontramos así una mera repetición de gestos que hacen del Cordobazo una referencia vacía. De ese modo, van petrificando o secando el acontecimiento (y el diagnóstico de Hobsbawm no parece tan equivocado).

En cualquier caso, la transmisión educativa debe partir de esta situación para intentar otro tipo de enlace. Es importante subrayarlo: no se trata de reponer un sentido alternativo, olvidado o “verdadero” del Cordobazo soslayado por la transmisión política o social. La tentativa del libro –y antes, del seminario– es la de ofrecer una aproximación al

Cordobazo que, para decirlo de alguna manera, se acerque todo lo posible a “un grado cero de la interpretación”: mostrar o exponer el acontecimiento evitando así su clausura hermenéutica o explicativa.

R: Leemos el texto como si el proceso de escritura estuviera animado por la necesidad de que el acontecimiento vuelva a ponerse frente a nuestros ojos recobrando, en ese gesto, algo de la experiencia original. ¿Es esto así y por qué?, ¿cuáles fueron las decisiones que hubo que tomar en la escritura para que esto ocurriera?

D: La escritura del libro estuvo efectivamente orientada por el objetivo de “traer hacia adelante” un objeto específico: volver a poner frente a nuestros ojos –al alcance de los sentidos– al Cordobazo. Se intentó no reducir el acontecimiento a un conjunto de comentarios y explicaciones –sean cuales fueren– para promover que los lectores tengan un acercamiento lo menos mediado posible. Ahora bien, ¿qué operaciones utilizamos para producir esa ilusión de presencia?

Una decisión fue la de poner en el centro de las clases al acontecimiento tratando, en especial, de recuperar la incertidumbre que produjo. Es que el Cordobazo provoca una ruptura o discontinuidad en el hilo de los días que descoloca a los hombres y las mujeres que asisten a su ocurrencia. Esa, nos parece, es su experiencia original (o “vivida”): una

mezcla de incomprensión y perplejidad atravesadas, como señala Antonio Marimón en un relato que recuerda aquel día, por una “embriaguez pavorosa”. Los intentos inmediatos de capturarlo bajo un significado –para condenarlo o festejarlo, para obtener una lección o explicarlo– no son ni más ni menos que síntomas de esa incomprensión que el Cordobazo provocó. Fundan, a su vez, una disputa por definir qué sucedió y así orientar lo que vendría después, el futuro (o los futuros) que el acontecimiento hizo posible vislumbrar o imaginar.

Por otro lado, la escritura buscó conservar la marca derivada del proceso de producción colectiva del seminario previo (en la que participaron diversos colegas del ISEP), así como los agregados, las correcciones y modificaciones que resultaron de su puesta en funcionamiento, atendiendo a lo que hacían con el seminario los tutores y los cursantes. Se espera por eso mismo que la escritura mantenga aquel tono oral, de diálogo e incluso de conversación; que resuene a una escena de clase y a sus posibles digresiones, repeticiones o asociaciones entre temas, problemas o ideas que previamente parecían alejados entre sí.

Ambas decisiones –privilegiar y hacer foco sobre el acontecimiento, resguardar el carácter conversado del texto– se combinaron con otra que nos parece decisiva: la de utilizar una gran variedad de materiales o artefactos vinculados con el Cordobazo. Testimonios, revistas, registros televisivos, instalaciones artísticas, publicidades, ficcio-

nes, películas, notas periodísticas y, en especial, imágenes fotográficas. La conversación busca así incorporar esos objetos, escuchar qué tienen para decir, qué señalan o qué mundos permiten entrever. Creemos, en fin, que son también parte constitutiva del acontecimiento.

R: Las operaciones seleccionadas para componer el texto buscan mostrar el Cordobazo y exponerlo, más que interpretarlo o lanzar hipótesis sobre él. En todo caso, las diferentes interpretaciones o hipótesis son tratadas como parte de la facticidad del propio acontecimiento. ¿Qué valor se le otorga a la materialidad de los hechos en esta propuesta? ¿Qué tiene que ver la relevancia de esa facticidad en juego en relación con una pretensión de verdad?

D: La imagen social que circula del Cordobazo está modelada por una serie de fuerzas –suposiciones, preferencias ideológicas, conocimiento previo, experiencias, ilusiones y expectativas– que en ocasiones se convierten en obstáculos para alcanzar la materialidad del acontecimiento. Obstáculos especialmente potentes debido a que configuran nuestros esquemas de percepción y, como una segunda naturaleza, orientan la mirada. Es una imagen, a su vez, que se fortalece y asienta en las conmemoraciones y los recordatorios públicos o mediáticos.

¿Cómo hacer para romper con esa imagen cristalizada del Cordobazo? ¿Cómo evitar la reproducción de una fór-

mula prefabricada que promueve un reconocimiento inmediato y cómodo? ¿Qué estrategias seguir?

Una de las formas que encontramos fue la de recuperar un instrumento artístico que también puede resultar una poderosa herramienta cognitiva: el extrañamiento. Lo que busca el extrañamiento es convertir lo familiar en extraño y, de ese modo, revitalizar nuestra percepción paralizada por la costumbre y la repetición: ver las cosas como si las viéramos por primera vez. La copiosa presencia de fotografías en el libro, pero también de producciones literarias y artísticas, responde a este objetivo. En estos casos, el extrañamiento procede por el privilegio de la manera en la que se nos aparecen las cosas (el orden de la percepción), suspendiendo o postergando la aproximación lógica o causal. Se intenta así resguardar la frescura de las apariencias sensibles, siempre inciertas, precarias, dudosas. Estas ofrecen, esperamos, una sensación del Cordobazo que evita el reconocimiento, es decir, el ajuste inmediato entre lo que vemos o leemos y nuestros esquemas conceptuales o representaciones previas.

R: Puede observarse también, como en los propios seminarios de formación docente que están en la raíz de esta colección, un procedimiento de ensamblado. Es decir, en la lectura identificamos, simultáneamente, las piezas que constituyen el texto (los testimonios, las fuentes textuales, las fotografías, películas, imágenes en general) junto con el

montaje que se hace de ellas. ¿Qué valor se le otorga a esta operación para la enseñanza de este tipo de contenidos?

D: A la operación de desmontar o desarmar el “objeto” Cordobazo, le sigue una operación complementaria de re-ensamblado. Nos parece que así es posible visualizar potenciales vínculos y relaciones entre cosas diversas. Hay, además, una serie de “posdatas” al final de cada lección que se concentran en opciones alternativas o potenciales desarrollos que finalmente no fueron seguidos en el libro, una suerte de “puntos de fuga”: ¿a dónde nos podrían haber llevado esos caminos no transitados? ¿Qué posibilidades ofrecen y qué obstáculos suponen?

El desmontaje del Cordobazo implica, por otro lado, una suspensión provisoria de la sucesión temporal. Cada lección vuelve a ese día desde una perspectiva distinta, con la intención de mostrar algunas de las múltiples facetas del objeto.

La voluntad de mostrar así al Cordobazo se aproxima a uno de los géneros más antiguos de la pintura: la naturaleza muerta. La “vida detenida”, tal como se la conoce en otros idiomas, registra la exhibición de los alimentos cosechados antes de que sean consumidos. Preferentemente alimentos, pero también pueden aparecer en la composición diversos objetos –una pipa, una guitarra, una lupa, libros, cubiertos, un lápiz o un adorno– que configuran “un desorden armonioso” sobre la mesa. Guy Davenport rastrea el origen

del género hasta el antiguo Egipto –sería un derivado de la costumbre de llevar comida a la tumba de los muertos– y sugiere que buscaba mantener la conexión entre vivos y muertos, entre las generaciones viejas con las nuevas.

El reensamblado o el montaje –ese “desorden armonioso”– que presenta el libro se reconoce en aquel objetivo de conectar las generaciones, y por lo tanto, en la cuestión de la transmisión de ciertos objetos de nuestra cultura. ¿Cómo promover una transmisión efectiva –es decir, imprevisible– y no meramente reproductiva o aparente? Eso, en definitiva, depende de que los lectores y las nuevas generaciones sigan sus propios recorridos y activamente les den significado a estos materiales que se disponen aquí para su conocimiento y utilización.



Lección 1

Un acontecimiento escurridizo

Un acontecimiento escurridizo

En estas lecciones, nos proponemos hacer foco sobre un acontecimiento: el Cordobazo, la protesta social e insurrección urbana que tuvo lugar en la ciudad de Córdoba el 29 y 30 de mayo de 1969. Acontecimiento decisivo del pasado reciente argentino, con consecuencias inmediatas pero también prolongadas tanto a nivel local como nacional. ¿Qué podemos esperar de una mirada concentrada en un acontecimiento? ¿Por qué un acontecimiento, un suceso como objeto de atención, y no, por el contrario, un proceso amplio con su esqueleto de hechos encadenados, sus tendencias, sus cambios graduales y a veces imperceptibles, sus continuidades profundas? En definitiva, ¿de qué hablamos cuando hablamos de acontecimiento? ¿Qué tipo de fenómeno constituye?

Por otra parte, nos detendremos sobre las dificultades para lograr una versión definitiva, aceptada y compartida del Cordobazo. ¿De dónde vienen esas dificultades? ¿A qué se deben? ¿Qué impide lograr una delimitación estable y precisa de un suceso reciente y conocido, del que no falta información ni escasean los testimonios?

Un acontecimiento: algo “que parece suceder de repente”, perturbador, que irrumpe en el curso normal de las cosas y de los días. Pero: ¿es un cambio en el modo en que la realidad se presenta ante nosotros, en cómo la percibi-

mos, o es una transformación de esa misma realidad? Y, además, ¿un acontecimiento resbaladizo? ¿Por qué razones nos resulta imposible estabilizar una versión de lo sucedido en esas jornadas? ¿Existe una conexión entre esa imposibilidad y lo que designamos con el concepto de *acontecimiento*?

Sobre el Cordobazo en realidad existe al mismo tiempo acuerdo y desacuerdo, como dos caras de la misma moneda. ¿Cómo es posible? Es que, por un lado, se presenta un amplio consenso sobre su valor positivo. Todos coinciden en festejarlo, en recordarlo, en conmemorarlo... Son pocas –casi nulas– las voces que se levantan para señalar una objeción, una impugnación o una queja. Y, agreguemos, no parece difícil reconstruir con cierto detalle lo que sucedió aquel día –y los que le siguieron– en la ciudad de Córdoba. La prensa presentó casi de inmediato los sucesos, definió con exactitud los escenarios, los horarios y momentos, los protagonistas y los actos, organizó todo en un antes y un después que parecía coincidir con el recuerdo de los participantes y la percepción de los testigos. Como era de esperar, no se contuvo y también adelantó aquí y allá, acompañando y organizando la información, interpretaciones más o menos comprensivas, más o menos arriesgadas, más o menos atadas a los hechos. La investigación académica –la sociología, la historiografía– confirmó y enmarcó esos datos en contextos más amplios: la industrialización reciente de la ciudad, el crecimiento demográfico, la urba-

nización, la organización sindical, la resistencia peronista, el ascenso de nuevos sectores sociales. Sin embargo, por otro lado, como se puede percibir tanto en los testimonios de aquellos días como en la lectura de la bibliografía dedicada a su análisis, ese acuerdo convive con un marcado desacuerdo en torno a las causas y características del Cordobazo, así como, especialmente, alrededor de su significado.

Presentar esa doble dimensión o, mejor, esa doble perspectiva que conforma al Cordobazo como un acontecimiento de perfil reconocible (definido) y a la vez difuso (inestable) es uno de los objetivos que guían esta propuesta.

Los sucesos

El 29 de mayo de 1969 a las 11 de la mañana, al mismo tiempo que se cumplen las ceremonias de celebración del día del Ejército Argentino, los obreros abandonan el trabajo en las fábricas y se desplazan hacia el centro de la ciudad.



[Imagen 1](#)

La columna más numerosa proviene de los operarios de la industria automotriz y metal-mecánica. Los empleados de comercio y los trabajadores de la administración pública hacen lo mismo y permanecen en grupos esperando. La mayoría de los estudiantes universitarios también se organiza para la movilización. Es que pocos días antes, la Confederación General de Trabajadores de Córdoba había convocado a la realización de un paro activo con abandono de tareas para el 29, como anticipo del paro general del 30 de mayo que se había decidido a nivel nacional en contra de las políticas del gobierno autoritario del general Juan Carlos Onganía. Pasado el mediodía, y tras los primeros enfrentamientos, es asesinado el obrero metalúrgico Máximo Mena (de 27 años) por la policía, casi en la puerta

de entrada al centro de la ciudad, a pocos metros de la ex plaza Vélez Sarsfield.



Imagen 2

La noticia circula rápidamente a través del sistema de comunicación organizado por los manifestantes, mensajeros en moto que mantienen en contacto las diversas columnas. Se multiplican los combates callejeros, la policía se repliega y la ciudad es tomada por los manifestantes que arman barricadas junto con los vecinos, quemando automóviles, muebles y carteles; incendian y destruyen negocios, bancos y otros edificios. Hacia la tarde, luego de la intervención del Ejército, los manifestantes se concentran y atrincheran en el barrio Clínicas, y los enfrentamientos con las tropas prosiguen con bombas molotov y

francotiradores apostados en los techos y las terrazas del barrio. Dos días después, tras múltiples destrozos, un número indeterminado de muertos, decenas de heridos y de detenidos, el Ejército logra restablecer el orden, y la ciudad va recuperando la normalidad.

¿Qué había sucedido? Esa era la pregunta que todos se hacían, en Córdoba y en Argentina. A pesar de las diversas movilizaciones y protestas que se venían produciendo en diferentes ciudades del país y de la creciente violencia que marcaba la vida política argentina, para sus contemporáneos el Cordobazo se presentó, antes que nada, como un acontecimiento imprevisto que se recortó sobre el fondo de la vida cotidiana. Como un enigma y como un signo. Con el paso del tiempo, se convirtió también en un símbolo. Pero en 1969, era un enigma. Por esa razón, el Cordobazo reclamó de inmediato la búsqueda de respuestas que ofrecieran algún principio de explicación. La sorpresa apuntaba en primer lugar a los hechos: qué y cómo había sucedido. De inmediato implicaba otros planos que giraban y se agrupaban en torno a la sociedad de Córdoba que había mostrado un rostro desconocido e inesperado; allí parecía concentrarse el misterio.

La designación del acontecimiento captura de alguna manera esa ansiedad. El uso del aumentativo –Cordobazo– indica el levantamiento popular a la vez que vincula los sucesos de Córdoba con las puebladas pre-

vias en otras ciudades del interior argentino, nombradas con idéntico procedimiento. Pero ¿qué tipo de pueblo, qué tipo de sociedad reclama de ese modo? La designación, a la vez y en sentido inverso, subraya la singularidad de lo que aconteció. Para algunos, esa singularidad reside en la magnitud, se puede medir y contar; es en definitiva una cuestión cuantitativa: cantidad de manifestantes, fuerzas represivas desplegadas, edificios destruidos, autos quemados, barricadas armadas, horas durante las que la ciudad estuvo tomada, detenidos, heridos y muertos (un número, insistimos, aún hoy desconocido). Pero la magnitud señala el problema, no su resolución. Para otros, es una expresión de una singularidad social previa y de la personalidad histórico-política de la ciudad. El nombre Cordobazo, finalmente, designa de forma directa lo que los conceptos –huelga, manifestación y levantamiento popular, protesta obrero-estudiantil, insurrección urbana, rebelión social, enfrentamiento civil, pueblada, guerras obreras– no logran captar satisfactoriamente.

Ampliando apenas el foco, y volviendo la vista a los días previos al 29 de mayo, el panorama que se presenta es de una tensión creciente. Día tras día la presión y el malestar social aumentan hasta que, en palabras de Tosco, “estalla la caldera”.

Los trabajadores metalúrgicos, los trabajadores del transporte y otros gremios declaran paros para los

días 15 y 16 de Mayo, en razón de las quitas zonales y el no reconocimiento de la antigüedad por transferencia de empresas, respectivamente. Los obreros mecánicos realizan una Asamblea y a la salida al ser reprimidos, defienden sus derechos en una verdadera batalla campal en el centro de la ciudad el día 14 de Mayo. Los atropellos, la opresión, el desconocimiento de un sinnúmero de derechos, la vergüenza de todos los actos de gobierno, los problemas del estudiantado y de los centros vecinales se suman. Se paraliza totalmente la ciudad el día 16 de Mayo. Nadie trabaja. Todos protestan. El Gobierno reprime.

En otros lugares del país, estallan conflictos estudiantiles por las privatizaciones de los comedores universitarios.

En Corrientes es asesinado el estudiante Juan José Cabral y ese hecho tiene honda repercusión en toda la población de Córdoba. Se dispone el cierre de la Universidad. Todas las agrupaciones estudiantiles protestan y preparan actos y manifestaciones. Se trabaja de común acuerdo con la CGT.

El día 18, es asesinado en Rosario el estudiante Adolfo Ramón Bello. Realizamos con los estudiantes y los Sacerdotes del Tercer Mundo una marcha de silencio en homenaje a los caídos.

El día 20 de Mayo, fui detenido e incomunicado en el Departamento de Policía “en averiguación de antecedentes”. Recupero la libertad al día siguiente.

El día 21, se concreta un paro general de estudiantes. Una serie de comunicados del movimiento obrero lo apoyan. En Rosario cae una víctima más. El estudiante y aprendiz de metalúrgico Norberto Blanco, es asesinado en Rosario. Se instalan Consejos de Guerra.

El día 22 de Mayo, los estudiantes de la Universidad Católica se declaran en estado de asamblea y son apoyados por el resto del movimiento estudiantil.

El día 23 de Mayo, es ocupado el Barrio Clínicas por los Estudiantes. Es gravemente herido el estudiante Héctor Crusta de un balazo por la Policía. Se producen fogatas y choques. La Policía es contundente, y los choques se hacen cada vez más graves.

El día 25 de Mayo, hablo en la Universidad Católica de Córdoba y hago una severa crítica y condena a los sangrientos atropellos de la Policía y de los arbitrarios procedimientos del Consejo de Guerra en Rosario.

El día 26 de Mayo, el movimiento obrero de Córdoba, por medio de los dos plenarios realizados, resuelve un paro general de actividades de 37 horas a partir de las 11 horas del 29 de Mayo y con abandono de trabajo y concentraciones públicas de protesta. Los estudiantes adhieren en todo a las resoluciones de ambas CGT. (Tosco, 1970)

Córdoba, un 29 de mayo de 1969

Muchas páginas se han escrito sobre el Cordobazo. Nos interesa, en primer lugar, presentar la serie de sucesos que tuvieron lugar entre el 29 y 30 de mayo, para establecer así las características y los rasgos de este acontecimiento histórico. En esta primera aproximación, recuperamos una cronología del sociólogo Juan Carlos Torre:

Las cronologías del Cordobazo suelen distinguir tres momentos del desarrollo de los acontecimientos. El primero que comienza en la mañana del 29 de mayo, en el que se asiste al avance de las varias columnas de manifestantes hacia el centro de la ciudad, siguiendo las rutas trazadas por los organizadores de la movilización. El segundo momento, se inicia sobre el mediodía y es singularizado por las primeras escaramuzas con la policía; luego, la muerte del obrero Máximo Mena precipita los combates callejeros, que son el prólogo de la retirada de la policía y del despliegue, ya sin orden alguno, de la protesta que convierte el centro de la ciudad en zona de ocupación de los manifestantes. Finalmente, hay un tercer momento, que lo abre hacia las cinco de la tarde la entrada de las tropas del ejército; en su marcha por las calles de la ciudad poco a poco desiertas, las tropas van convergiendo sobre el barrio Clínicas, a donde se ha replegado la resistencia y allí prosiguen los enfrentamientos, con disparos

desde ambos lados, hasta la mañana del 30 de mayo; para entonces, no obstante algunos incidentes aislados, el orden en la ciudad ha sido restablecido y se comienzan a contar los muertos, a evaluar los destrozos materiales, a llenar las cárceles de detenidos. (Torre, 1994, p. 16)

El asesinato de Máximo Mena por parte de la policía fue un punto de inflexión en la jornada del 29 de mayo. La noticia circula de inmediato, las fuerzas de seguridad retroceden ante el avance de los manifestantes y todo se acelera y precipita.

Los primeros que llegan nos dicen: vengan, vengan que está la cana, entonces todos los que estábamos desperdigados empezamos a correr, yo me acuerdo que iba con dos mandarinas en la mano cuando nos encontramos en el medio de la boca de la calle, nos dimos cuenta que la policía a menos de 30 metros estaba tirando a la gente. Al principio pensábamos que podían ser balas de foguero [...] hasta que yo veo que un compañero cae, y nosotros veníamos corriendo [...] a otro le habían pegado un tiro en el costado y a éste, que después me enteré que era Máximo Mena, la bala le había entrado directamente en el pecho. [...]

A partir de ahí las cosas suceden como en esas películas de cámara rápida, nadie ordena nada pero todos sabíamos lo que teníamos que hacer. (Solís en Gordillo, 1999, p. 249)



Sobre el acontecimiento

Entonces, ¿qué había sucedido? La pregunta no apuntaba a los hechos ni a su sucesión cronológica: como acabamos de ver más arriba, de inmediato quedaron suficientemente establecidos. La pregunta tampoco apuntaba a las consecuencias o, al menos, a los efectos más evidentes. A pesar de que se intentó disimularlo, el proyecto autoritario del gobierno militar dirigido por Juan Carlos Onganía estaba agotado: se encontraba en una situación de extrema debilidad frente a los partidos políticos que le reclamaban apertura y diálogo, frente a sectores de las Fuerzas Armadas que le reprochaban ineficacia, frente a las corporaciones que lo culpaban de la creciente movilización social, frente a los sindicatos y, especialmente, frente a la sociedad, ante la que no podía ocultar su falta de legitimidad y el fracaso de su proyecto autoritario.

¿Dónde residía entonces la incógnita? En las causas que habían provocado el Cordobazo y, por extensión, en su caracterización y significado. Es que cuando ocurre algo que, a pesar de que lo habíamos previsto u organizado, nos sorprende por el modo, la intensidad o los efectos no esperados, lo primero que se produce es una ruptura en la cadena que une causas y consecuencias. Todo parece invertirse, y lo que sucede se convierte en el punto de partida para buscar aquello que lo produjo en un esfuerzo

por volver a la secuencia aceptada. El acontecimiento siempre excede a sus causas, y su lugar está en el espacio que separa un efecto de sus causas. Para decirlo de otro modo, lo que sucede siempre está “más o menos” contenido en las condiciones previas: en ese “más o menos” están las personas que, con sus actos, producen un acontecimiento.

LÓGICA CAUSAL Y ORDEN CRONOLÓGICO

Quebrada la lógica que une causas y efectos por la irrupción del acontecimiento, dijimos, el intento es recomponerla volviendo la vista atrás, buscando en el pasado aquello que –antes ignorado o inadvertido– nos sirva de guía y explicación. Esa fractura revela, sin embargo, la presencia de dos órdenes que habitualmente confundimos en uno: el orden cronológico (la sucesión del antes y el después) y el orden causal (el vínculo entre causa y efecto). Italo Calvino (1998) recupera una vieja leyenda medieval que nos puede resultar útil para mostrar esta distinción. Así comienza: Carlomagno se enamoró, siendo ya viejo, de una joven alemana. Los cortesanos se preocuparon porque el emperador, poseído como estaba por la pasión amorosa, descuidaba los asuntos de gobierno. Respiraron aliviados cuando la muchacha murió repentinamente, pero su tranquilidad duró poco: Carlomagno había hecho llevar a su cuarto el cadáver embalsamado y no quería separarse de él. Sospechando un encantamiento y asustado por la macabra pasión, el arzobispo examinó el cadáver y encontró un anillo debajo de la lengua de la muerta. Carlomagno dio sepultura de inmediato al cadáver, y volcó su amor hacia el arzobispo. Para escapar de esa situación, el arzobispo arrojó el anillo al lago de Constanza. Carlomagno se enamoró del lago, y no quiso alejarse nunca más de sus orillas.

Nos interesa –más allá del comentario que hace Calvino y que recomendamos leer– distinguir la cronología de la causalidad. ¿Qué nos presenta el relato? Por un lado, una sucesión de acontecimientos poco corrientes que se encadenan entre sí: un viejo que se enamora de una joven, luego de un cadáver, más adelante de un sacerdote y finalmente de un lago. Ahí está el orden cronológico. Por sí solo no explica nada, carece de sentido, solo

nos señala la sucesión de los hechos. ¿Y el orden causal? El vínculo entre esos hechos lo establece el anillo mágico; sus movimientos determinan los movimientos de los personajes y les dan sentido a sus acciones. El anillo funciona como causa, explica los sucesos y organiza el relato.

Podemos todavía agregar algo más. Dijimos que el anillo funciona como causa. Pero hay que enfatizar: como causa única (una “súper-causa”) que sirve para explicar todo, desde el encadenamiento de sucesos extraños hasta, inclusive, el origen del amor de Carlomagno. Por eso es mágico. A su vez, el anillo es un objeto, tal como nos recuerda Calvino, que simboliza con su círculo vacío una carencia, una ausencia (dejamos al margen las resonancias entre encantamiento, objeto de deseo y vacío). Esa indicación sirve de alerta frente a la ilusión siempre renovada de encontrar causas únicas, causas últimas, que sirvan para dar cuenta con su sola presencia de cualquier fenómeno.

Al evocar el Cordobazo veinticinco años después, Héctor Schmucler insiste todavía sobre la forma de enfrentar un acontecimiento que no se deja dominar con facilidad: hay que “aceptar la angustia de ese momento en que los hechos no se doblegan ante nuestros esquemas” (2019, p. 111). Es que en primer lugar, el acontecimiento es lo que no se comprende; inclusive, antes que nada, es no comprender, lo que suspende la comprensión. A su vez, como ya dijimos, alimenta el deseo de clasificar, de interpretar, de entender; abre el pasado a una nueva mirada que busca con otros ojos la posibilidad de identificar las razones que den cuenta de cómo fue posible que haya sucedido lo que sucedió. Pero esa apertura del pasado que promueve la fractura entre causas y consecuencias producida por el Cordobazo

es también una apertura del futuro. Es decir, un porvenir no inscripto en el pasado tal como se lo percibía antes del 29 de mayo de 1969. Si el presente se nos revela extraño, la articulación vigente entre pasado (que ya no sirve de orientación) y futuro (¿qué futuros son posibles a partir de ese presente inesperado que se revela con violencia?) tambalea. Esa doble apertura nutre la incertidumbre, el temor y la esperanza que el Cordobazo generó.

Tras la sorpresa y el enigma que el acontecimiento produce, las cosas se intentan observar desde otra perspectiva, de otro modo, considerando lo que se había desestimado o desatendido. Se procura, en definitiva, ir más allá de los esquemas previos que mostraban su inadecuación. Sin embargo, antes que nada, el Cordobazo transforma a las personas, las cambia. A los participantes, a los testigos, a los curiosos. Sienten que son otros luego de esos días, y que esa fuerza desatada sin una orientación precisa revela una realidad distinta y desconocida de aquella que creían habitar.

Ya dos años antes del Cordobazo [...] yo recuerdo que mi papá volvía todas las noches a casa y decía: “Hubo manifestación de estudiantes”... Le daba a los estudiantes mi papá, decía que no se puede trabajar, que todas las noches la calle copada. Duros los enfrentamientos, con tiros, con gases lacrimógenos, era así todos los días. En uno de esos me acuerdo que me im-

pactó porque una noche llegó y dijo que había muerto un estudiante y era (Santiago) Pampillón. Así que cuando fue el Cordobazo me agarró jugando al fútbol, porque era lo único que yo hacía en esa época, y sí, nos transformó, nos transformó a todos, por más que en mi familia todo lo que fuera lío y esas cosas estaba mal, hubo una gran adhesión de la clase media que quizá no participó directamente pero colaboró tirando cosas a la calle para que se quemaran [...] hubo como un click ahí, hubo como una ruptura, o sea, la clase media ya no se bancaba más la dictadura, sobre todo la dictadura de Onganía, que había intervenido las facultades, que había tocado la clase media. [...] Nos pasábamos escuchando la radio toda la noche y escuchaba los disparos del barrio Clínicas que no quedaba lejos de mi casa, que era donde los estudiantes estaban parapetados y resistieron dos noches seguidas la llegada del ejército. Se sentía algún tiro de algún francotirador y luego el tableteo de la ametralladora del ejército. (Papalardo en Forster, 2015, p. 395)

Contextualización

Podemos afirmar: el Cordobazo genera su propio contexto. Pero, ¿qué quiere decir esta frase? ¿No es a la inversa como

habitualmente procedemos? ¿No ubicamos al Cordobazo o a cualquier acontecimiento en un espacio más amplio, dado de antemano –la situación de Argentina, de Latinoamérica, del mundo– que lo contiene y, así, lo llena de sentido? El estallido del Cordobazo permite unir, articular en un diseño antes inexistente ciertas condiciones generales con causas inmediatas. Presenta así una trama en donde el proceso de industrialización de Córdoba, especialmente alentado por el desarrollo de la producción automotriz, la proscripción del peronismo y la organización sindical o la transformación urbana se cruzan con los movimientos estudiantiles y contestatarios del 68 en París y México, la muerte del Che, la oposición a la guerra de Vietnam o la modernización cultural de los 60. Pero sin causas inmediatas –la represión del gobierno militar ejercida con particular violencia sobre estudiantes y obreros, las puebladas previas del 69, las medidas que perjudicaban a los obreros cordobeses, como las quitas zonales o la anulación del sábado inglés e, inclusive, el asesinato de Máximo Mena en la misma manifestación–, lo que sucedió el 29 de mayo de 1969 sería incomprensible. Esa combinación entre condiciones de posibilidad cuyo despliegue podemos remontar a los años 50 y sucesos de pocos días antes es resultado del Cordobazo. Ensambla y señala diversos estratos de la realidad que, de otro modo, quizás hubiesen seguido carriles paralelos. Y también los modifica. Eso quiere decir que produce su propio contexto.

El acontecimiento, dijimos, se presentaba como un enigma que bien podía remitir a las expectativas, a los deseos o a los temores –pero también a las experiencias– de los hombres y las mujeres que habían participado, de los sectores sociales que fueron los protagonistas de esos días; o bien, hacer visible una historia profunda, de fuerzas y movimientos difíciles de ser percibidos, e inclusive convocar al azar y a lo imprevisto. El enigma alimentó de esa manera, tanto en aquellos días como en los que siguieron, variados ensayos de comprensión –en general, en conflicto–, convirtiendo al Cordobazo en un terreno de disputa, en otro campo de batalla, aunque ahora hecho de palabras y papel, de testimonios y fotografías, de recuerdos fragmentarios y de explicaciones de la prensa, la política, el cine o –con pretensiones de científicidad– de la sociología y la historia. En definitiva, un acontecimiento resbaladizo, sujeto a una reinterpretación permanente. Por otro lado, si el Cordobazo fue tan importante para Córdoba y para el país, ¿es extraño que sea escurridizo y que esté sujeto a reinterpretaciones constantes? ¿Y esa importancia de dónde deriva? ¿Quién o quiénes la otorgan?

En efecto, las interpretaciones se multiplicaron en los días que siguieron a la revuelta, abriendo un amplio abanico de tentativas que buscaban en el pasado (remoto o cercano) o entre quienes habían participado alguna clave de comprensión. Si la disputa sobre las causas y, por lo tanto, sobre las líneas que definían la imagen de los sucesos

del 29 de mayo no hacía sino crecer, casi todos estaban de acuerdo –como ya señalamos– sobre su importancia, su impacto y sus consecuencias, al menos sobre las de corto plazo. Y ese acuerdo se transmitió intacto al futuro: el consenso sobre el valor positivo del Cordobazo reside justamente en la movilización de la sociedad y en su capacidad de enfrentarse con éxito a un gobierno autoritario.

Córdoba, por un día, ¿fue una fiesta?

Hacia mediados de la década de 1980, Antonio Marimón publicó un breve relato que narraba lo sucedido el 29 de mayo de 1969 y que decidió titular “La fiesta”. El protagonista recorría diversas zonas del centro de la ciudad (la terminal de colectivos, la Cañada, el boulevard San Juan, la plaza Colón) a veces aturdido y temeroso, otras entusiasmado, siempre desorientado. Lo que presenciaba “se acercaba y alejaba como si un paradigma ficticio se hiciera real, y esa realidad fuera incomprensible al mismo tiempo que se concretaba” (1988, p. 86). La avenida Colón era una “sala en silencio en que una voluntad había sembrado las cosas con el desorden de un huracán” (p. 87); sobre un balcón alguien tocaba la trompeta, y más allá el protagonista observa “como detrás de un tul” el modo en el que “cuatro muchachos” incendian un auto. En un momento, el narra-

dor deja de registrar lo que cree ver (¿o recordar?): “en toda revolución hay una embriaguez pavorosa; el enigma de ese día no es político, sino el origen de aquella embriaguez” (p. 88). E insiste: “nadie, ni actores ni testigos lo conocemos”. El título del escrito aparece en la última frase, luego de otras escenas confusas cuando cae la noche: “Al fin terminaba ese día: lo que sucedió después se compara a un comentario de esta fiesta diseminada en el aire” (p. 89).

El relato de Marimón, además de ubicarnos en el desconcierto que domina la percepción de un testigo que deviene participante a lo largo del día, recupera algo que se repite en muchos testimonios y fotografías del Cordobazo: la alegría desbordante. H. Schmucler también lo recuerda: “El Cordobazo –se dijo– fue una fiesta”. Como tal, supone momentos de encuentro y de fusión, “de reconocimiento colectivo, de restitución de lo absoluto, de esperanza realizada” (2019, p. 6). La categoría intenta captar la experiencia de aquellos que vivieron esa jornada, la felicidad que los atravesó; quiere recuperar, en fin, una emoción imprecisa pero real y compartida (la embriaguez de la que habla Marimón). A su vez, la noción de fiesta permite que nos acerquemos de otro modo y observemos al Cordobazo más allá del relato de coraje, gesta o hazaña. Más allá de formas muy arraigadas, como las del combate o la guerra. Como toda fiesta, por otro lado, el Cordobazo fue fugaz. Pero en ese instante parece que todo es posible. Supone, como otro tipo de festejos, la suspensión momentánea de la rutina,

de la razón y la disciplina laboral, la inversión de las jerarquías sociales, la liberación del cuerpo de los movimientos utilitarios, el gasto, la destrucción.

Esa fiesta “diseminada en el aire” ¿no choca contra lo pesado y grave de los enfrentamientos y de la muerte? ¿Se opone acaso a la violencia? ¿O la incluye en su interior?



[Imagen 4](#)

FIESTAS, FESTEJOS Y REVUELTAS

A principios de los 80, el politólogo Guillermo O'Donnell escribió un singular ensayo en el que comparaba la vida cotidiana de Brasil y Argentina con el objetivo de indagar las diferentes dificultades que las dos sociedades (y no los gobiernos o Estados) tendrían que enfrentar en la transición democrática. En esas notas sobre la sociabilidad argentina y brasileña, entre otras

diferencias, O'Donnell señalaba (dialogando con el antropólogo Roberto Da Matta) el importante rol del carnaval en Brasil que funcionaba, en una sociedad altamente jerarquizada y desigual, como un momento de “reversión radicalmente igualizante” (como el fútbol o la música popular: rituales o prácticas “de equiparación”). Un momento de celebración donde las jerarquías, rígidamente establecidas y reconocidas, se invertían por unos días de fiesta, música y baile. “La Argentina carece de carnavales”, afirmaba O'Donnell para luego identificar los dos grandes rituales nacionales (y esa identificación es también una marca de lo que nos separa de aquellos años de transición): los desfiles militares, que escenifican la jerarquía y la desigualdad en una sociedad que en el trato cotidiano las desconoce; y las manifestaciones políticas, con sus consignas, cantos y bombos, esa parte del país, popular y plebeya, que se junta para hacer colectivamente “lo que cada uno hace cada día”, según O'Donnell (1984, p. 21).

Da Matta (1998) propone una clasificación que distingue los acontecimientos previstos y organizados pero luego difíciles de controlar (como el carnaval) de los no preparados (como las catástrofes naturales). A la vez, en el primer caso distingue carnavales de ceremonias serias (como un funeral), y luego agrega en esa clasificación, junto al carnaval, a las revueltas. La participación en esos acontecimientos extraordinarios –sostiene– se identifica con la alegría y con valores positivos, que se oponen a la “dura realidad de la vida” diaria, percibida negativamente, marcada por el sufrimiento y la convicción de que “nada se puede cambiar”. La destrucción está presente en el carnaval y en la revuelta, dice Da Matta, no tanto con un sentido político, sino moral, y por eso en general los manifestantes atacan a los intermediarios (comercios, medios de transporte) antes que a los productores.

Primeros intentos de explicación

Volvamos a los intentos de explicación. El gobierno propuso una –la responsabilidad era de subversivos y extremistas– que encontró cierto eco en la prensa que buscaba desacreditar la movilización.

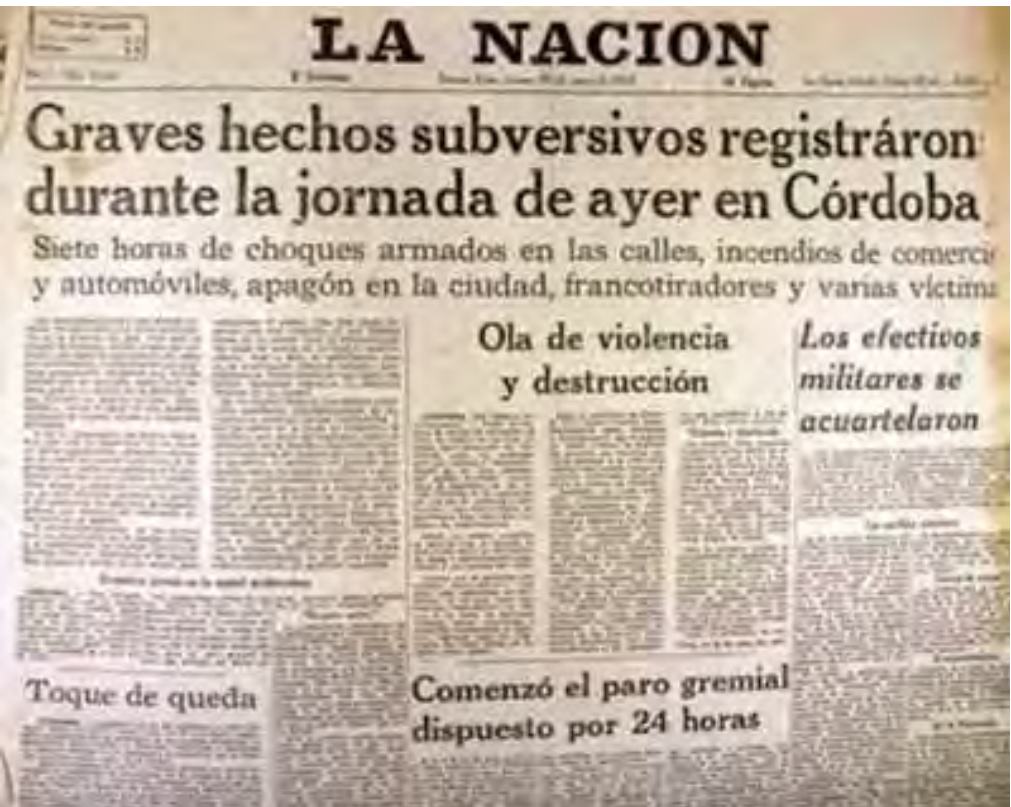


Imagen 5

El presidente de facto, Juan Carlos Onganía, afirmaba pocos días después: “La violencia desatada en Córdoba fue la obra premeditada de grupos subversivos”. En la misma sintonía, en su primer discurso luego de los sucesos, el gobernador de la provincia, el Dr. Carlos Caballero, exponía esa posición con claridad y, a la vez, reconocía las dificultades económicas y sociales que el gobierno no lograba enfrentar con éxito:

Cordobeses:

Hemos vivido horas de angustia.

Es muy penoso para un gobernante ver cómo, a pesar de sus desvelos, han podido producirse situaciones como estas que ha padecido Córdoba, de tan extremo quebrantamiento del orden. Hace años que, a través de gobiernos inconclusos, los argentinos buscamos solución a los difíciles problemas sociales y económicos que plantea nuestro propio crecimiento. La Revolución Argentina asumió el poder con el compromiso de servir al país sin banderías. La tarea se ha cumplido y se cumple con responsabilidad. El gobierno ha luchado y seguirá luchando para estabilizar el valor del dinero y evitar el deterioro de los salarios. Ha habido falta de información y muchas impaciencias. Esto es explicable y admisible, y porque lo es, puede ser objeto de examen y reforma. Así, se ha establecido en todo el país la igualdad de los salarios eliminando las quitas zonales, con evidente beneficio para el trabajador. Y que la cuestión del descanso pago del sábado por la tarde es materia de especial consideración por los organismos asesores del gobierno.

Pero, quienes no desean el éxito de ningún plan de gobierno, pues aquí y en otras partes del mundo procuran únicamente provocar el caos, han excitado y conjugado aquellas parciales disconformidades, para encender sobre ellas la hoguera de la subversión.

Lamentablemente, para el país y también personalmente para quienes sufren sus consecuencias, ese propósito se ha cumplido. Con factores y medios heterogéneos, la guerrilla urbana ha logrado producir momentáneos pero profundos efectos.

Grupos extremistas, infiltrados en los gremios obreros y en las asociaciones estudiantiles, muchos constituidos por extranjeros, comprometiendo a gente de buena fe se lanzaron al desorden por medio de un movimiento que careció de toda espontaneidad.

Las horas vividas en Córdoba, de incendio, de depredación, de muerte, son su prueba trágica. Oportunamente advertimos de su preparación y procuramos prevenir a quienes, ajenos a sus fines, podían, por dissentimientos parciales, prestarse a este juego de violencia y destrucción anárquica. (En Schmucler, 2019, p. 123-124)

Sin embargo, y a pesar de su reproducción multiplicada en medios y discursos del gobierno, esta versión no tuvo la fuerza suficiente para lograr el objetivo que buscaba. El enigma, de ese modo, se mantenía y alimentaba nuevas interpretaciones que volvían una y otra vez sobre las mismas preguntas: ¿qué había pasado?, ¿qué había cambiado? Y aun: ¿qué estaba cambiando y en qué dirección?

POSDATA I

La unidad de un año

Una de las vías posibles para organizar estas lecciones, finalmente no transitada, era la de concentrar la mirada en el año 1969. Suponía la ocasión de ubicar al Cordobazo en un marco temporal más amplio que el de los días previos y posteriores al 29 de mayo pero, simultáneamente, bien acotado. Esa colocación ofrecía la posibilidad de vincular al Cordobazo con fenómenos de muy diverso orden que siguen siendo, de una forma u otra, parte de nuestro presente: la llegada del hombre a la luna y su transmisión televisiva; la publicación de novelas sobresalientes como *Diario de la guerra del cerdo*, de A. Bioy Casares, *Boquitas pintadas*, de M. Puig, *Cicatrices*, de J. J. Saer, o *¿Quién mató a Rosendo?*, de R. Walsh; la aparición de los primeros discos de Manal o Almendra, claves para el rock nacional. O, para sumar un ejemplo local, la publicación de una revista como *Jerónimo*, que incubaba el germen de la futura revista de humor *Hortensia*. ¿Es posible entrelazar esas manifestaciones –en sí mismas diversas– al Cordobazo? ¿De qué modo? Más allá de la proximidad cronológica, ¿existe un suelo común que los conecta?

En esas preguntas podemos identificar una de las dificultades que nos hicieron desistir de esa vía. ¿Es la unidad arbitraria definida por la duración de un año (o una déca-

da, o un siglo) una unidad sustantiva? Pero también, o mejor, ¿puede una propuesta de enseñanza concentrada en un año (sea una secuencia, una unidad, un seminario) convertir esa unidad arbitraria en una sustantiva? La elección de un año debería ser así el punto de partida, y la arbitrariedad que señalamos, una puerta para la posibilidad de ensayos y experimentos que permitan mostrar lo que antes era imperceptible o estaba fuera de campo...

Pero volvamos por un momento al año, en este caso, a la singularidad del año elegido: 1969. La potencia del Cordobazo hace que una cifra se convierta en un año bisagra, que parece anunciar el fin de una época o el comienzo de otra. Pero en este caso particular, la contigüidad temporal parece tener otros efectos. Sucede que 1968 es otro año cargado de significado: “1968 –dice Octavio Paz– fue un año axial: protestas, tumultos y motines en Praga, Chicago, París, Tokio, Roma, México” (1994, p. 2). Y luego agrega una comparación que seguramente ahora nos afecta de otro modo que cuando la escribió: “de la misma manera que las epidemias medievales no respetaban ni las fronteras religiosas ni las jerarquías sociales, la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas”. La *epidemia* juvenil –que atravesaba tanto el comunismo como el capitalismo– suponía para O. Paz, entre otras cosas, la irrupción del “placer” y del “deseo” como fuerza cultural y política. También (¿y principalmente?), como fuerza económica. En este punto, se nos presentó otra dificultad: ¿era 1969 la versión de 1968 pero

en Argentina? De otro modo, ¿esa perspectiva no tenía el peligro de sugerir que 1968 había producido o influenciado a 1969? En todo caso, la comparación entre los movimientos juveniles del 68 y el Cordobazo, o la pregunta por sus posibles conexiones, era otra posible vía de entrada. Esa decisión, sin embargo, implicaba abandonar el experimento del estricto marco definido por el año. Puestos en ese camino, ¿por qué entonces no vincular al 69 con otros años también significativos –como el 1955 o el 1966–, y así delimitar períodos que lo contengan y le den sentido?

Veamos ahora –como otra alternativa para volver al año, sin abandonar su posible vínculo con 1968– lo que decía una revista de actualidad a principios de 1969: “En un mundo que parece arder por todos los costados, la Argentina resulta una isla de orden” (en Carassai, 2013, p. 63). Estas palabras aparecían en una nota del semanario *Panorama* en febrero. Esa sensación de calma y tranquilidad, que era compartida por gran parte de la prensa, subraya la distancia entre Argentina y 1968, el año axial de Paz.

En otro artículo del mismo semanario, que presentaba un balance al final del año, el Cordobazo aparece como un acontecimiento que devuelve a la Argentina a la “normalidad”:

En la historia de la Argentina habrá dos años 1969 o, para hablar con más propiedad, dos etapas históricas divididas por mayo de 1969. Hasta ese mes la Argentina, “alegre” y “confiada”, se consideró ajena a mu-

chos males [...] A partir de mayo de 1969 tomó, de golpe, conciencia de la realidad en la que transcurría su vida. Los conflictos y los males que azotan al mundo soplan también por la Argentina. (En Carassai, 2013, p. 64)

Bajo 1969, entonces, hay dos años y no uno... todavía más, dos épocas en el lapso de un único año.

Aquí se abren, al menos, dos posibilidades más. En primer lugar: ¿por qué elegir para una propuesta de enseñanza un año “importante”, cargado de significado de antemano, y no uno “en lo que nada pasó”, que solo indica una fecha entre otras? No años especiales, legendarios, sino comunes, fechas que nada nos dicen cuando las escuchamos. Esa opción ofrece la oportunidad de acercarse a la vida del pasado sin la luz ennegrecedora de acontecimientos excepcionales que ordenan todo antes de empezar. A su vez, y en segundo lugar, esa elección favorece una aproximación que privilegia la mirada sincrónica –que pone en suspenso el transcurso del tiempo, la lógica causal y la narración organizadora del antes y el después– que puede iluminar otras relaciones y otros vínculos entre los fenómenos.

El tiempo, sin embargo, puede retornar bajo otra forma: la no simultaneidad de lo contemporáneo. Cada momento se nos presenta entonces compuesto por fenómenos heterogéneos, eventos sin conexión entre sí, con sus propios ritmos de cambio, cada uno con su propia historia especí-

fica (las costumbres, los esquemas mentales, los cambios políticos, la moda, las creencias religiosas, el avance técnico, y así). ¿Es posible la unidad de un año, de una etapa o de un período desde esta perspectiva? Quizás se puedan encontrar afinidades impensadas en esa convivencia de fenómenos de larga data con otros recientes; también podemos percibir tensiones y conflictos entre lo que se resiste a morir y lo que no termina de imponerse. Para dar un ejemplo, entre la autoridad puesta en jaque por las protestas de 1968 o de 1969 (motorizadas, a la vez, por la convicción de que una sociedad mejor, más justa, era posible) y la expansión del ámbito de la individualidad o la creciente angustia vinculada al deseo de consumo.

En fin, dedicar una propuesta a estudiar un año permitiría, antes que nada, plantear alguna de estas preguntas más que obtener respuestas definitivas o duraderas. Preguntas que en general permanecen latentes: sobre lo que consideramos importante y lo que no, sobre la forma de establecer vínculos y relaciones entre las cosas, sobre el modo de pensar un momento histórico, sobre nuestra predilección por la unidad antes que por la dispersión, etc. Como experimento, la elección de un año impone un límite arbitrario –pero ampliamente compartido y tomado por natural– que hace posible luego pensar e imaginar conexiones antes no percibidas por nuestros prejuicios o por los límites que nos imponen las disciplinas.



Lección 2

Lecturas del Cordobazo:
acuerdos y desacuerdos

Lecturas del Cordobazo: acuerdos y desacuerdos

En esta lección, nos detenemos en una serie de interpretaciones variadas que, desde diferentes puntos de vista, aventuraron sentidos y marcos de comprensión sobre el Cordobazo. Entre ellas se destaca una aproximación al acontecimiento en la que, significativamente, coincidían sectores políticos e ideológicos distantes y hasta enfrentados. En efecto, la izquierda, funcionarios del gobierno o científicos sociales habían llegado por vías independientes a definir la pregunta por el Cordobazo del mismo modo.

Anulada la explicación que ensayó la dictadura –la participación decisiva de extremistas y subversivos–, el ministro de Economía formuló la cuestión de un modo que alcanzó una gran repercusión incluso entre sectores alejados del gobierno o decididamente opositores: ¿por qué los obreros mejor pagos del país promovieron una insurrección como esa?

Aludía así al sector de los trabajadores de la automotriz de capitales extranjeros, especialmente a los operarios de Fiat y Renault. Un sector de obreros calificados y con buenos sueldos. Desde la izquierda llamaban “aristocracia obrera” a esos trabajadores: una categoría que, en su conformación contradictoria, aludía a la situación ambigua que esa fracción ocupaba en el espacio social que, a su vez, se traducía en actitud política satisfecha y moderada. Par-

te de la sociología académica de la época consideraba que esa porción de los trabajadores se encontraba en vías de integración y “aburguesamiento”. Las palabras de Krieger Vasena (el ministro de Economía que pronto iba a tener que abandonar su cargo) tuvieron así la virtud de sintetizar una imagen a la que habían llegado, de modo independiente y por diversos caminos, sectores alejados e incluso enfrentados de la vida política e intelectual de Argentina.

A su vez, mirada con atención, esa imagen desplazó al menos en parte el foco de la incógnita: el acontecimiento seguía desafiando como un enigma las tentativas de explicación, pero se hacía cada vez más claro que una parte importante de esa incomprensión derivaba de la caracterización que tenían de los obreros de las fábricas automotrices. Esa incomprensión ¿se limitaba solo a la caracterización de ese grupo o era en realidad un síntoma de una incomprensión mayor y más extendida? ¿Descansaba en percepciones y expectativas motivadas por miradas prejuiciosas y parciales de la realidad argentina? ¿Señalaba, por el contrario, transformaciones que por su rapidez y profundidad habían sido difíciles de captar?

Estas preguntas movilizaron no solo relecturas y balances políticos, como era de esperar, sino también testimonios y memorias de los participantes, por un lado, y análisis periodísticos y estudios académicos, por el otro, que se publicaron casi de manera simultánea al Cordobazo, antes de que termine 1969 o a principios de 1970. Más allá de las

disputas sobre el significado del acontecimiento, es decir, sobre el intento de cargar de sentido lo sucedido el 29 de mayo de 1969, esos libros –tanto los testimoniales como los “científicos”– ¿expresaban a su vez la preocupación por intentar controlar una fuerza sin dirección? Las palabras, la tinta, el papel ¿eran una herramienta más para encauzar la energía y la violencia liberada en las calles? Lo cierto es que, además de ese doble cuerpo que asume el Cordobazo casi de inmediato (el de la letra viva de los sucesos del 29 y 30 de mayo y el de la letra de molde de los meses siguientes), también precipita cambios en la acción y en la práctica política de los trabajadores, de los estudiantes y de la juventud. Más adelante retomaremos esta cuestión.

¿Espontáneo u organizado?

La disputa que ocupa el centro del debate público sobre el Cordobazo y su significado en los días y meses siguientes a mayo adquiere una formulación que se organiza en torno a dos opciones que se presentan como excluyentes: ¿fue una acción espontánea u organizada? En los primeros días –como vimos en la lección previa–, los referentes del gobierno y de las Fuerzas Armadas coincidían en señalar que habían sido actos planificados por “grupos de extremistas” con apoyo y entrenamiento extranjero.

Con el paso de los días y frente a la abundante evidencia, esa versión perdió sustento; sin embargo, la defensa del Cordobazo como una acción preparada previamente y organizada fue la que sostuvieron sus protagonistas, en especial los trabajadores y los dirigentes sindicales.

¿El Cordobazo se hizo para tomar Córdoba? No. ¿Se hizo para hacer una insurrección? No. Se hizo para castigar a la represión policial [...] Habíamos sido agredidos en todas las movilizaciones, lo habían matado ya a Pampillón [...] y siempre en todas las manifestaciones había heridos de bala [...] entonces dijimos, “si esta vez ataca la policía la hacemos pelota”, y la hicimos pelota. [...] El Cordobazo fue organizado, se determinó por dónde tenían que marchar las columnas y se llamó a concurrir con todos los elementos contundentes que se pudieran. Ahora, para tener una idea, SMATA, cumplió la cosa, hizo más de tres mil molotovs en el campo de deportes, SMATA, ¿no? Aparte de las otras organizaciones. O sea, no se fue desgarnecido. Ahora es cierto que cuando casi simultáneamente nos enteramos de la muerte de Mena, que lo matan a Mena, ya la cosa se hizo incontrolable. (Canelles en Forster, 2015, p. 396)



Imagen 6

Un grupo de estudiantes detenidos tras la revuelta y que acceden a ser entrevistados por la revista *Gente* lo dicen a su modo. Ante la pregunta del periodista: “¿El jueves [29 de mayo] era el día elegido para los disturbios o surgió porque sí?”, responden sin dudar: “No. Estaba elegido el jueves y todo el mundo lo sabía. Cualquier cordobés le podía decir que el jueves *reventaba Córdoba*” (Revista *Gente*, 4 de junio de 1969).

Pero la lectura de que las cosas se dieron de manera espontánea e imprevista tiene también su potencia. Y un índice de la fortaleza que mantiene esa versión se revela, por contraste, en la energía que Lucio Garzón Maceda –abogado de la CGT Córdoba en aquellos años– le dedica mucho tiempo después a explicar en repetidas ocasiones que el Cordobazo fue organizado y coordinado por el movimiento obrero cordobés. ¿De dónde deriva entonces la idea del espontaneísmo? Y, por otro lado, ¿su persistencia proviene de la misma fuente?

Garzón Maceda, de nuevo, no duda en identificar como responsables de esa versión a “los ausentes” de la jornada de protesta que, aun siendo opositores declarados al régimen militar, no podían reconocer públicamente que “la realización les hubiera sido ajena” y descansara en un acuerdo obrero entre varios sindicatos que los tomó por sorpresa (Garzón Maceda, 1994, p. 30). Pero no todo –ni lo más importante– parece pasar por ahí. Si la población de la ciudad de Córdoba se había rebelado espontáneamente contra la autoridad, no era más que la prueba –para esos sectores “ausentes” de la izquierda– de que las condiciones para un cambio revolucionario estaban dadas. Era la expresión de una sociedad preparada para la insurrección. El Cordobazo representa así un comienzo, el primer paso de un tiempo por venir.

Como podemos observar, al par espontáneo/organizado que afecta y tensiona la comprensión del acontecimiento, se le agrega otra dimensión: el Cordobazo ¿es el resultado de un proceso de luchas y experiencias políticas previas, o constituyó el punto de partida de una nueva etapa? ¿Comienzo o fin? ¿Para quiénes? ¿O conjugó, según la perspectiva desde donde se lo observe, ambas dimensiones?

Como sea, quizás la persistencia de la idea de espontaneidad derive de otros impulsos, menos precisos pero de todas maneras presentes. Por un lado, y siguiendo de cerca los sucesos del 29 de mayo, es una forma de remitir a la situación que se abre luego del repliegue de la policía tras los enfrentamientos con los manifestantes que, furiosos al enterarse de las víctimas de la represión, avanzan decididos y en bloque. El paro activo y la movilización, el recorrido, el punto de encuentro, incluso la forma de enfrentar el ataque policial fueron planificados... ¿También lo fueron el resultado de esos enfrentamientos, las barricadas, la ocupación de la ciudad, el apoyo de los vecinos del centro? Por otro lado, y distanciando nuestra mirada, lo espontáneo puede ser otro nombre para designar lo incierto, la precariedad que se adivina tras la creencia de que los hechos que la historia refiere no son menos casuales que la forma de las nubes.

Disputas políticas

A la oposición organizado/espontáneo –principios de comprensión que, como observamos, pueden ser defendidos por sectores diversos y hasta enfrentados– se suma la del par fin (como resultado de un proceso que se cierra)/comienzo (como inicio de uno que se abre). Ambos pares de opuestos, por otro lado, se conjugan con una distinción política –en ocasiones– más matizada: ¿fue un acontecimiento que reveló la fuerza de una izquierda algo difusa pero sin dudas presente, o fue el resultado de la participación de diversas fracciones de los partidos tradicionales?

La imagen del Cordobazo como la culminación de un proceso de varios años concentra la mirada sobre el aprendizaje y la experiencia política de los sectores obreros de Córdoba. En efecto, esos grupos fueron acumulando paulatinamente experiencia organizativa y gremial a partir de variadas y recurrentes iniciativas para recomponer la representación sindical, tras la desarticulación y persecución del movimiento obrero que se produjo luego del golpe de Estado de 1955.

Si, en cambio, consideramos el Cordobazo como el momento que funda una nueva etapa –signada por una movilización social intensa, la creciente violencia política o la aparición de las organizaciones armadas–, el sector que se destaca es el de la juventud, que parece transitar por una senda que la lleva del compromiso social y político a la radicalización.

Ahora bien, cualquiera sea la opción que tomemos –volver la mirada hacia el golpe del 55 y lo que le siguió (la proscripción del peronismo y la organización de la resistencia) o, por el contrario, enfocar y prestar especial atención a la progresiva centralidad política de la juventud en la década de los 60–, el golpe de Estado de 1966 ocupará un lugar central. Nos referimos a la autodenominada “Revolución Argentina”, que llevó a la presidencia al General Onganía y supuso una novedad en los gobiernos militares que se venían sucediendo en el país desde la década del 30, ya que se presentaba con un proyecto propio.

La represión que caracterizaba al gobierno de Onganía no era gratuita: era el instrumento privilegiado para imponer la planificación definida por la dictadura y sus aliados. Los rasgos básicos de ese proyecto remitían a un diagnóstico que conectaba dos aspectos de la realidad argentina: por un lado, el “sobredimensionamiento” del lugar de los trabajadores en el país a partir del peronismo; por otro, la responsabilidad de los partidos políticos (no solo el peronismo) en los enfrentamientos y conflictos de aquellos años. Así, a la vez que se busca disciplinar al movimiento obrero, se prohíbe la acción política y sindical. Ese proyecto que intenta sustituir la política (el conflicto) por la administración se presentaba enmarcado por un discurso de defensa de la nación, entendida por lo que los golpistas consideraban los rasgos esenciales de la argentinidad en peligro: el catolicismo, la familia y la autoridad.

Volviendo entonces a la cuestión: el Cordobazo ¿implicó el comienzo de una nueva etapa que iba a marcar los años sucesivos, o marcó el fin de un proceso abierto una década y media atrás? Como señala J. C. Torre: “En el Cordobazo y en los hechos sucesivos, que mantendrían en vilo a la sociedad argentina hasta 1976, son pues dos historias las que se intersectan. La primera y más antigua tenía por eje las consecuencias de la incorporación de los trabajadores a la comunidad nacional a mitad de los cuarenta por medio de la intervención de Perón” (1994, p. 17). La segunda, la historia de los jóvenes de las clases medias movilizados por una “revuelta moral que guiaría con pulso firme la cruzada armada contra las prácticas y valores establecidos”, es decir, contra el mundo de sus padres. Dos historias, en definitiva, que se cruzan en 1969, pero que remiten a procesos, actores y momentos diferentes. En el primer caso, el Cordobazo se nos presenta como un punto de llegada, el remate de un largo y trabajoso proceso; en el segundo, como un momento decisivo (¿como comienzo?) en una historia que iba a marcar la vida política y social argentina luego de 1969.

Veamos con más detenimiento la situación obrera en Córdoba. Desde 1957, la CGT Córdoba transitó un camino original con marcada autonomía de la CGT nacional, sus estrategias y sus divisiones. La normalización de la CGT regional se produjo a partir de una composición representativa y heterogénea que conformó un frente social y sin-

dical muy poderoso. Este camino le otorgó al movimiento obrero local y a sus sindicatos experiencia política y una fuerte representatividad entre sus bases.

Los dirigentes de los tres gremios que se destacaron en las jornadas previas y posteriores del Cordobazo marcan ese perfil: Agustín Tosco, un marxista sin filiación partidaria, de Luz y Fuerza (el sindicato de EPEC); Atilio López, un peronista combativo, del sindicato del transporte (UTA), y Elpidio Torres, también peronista, del más fuerte sindicato de mecánicos y obreros de la industria automotriz (SMATA) –cuya participación fue decisiva el 29 de mayo–. Una composición marcada por la diversidad y la autonomía, tanto frente a las fuerzas políticas como a la dirección sindical nacional. Esa autonomía, de todas formas, no significa falta de contacto o de diálogo con esos sectores, todo lo contrario.

En definitiva: el movimiento obrero de Córdoba –liderado por aquellos tres sindicatos y sus figuras– vivió durante esos años un proceso de organización, unidad y movilización que marcó la resistencia de los sectores trabajadores.

La izquierda, por otro lado, había seguido su propio proceso. A principios de la década del 60 se puede identificar la emergencia de la “nueva izquierda”: desprendimientos de jóvenes militantes de los partidos de la izquierda tradicional (el Partido Comunista Argentino o el Partido Socialista) que se agrupaban en formaciones inestables. El alejamiento fue provocado por descontentos variados que

adquirieron un tono de ruptura generacional. Entre las razones del desacuerdo se destacan la persistente identidad peronista de los sectores obreros, la Revolución cubana, la difusión del maoísmo, la crítica creciente a la URSS y a la figura de Stalin. El rasgo de esa izquierda será la falta de un anclaje político definido, y una presencia difusa pero indudable en la universidad y entre la juventud urbana.

Si volvemos a contemplar el encuentro trabajoso entre sectores diversos –obreros, estudiantes, clase media, profesionales, etc.– e, inclusive, la difícil composición que asume internamente cada una de esas partes (no solo entre los obreros, sino también entre los estudiantes, que además de las diversas corrientes ideológicas provenían tanto de la Universidad Nacional como de la Católica), parece inevitable que se dispute el carácter peronista o de izquierda del Cordobazo. Y, sin embargo, el peronismo no reivindicó el acontecimiento sino hasta muchos años más tarde, en la década de los 90.

Un elemento más que alimenta esa discusión remite al tratamiento privilegiado de un dirigente sindical impar como Tosco, y al olvido de la importancia de los demás (en especial de Torres, y sobre todo de SMATA, cuya participación fue decisiva). En efecto, la figura de Tosco y su mameluco, su perfil o sus fotos, se identifican de inmediato con el Cordobazo. Más allá de las versiones más o menos interesadas del pasado, hay que reconocer la singularidad y el carisma de un dirigente que –en esos mismos años– se

recortaba sobre los demás en gran medida por su capacidad para articular sectores diversos.

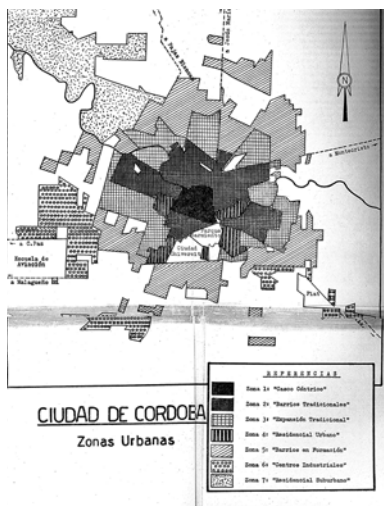
Aproximaciones sociológicas

Como señalamos, la sorpresa de los acontecimientos de mayo del 69 promovió intentos muy variados para explicar y comprender lo sucedido. Entre esas tentativas contemporáneas, ocuparon un rol central las aproximaciones de la sociología. Recientemente asentada como una ciencia social que podía ofrecer una explicación científica de la realidad, encaraba –con la confianza que le ofrecía un método que priorizaba la aproximación estadística y conceptual– la resolución de los enigmas que marcaban a la Argentina contemporánea. Hasta el momento, los objetos de investigación privilegiados habían sido la inmigración masiva de principios de siglo XX, los rasgos de la clase media y los orígenes del peronismo. El Cordobazo se ganó un lugar en ese espacio de inmediato: no solo era un escenario destacado para analizar la realidad del país, sino que además ponía en entredicho –como indicamos– algunas hipótesis asentadas sobre la integración de los sectores obreros de las industrias modernas (como las automotrices). Por último, la sociología científica no encontraba ningún impedimento para intervenir sobre el curso que debían seguir las cosas y así aconsejar al poder político (“planificación”).

El distanciamiento que aseguraba la producción de conocimiento sociológico parecía habilitar su uso político sin afectar su carácter científico.

Las diferentes aproximaciones sociológicas compartían el enfoque: el Cordobazo como un “epifenómeno” que revelaba una crisis generada por la transición acelerada que la sociedad de Córdoba sufría. ¿Cuáles eran los rasgos de esa transición? Una industrialización de extraordinaria velocidad que se había iniciado con el peronismo y profundizado luego, concentrada en el desarrollo de la industria automotriz –tecnológicamente compleja y moderna– de capitales extranjeros. Las consecuencias sociales de ese proceso fueron igualmente veloces: un vertiginoso crecimiento poblacional (entre 1950 y 1970, Córdoba fue la ciudad que más creció demográficamente en la Argentina), en parte promovido por migraciones provenientes del interior de la provincia, de otras provincias y países limítrofes; una sociedad más compleja, compuesta por sectores obreros recientes que modificaban la estructura social local; un acelerado desarrollo urbano, en especial a partir del asentamiento de los nuevos barrios obreros al sur y al este de la ciudad (cerca de las plantas de Fiat y Renault). Finalmente: Córdoba era la ciudad “más joven” de la Argentina (el 54% de su población tenía menos de 30 años).

Estadísticas y mapas de la época



Cuadro 1.3. Datos demográficos. Córdoba, 1947-1966

(a)	(b)	(c)	(d)	(e)	(f)
1947	386.828	6.870	2.491	2.930	6.431
1948	393.259	11.089	8.495	4.237	15.347
1949	408.606	11.711	5.842	4.305	13.248
1950	421.854	12.310	8.700	4.267	16.743
1951	438.606	12.400	8.258	4.510	16.148
1952	454.745	12.648	5.317	4.576	13.389
1953	468.134	12.687	4.647	4.555	12.779
1954	480.913	12.620	6.143	4.534	14.229
1955	495.142	12.751	8.817	4.015	17.353
1956	512.695	13.301	10.320	4.907	18.714
1957	531.409	14.787	7.078	5.640	16.225
1958	547.634	13.651	7.053	5.097	14.607
1959	563.241	13.940	5.492	4.119	14.313
1960	577.554	14.196	10.096	5.445	18.847
1961	596.401	14.319	7.970	5.437	16.852
1962	613.253	13.643	9.689	5.779	17.553
1963	630.806	14.293	8.439	5.307	17.425
1964	648.231	14.949	8.835	5.501	18.283
1965	666.514	14.873	8.372	6.131	17.114
1966	683.628	14.615	10.422	6.200	18.837

Referencias: (a) Año; (b) Población total; (c) Nacimientos; (d) Inmigrantes; (e) Muertes; (f) Incremento neto.

Fuente: Carlos E. Sánchez y Walter F. Schulthess, *Población e inmigración en la ciudad de Córdoba, 1947-1966*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, 1967, p. 7; Dirección General de Estadística, Censos e Investigaciones, Ministerio de Hacienda, Economía y Previsión Social, "Estadísticas Demográficas y Vitales: Población, 1901-1970".

Imagen 7 y 8

Estos cambios, además, se producían en una ciudad organizada en torno a un centro reducido, que concentraba las actividades comerciales, administrativas y políticas (y parte de las universitarias). Una ciudad, en fin, en la que era posible desplazarse en poco tiempo y que permitía el encuentro de sectores sociales diversos. La condición universitaria subrayaba esa característica de la ciudad. Así, por ejemplo, se puede leer el testimonio de los estudiantes detenidos que la revista *Gente* entrevista pocos días después del Cordobazo:

—¿Por qué el Barrio Clínicas es casi un bastión?

—Se dan condiciones muy especiales. Los estudiantes viven en su mayoría en el barrio; allí tienen sus casas alquiladas y sus pensiones; están más en contacto con los vecinos, con los comerciantes que los proveen, con las amas de casa; en una palabra, con toda la gente que lo rodea. Estos hombres y mujeres tienen un especial cariño por el estudiante; lo ven sacrificado, estudiando hasta la madrugada, sin dinero, sin buena ropa, igual a ellos, que son obreros, empleados; entonces la identificación es mayor. Por esa razón es que en el momento de los tiroteos los estudiantes se movían con facilidad, porque todos les dejaban las puertas abiertas, y ellos conocen los techos y nadie se iba a preocupar porque alguien se quedara en el patio disparando armas. (Revista *Gente*, 4 de junio de 1969)

LAS OBRAS DE LAS BIENALES Y SALONES IKA CÓRDOBA

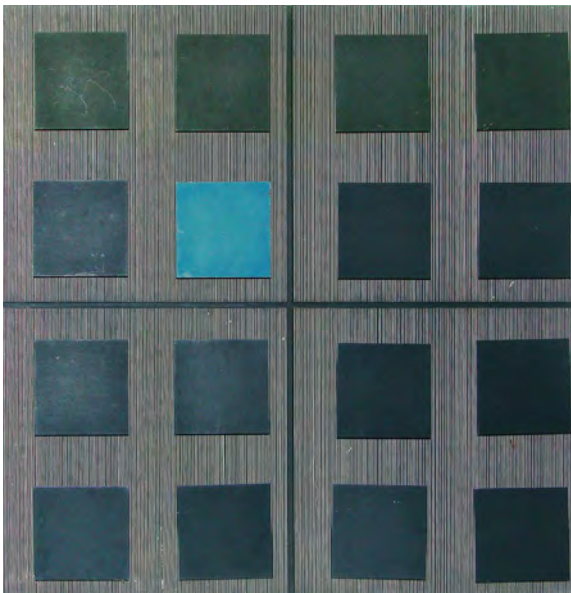
Las transformaciones estructurales que sufrió Córdoba y que modificaron su perfil económico y social también impactaron en las diversas zonas de la cultura: la música popular (el cuarteto), la literatura, la vida universitaria o el periodismo. Una de esas zonas, el espacio de las artes plásticas, experimentó cambios especialmente significativos.

Es importante subrayar que la dinámica del mundo de la cultura de Córdoba durante los años 60 no estuvo, como el nacional, marcado por la oposición peronismo-antiperonismo (que organizaba no solo la vida política). Todo lo contrario, la cultura y, específicamente, el arte en Córdoba se caracterizó por una fuerte sensación de continuidad entre el gobierno peronista y los años posteriores.

En el caso particular de las artes plásticas, la novedad en los 60 estuvo vinculada con la aparición del patrocinio privado, que comienza en 1958 y que rápidamente irá ganando importancia, a tal punto de ubicar en poco tiempo en un lugar privilegiado a la ciudad en la escena del arte nacional e internacional. Esa transformación acelerada está estrechamente vinculada a la iniciativa de las Industrias Kaiser Argentina (IKA), que organizó una serie de salones de artes visuales desde 1958, y las tres famosas Bienales Americanas de Arte (BAA) entre 1962 y 1966.

Las bienales se enmarcan en la situación de la Guerra Fría en América Latina, que promueve una ampliación del campo de batalla en donde la cultura se convierte en una de las armas clave. Cada obra de arte, en este marco, era susceptible de ser interpretada de modo político.

La convocatoria de las BAA, limitada a la pintura, excluía la participación de tendencias vinculadas al experimentalismo o las vanguardias y, de ese modo, a las más críticas del orden establecido. Esa opción estética reforzaba la lectura que promovía y buscaba la empresa: un arte a la vez “moderno” y americano. Por eso mismo, muchos artistas comprometidos políticamente decidieron no participar.



JESÚS RAFAEL SOTO

Un blue et 15 noirs, 1964, técnica mixta, Bienales Americanas de Arte (Gran Premio, II Bienal Americana de Arte, 1964). Colección CAC/MEC.

La obra de J. R. Soto es una producción de arte cinético. Busca incorporar el movimiento a partir de ilusiones ópticas generadas por la combinación de formas sobre un fondo de

líneas verticales. De esa manera, ponía en diálogo el arte con la tecnología y la industria, destacando una dimensión lúdica.

RAQUEL FORNER



[Imagen 10](#)

El Astronauta, 1962, óleo sobre tela, Bienales Americanas de Arte (Gran Premio, I Bienal Americana de Arte, 1962). Colección CAC/MEC.

La obra de R. Forner comparte con la de Soto su optimismo, a pesar de que sus lenguajes pictóricos se encuentran muy alejados. Se destaca el tratamiento de la mancha, donde se perciben las texturas de los materiales en una obra que, sin embargo, sigue apostando por la figuración. Destaca un tema como el de la conquista del espacio, que dialoga con las utopías modernizadoras de la época y presenta, según Forner, “un hombre nuevo”.

ANTONIO SEGUÍ



Estudio de un paisaje americano, 1962, óleo y collage sobre tela, Bienales Americanas de Arte (5.º Premio, I Bienal Americana de Arte, 1962). Colección CAC/MEC.

El título de la obra de Seguí es importante por dos motivos. En primer lugar, identifica su producción con una tradición pictórica de mucho peso en el ámbito local: la del paisaje (en especial, relacionado con la reproducción de las sierras). En segundo lugar, porque rompe con la identificación referencial al presentarlo como un “estudio”. Obra abstracta, destaca por el uso de colores terrosos (por esa vía remite al “paisaje americano”) y la variedad de materiales utilizados (pintura, telas, diarios) que, a su vez, le otorgan densidad y profundidad.

Imagen 11

Las obras que aquí se mencionan forman parte de la muestra “Poéticas latinoamericanas en la colección IKA” en exhibición permanente en el Museo Evita - Palacio Ferreyra de la Ciudad de Córdoba.

Singularidad

Los rasgos de la transformación económico-social, así como las características del movimiento obrero o de la población estudiantil, empujaban a los sociólogos a remarcar metáforas e imágenes de Córdoba que enfatizaban su singularidad. En ocasiones, esa singularidad apuntaba a destacar la composición desigual del país. Así, por ejemplo, Juan Carlos Agulla sostiene:

Córdoba representa socialmente la “transición” entre el desarrollo (Buenos Aires) y el subdesarrollo (el interior) [...] constituye un “meridiano social” de todo el país, y tipifica el estado de desarrollo medio de la sociedad. La realidad social de Córdoba “representa” la situación total media del país, con todo lo que ello implica como indicador para la conducción y orientación de una política nacional. (1969, p. 19)

Francisco Delich, por otro parte, se pregunta y se responde en un diálogo con él mismo:

¿Existe una constante histórica que une 1918 [la Reforma universitaria] con una textura tal que pueda hablarse de una personalidad colectiva cordobesa, o de una mentalidad, o de una predisposición? [...] Ocurre que a diferencia de Buenos Aires la posición

mediterránea de Córdoba la aísla con respecto al exterior, pero a la vez la sensibiliza en extremo con respecto de lo que en el país ocurre. Difícilmente en Córdoba –como sucede en las grandes capitales orientadas “hacia afuera”– la población pueda movilizarse por situaciones extranacionales; en cambio, capta con facilidad cuanto ocurre dentro del país. Por otra parte, ese aislamiento y autosuficiencia no es tanto económico como social, político, cultural. (1970, p. 14-15)

Representaciones sensiblemente diferentes que, sin embargo, se reconocen en la tradición que abre Sarmiento cuando elabora una imagen sobre la ciudad destinada a perdurar. No solo por las virtudes de esa caracterización, sino porque hablando de Córdoba habla también del país (tanto del que Sarmiento imagina, como también del que quiere evitar).

Con todo, la singularidad que reconocen tanto Delich como Agulla parece siempre a punto de disiparse. ¿No representa Córdoba la situación “media” del país? La singularidad tiene quizás su expresión más acabada cuando a Córdoba se la imagina como una “isla”, una mancha que se recorta sobre el mar nacional. El gobierno democrático de Amadeo Sabattini en la década del 30 –momento en que las elecciones nacionales estaban dominadas por el uso del fraude– alimenta esa representación. Otra forma que asume la singularidad (más allá de la insularidad) es la de

considerar a Córdoba como el lugar que anticipa lo que va a suceder. En ese caso, la extrañeza –la incógnita– se resuelve como anticipación, el paso del tiempo la despeja. Así, la Reforma universitaria del 18, los gobiernos democráticos del 30, el golpe del 55 son manifestaciones adelantadas del futuro del país. ¿Sucedó lo mismo con el Cordobazo?

Como sea, es indudable que el Cordobazo provocó que la atención del país se detuviera en Córdoba, para entender lo que había sucedido pero también para advertir lo que podía llegar a suceder. Por ese motivo, las representaciones e imágenes sobre la ciudad circularon con intensidad. Y, a su vez, participaron en la disputa de interpretaciones que el acontecimiento alimentó.

POSDATA II

El Cordobazo no ha tenido lugar

El título de este apartado es deliberadamente ambiguo. Nadie discute que el acontecimiento conocido como el Cordobazo efectivamente sucedió el 29 de mayo de 1969 en la ciudad de Córdoba; sobre ese punto no hay ninguna duda. Así, en primer lugar, una posibilidad es que el título remita a que las consecuencias o los efectos que produjo se fueron diluyendo, de tal modo que la situación actual podría ser así comparada con la previa al estallido de la manifestación. El Cordobazo parece no haber tenido lugar: aquello que enfrentó (el autoritarismo, la represión, la desigualdad, la explotación) sigue vigente quizás bajo otras máscaras o bajo otras formas; aquello que propuso (la unidad, la rebelión, la revolución) no prosperó. ¿Queda entonces como un *futuro pasado*? ¿Como un futuro que podría haber sido y no fue? En este punto es necesario volver al futuro que imaginó el Cordobazo: ¿fue en efecto la revolución? Quizás para algunos de sus participantes, pero no para todos. Para otros, era el enfrentamiento a la dictadura de Onganía y sus medidas, y en especial a su creciente autoritarismo. Así, es más preciso hablar de futuros pasados del Cordobazo –en plural– como posibilidades entrevistadas del porvenir que no cuajaron, pero

que el enfrentamiento unificó. Por otro lado, y en segundo lugar, el título es casi una cita textual de un libro muy conocido de J. Baudrillard de principios de la década de 1990: *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. No es que Baudrillard sostuviera que el ataque norteamericano a Irak no hubiese existido; todo lo contrario. Allí reflexionaba en especial sobre la cobertura periodística del conflicto en los países europeos, dominada por la transmisión de imágenes que nada mostraban de la destrucción o de la muerte. En definitiva: un simulacro que ocupaba el lugar de lo real. Nada semejante se puede afirmar de las coberturas tanto fotográficas como televisivas del Cordobazo, que registraron profusamente las movilizaciones, los enfrentamientos y las acciones de esos días. ¿Entonces? La remisión al título del libro de Baudrillard, creemos, puede funcionar para presentar la distancia irreductible entre la narración –periodística o historiográfica, para el caso es lo mismo– de un acontecimiento y la experiencia de quienes participaron en él. Esa inadecuación entre la riqueza, el desorden y la parcialidad de la experiencia vivida, por un lado, y la reconstrucción –orientada a la comunicación y a la transmisión– de un acontecimiento ordenado cronológica y narrativamente es inevitable. Y por eso se puede afirmar que la historia devuelve una imagen del pasado que nadie termina de reconocer. Así podríamos modificar levemente el título: el Cordobazo, tal como lo conocemos, no ha tenido lugar.

El título, corregido de esa manera, no tendría que sorprendernos. Tal como afirmamos más arriba, remite a la distancia entre el acontecimiento vivido y el acontecimiento “recordado”, o, para decirlo con otras palabras, entre “lo real” y su representación. El Cordobazo, en sentido estricto, es “invisible” así como cualquier batalla o revolución lo es. La representación (sea o no narrativa: una infografía o un diagrama, por ejemplo) permite hacernos una idea general a partir de la organización –que es inevitablemente una selección– de lo sucedido y así cargarlo de significado. Las claves interpretativas consideradas en esta lección remiten tanto a disputas políticas como a ciertas preguntas orientadas a conocerlo: ¿cuándo comenzó?, ¿quiénes participaron?, ¿qué consecuencias produjo?, y otras por el estilo.

Podríamos agregar algo más. Esa distancia también permite comenzar a considerar los rasgos y la utilidad de la ciencia. Ante todo, discutir ciertas ideas extendidas sobre el conocimiento, a la vez que defender su posibilidad e importancia. Hay un brevísimo relato de J. L. Borges titulado “El rigor de la ciencia” que puede resultar provechoso recuperar en este punto:

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos le-

vantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él.

Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguiertes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas. (1961, p. 43)

El conocimiento de lo real no puede ser su reproducción que, afortunadamente, es imposible. En esa inadecuación, a la vez, reside su utilidad.



Lección 3

Imágenes: política,
violencia, juventud

Imágenes: política, violencia, juventud

En la lección anterior, consideramos las representaciones de Córdoba que cristalizaron y lograron circulación a partir de la renovada atención que generó sobre la ciudad el estallido del Cordobazo. Esas imágenes remarcaban la singularidad de la ciudad: una forma de desplazar la extrañeza del acontecimiento a un marco más amplio que lo explicara e hiciera comprensible como un fenómeno derivado. A su vez, esas representaciones se detenían en el lugar de Córdoba en el espacio nacional, dialogando así con un acervo de motivos de larga data, que remiten al momento de la constitución del Estado nacional –o inclusive a alguno previo– y al desequilibrio perdurable que funda. Así, devuelven como reflejo una imagen alternativa de Argentina que recupera la tradición federal y la conjuga con las opciones políticas de aquel momento. Como sea, es indudable que los sucesos de mayo del 69 hicieron que la mirada nacional se posara sobre Córdoba, sobre sus calles y sus habitantes. Una mirada que no solo era la del periodismo –diarios, revistas, televisión– sino que incluía especialmente la perspectiva política, que en ese momento era una fuerza que daba sentido vital a las más diversas prácticas, sean profesionales, culturales, artísticas o intelectuales.

El periodismo era, se acaba de señalar, una perspectiva entre otras. Pero una con una importancia decisiva, tanto

por la cobertura de los hechos y por ofrecer una primera versión de su sentido, como por la difusión de escenas que progresivamente fueron formando parte de la memoria visual de la época. En suma, ¿cómo alcanzó dimensión nacional el Cordobazo?; ¿qué medios participaron de la difusión y “construcción” del acontecimiento?; ¿de qué manera lo hicieron y qué aspectos eligieron transmitir? A continuación, la propuesta es detenernos sobre el modo en que el fotoperiodismo y la televisión cubrieron el Cordobazo, afectando así sus rasgos y sentido; en suma, su perfil. Pero, también, cómo generaron un material –un conjunto de imágenes fotográficas y filmicas– que fue progresivamente adquiriendo una vida propia, separado de la intención informativa y referencial con la que había sido producido.

Tradición y modernidad

Una representación de la cultura cordobesa conectada con las imágenes previas –que también ganó impulso en esos años– recalcaba su perfil definido por la tensión entre tradición y modernidad. Más allá de la generalidad (¿qué ciudad, qué cultura o qué identidad no está marcada por esa tensión?), esta caracterización apuntaba a un doble propósito. En primer lugar, oponer un impulso “moderno” a la ciudad detenida en el tiempo que Sarmiento había descrito. Ese impulso renovador asomaba a la superficie en

momentos precisos: la Reforma universitaria, los gobiernos democráticos de la década del 30 o la movilización social de los 60. En segundo lugar, y todavía más importante, esa representación tenía el objetivo de manifestar el rol que Córdoba cumplía en el país: mantener el equilibrio de un cuerpo nacional siempre inestable por lo desigual y lo heterogéneo. Su colocación geográfica la convierte en un punto de cruce de tradiciones y realidades diversas; en un espacio de conexión pero también de límite (“de frontera”, dirá José Aricó) entre el *litoral* –Buenos Aires, el Atlántico, Europa– y el *interior* –el norte, los Andes, América–. En fin, una función de mediación entre regiones, culturas y experiencias diferentes. Esa función le habría otorgado su personalidad en el contorno nacional. Y en esos años, es una imagen que no solo remite al espacio –la conexión entre territorios muy diferentes– sino también al tiempo: anticipa el porvenir.

Aquí, sin embargo, vale la pena detenerse un momento para preguntarnos con todo derecho si no estamos siendo víctimas de un engaño que ya reconocimos antes: ¿no fueron esas imágenes de Córdoba efecto y resultado de la sorpresa que produjo el Cordobazo? ¿Y no se presentan como un marco que permite inscribirlo en un territorio seguro y así eliminar la incertidumbre que lo acompaña? Otra vez el acontecimiento que, con su fuerza de irrupción, suspende la secuencia causa-efecto; y, otra vez, los intentos de comprensión que buscan restituir la secuencia remitiendo

ahora al plano más profundo e inasible de la cultura y las representaciones.

Ahora vamos a intentar ver las cosas desde otro ángulo, manteniendo nuestra mirada en las imágenes y en la atención del país puesta sobre Córdoba. Pero no en representaciones simbólicas, sino en imágenes materiales: fotografías periodísticas y grabaciones audiovisuales. ¿Cómo fue que el Cordobazo se convirtió en una noticia de alcance nacional? Señalamos antes el impulso que tomó la palabra impresa frente a los hechos: libros, revistas, folletos publicados a contrarreloj, pegados al acontecimiento. “Hay que escribir un libro”, respondía Tosco cuando le preguntaban qué había pasado esos días. La complejidad de los sucesos necesitaba la profundidad y la distancia del libro, frente al enfoque circunstancial y superficial de la prensa periódica y la cercanía y confusión de los testimonios.

La velocidad de publicación fue, justamente, uno de los motivos para que las revistas resultaran un medio clave para la difusión del acontecimiento. Durante la década del 60, las revistas y los semanarios de actualidad se habían modernizado, y una de sus marcas –además del estilo literario de las crónicas, los reportajes en profundidad o los títulos que buscaban la complicidad del lector– era el uso de fotografías, que contrastaba con el lugar subordinado a la escritura y meramente ilustrativo que tradicionalmente ocupaban en los diarios. Durante el 29 y 30 de mayo, decenas de fotoperiodistas cubrieron y formaron parte

de los hechos tomando infinidad de imágenes. Esa doble condición de observadores participantes se percibe en las publicaciones, compuestas casi exclusivamente por fotografías de gran tamaño: una o dos por página, o una que se transformaba en póster cuando se veían juntas la tapa y contratapa, como el caso de *Siete Días Ilustrado - Edición extra* del 3 de junio de 1969. La imagen muestra a la policía montada retrocediendo mientras uno de ellos se da vuelta para disparar a los manifestantes que están fuera de campo y a los que remite el título: “El desafío cordobés”. La cobertura está organizada en un relato visual con pocas palabras –breves epígrafes y el testimonio de los fotógrafos– que agregan algo de información y de contexto. Así, las fotografías cumplieron un rol decisivo en la difusión del Cordobazo, que fue primordialmente visual.



Imagen 12

Pero en ese proceso, las fotografías no fueron el único instrumento. J. C. Agulla (1969) –uno de los sociólogos que vimos anteriormente–, criticando a los que señalaban el “entrenamiento riguroso” de los estudiantes “extremistas”, les responde que “a levantar barricadas se aprende fácilmente, con sólo mirar la televisión” (p. 55). No solo fotografías, entonces, sino también imágenes televisivas. Y eso era una novedad.

Si reparamos en las formas y los procesos materiales a través de los cuales se transmitieron las ideas, podemos afirmar –siguiendo a Mirta Varela (2005)– que la televisión ocupó un lugar preponderante aquel año: “Constituyó una memoria visual del Cordobazo” (p. 229). Además, le otorgó al acontecimiento una dimensión nacional.

La televisión, cuya primera transmisión en Argentina fue en 1951, había alcanzado un grado de desarrollo –y sus audiencias, de madurez– que le permitía competir e incluso adelantarse a los medios tradicionales y establecidos, como la radio o la prensa. La cobertura del Cordobazo es una muestra de ese proceso. Otra transmisión televisiva –completamente diferente– que se realiza un par de meses después indica lo mismo: la llegada del hombre a la Luna.

Cuenta Lucio Garzón Maceda (2009) que unos días antes del 29 de mayo almorzó junto a Atilio López y a otros gremialistas de Luz y Fuerza y SMATA en la parrilla de Sergio Villarruel, quien a su vez se desempeñaba como el corresponsal de Canal 13 en Córdoba. Villarruel –del que

eran muy amigos– no les cree que el 29 iban a hacer “un gran despelote”, así que en el mantel de papel blanco de la mesa le dibujan el mapa de la movilización: por dónde iban a venir las columnas, cuáles eran los puntos de encuentro, qué puentes iban a cortar, el uso de hondas y molotov, etc. (p. 96). Con esa información, Villarruel pudo planificar la cobertura y Canal 13 logró las primeras filmaciones antes de que llegaran los demás canales. Más allá de la veracidad, la anécdota revela la íntima conexión entre el acontecimiento y su difusión (y construcción) televisiva.



Imagen 13

¿Cómo transmite la televisión el Cordobazo? ¿Qué imágenes difunde? Las filmaciones televisivas resultan “de un desorden contundente”: corridas sin sentido definido, en medio de gases y disparos, autos en llamas, observadores dispersos, barricadas, policías detrás de una pared, manifestantes que tiran piedras... En definitiva, desorden y confusión. No hay un territorio definido ni un escenario fijo. En ese desconcierto, se pueden identificar dos bandos enfrentados y en lucha. “La potencia de las imágenes del Cordobazo –señala Varela (2005)– proviene del hecho de que no solo se desconoce qué bando resultará ganador de la contienda, sino que además los débiles avanzan mientras los símbolos de los poderosos –caballos, uniformes, armas de fuego– retroceden desorientados o se esconden cobardemente” (p. 229).





Imagen 14

Una de las imágenes emblemáticas de la jornada –y central en la evocación del Cordobazo– es captada por la televisión: el retroceso de la policía montada ante el avance de los manifestantes.

... la cámara [que] está ubicada en una de las veredas muestra a los manifestantes que se acercan corriendo de frente y a lo lejos. Entre la cámara y los manifestantes aún queda un gran espacio de la calle desierto, hasta unas vallas de metal que se usaban para cortar el tránsito. La escena comienza con los manifestantes saltando o evitando las vallas y la cámara haciendo un giro rápido en dirección opuesta –la derecha de la pantalla– donde la policía montada avanza hacia los manifestantes. Sin embargo, los caballos se detienen, los soldados con los cascos puestos se cubren las caras con sus manos. Vuelan piedras y los caballos se encabritan mientras dan la media vuelta y retroceden. La cámara vuelve a girar hacia la izquierda y el espacio vacío de la calle ha desaparecido. Ha sido ocupado por los apedreadores que ya se encuentran a unos pasos del camarógrafo. (Varela, 2005, p. 229-230)

La escena transmite la sorpresa y el vértigo de los acontecimientos, así como la colocación ambigua de la toma televisiva: la cámara no se ubica atrás de los policías (que era lo habitual y se puede percibir en varias fotografías de la jornada) sino al costado, lateralmente. Esa ubicación es

la que permite registrar los avances y retrocesos y los cambios de la situación. Las escenas presentan a las masas en una situación inédita, participando en acontecimientos extraordinarios y fuera de lo común. Por eso contrastan con las formas habituales de aparición de las multitudes, por ejemplo, en los programas de noticias o en los noticieros fílmicos como *Sucesos Argentinos*.

En eventos deportivos o en la celebración de actos políticos, las masas aparecen tomadas a distancia, con cámara fija, en planos amplios y generales, y siempre combinadas con planos cortos de las figuras importantes.

Imágenes e interpretaciones

El asombro que generan las imágenes del Cordobazo queda en evidencia en el comentario del cronista: “Las palabras sobran, las imágenes son suficientemente elocuentes”, dice mientras atrás se alimenta una barricada. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, las palabras no solo no están de más, sino que van a acompañar profusamente esas imágenes para darles sentido. Tanto en los comentarios de los periodistas que las analizan en el estudio como en los epígrafes y textos que acompañan las fotografías en diarios y revistas. El mismo procedimiento aparece en los libros que recuerdan o analizan el Cordobazo. Es que las imágenes son un objeto de disputa central

en las interpretaciones del acontecimiento. Todavía en 1999, tres décadas más tarde, en un libro sobre su participación en el Cordobazo, Elpidio Torres nos recuerda esa importancia al reproducir las fotografías del retroceso de la montada y aclarar en el epígrafe que quienes enfrentan y derrotan a la policía a cascotazos son hombres de su sindicato –SMATA–.

Esta escena, lo dijimos, se convirtió en el núcleo de la memoria visual del Cordobazo. Remitía a una de las razones más invocadas por los manifestantes: el Cordobazo como una respuesta a la represión permanente y excesivamente violenta que caracterizaba la intervención policial en las protestas sociales en esos años y, especialmente, en los meses y días previos al 29 de mayo. Otras fotografías –también emblemáticas– remiten a otros motivos: la destrucción y el incendio de las concesionarias de automotores y de la empresa Xerox o el destrozo de la clásica Confeitería Oriental se vinculan a los reclamos económicos y sociales. En especial, en una economía en la que el capital extranjero tiene una notable presencia, esas imágenes señalan con meridiana claridad que esos comercios no eran elegidos al azar.

Así cubría los hechos el diario *La Nación* del día siguiente:

Una de las consignas de la revuelta fue “romper pero no robar”. Y se vio así cómo algunos manifestantes

que se apoderaban de objetos sacados de los negocios siniestrados fueron duramente increpados por sus compañeros. Los objetos, por cierto, no fueron retornados a sus lugares de origen sino que se los destruyó en la calle. Fue una depredación organizada. En la intersección de la avenida Colón y Fragueiro [...] sede de la sucursal Córdoba de la empresa Xerox, la valiosa maquinaria fue sacada a la calle y quemada. Luego se hizo lo mismo en las instalaciones del local. Se produjo entonces un hecho dramático que, en cierto modo, demuestra el clima de esta jornada. Una mujer se aproximó llorando a un grupo de revoltosos que observaban cómo las llamas activadas por la combustibilidad de los elementos empleados en la decoración del negocio, ganaban el entrepiso, y les increpó: “¿Qué les hicimos nosotros?”. El que aparecía como cabecilla de la célula le respondió: “Usted particularmente nada; ustedes en conjunto, todo”. (En Varela, 2005, p. 260)

Como dijimos, la misma lógica tiene la destrucción de los bancos o de las concesionarias y el incendio de automóviles: blancos que no resultan arbitrarios sino elegidos por su condición de emblemas que representaban al gobierno y a sus aliados.

La televisión, en definitiva, cumplió un rol decisivo en la difusión nacional del Cordobazo, transmitiendo la incertidumbre que dominó la jornada: los enfrentamientos, el clima de violencia, el tono de la protesta, la dimensión de

la represión. Imágenes sin antecedentes en el país. Casi al instante hizo partícipes a los televidentes, en la tranquilidad de sus casas, del acontecimiento público y callejero. La cobertura fue, a su vez, un paso decisivo en una relación destinada a profundizarse con el tiempo entre política y televisión, entre política y espectáculo televisivo.

La escena de la policía montada que retrocede frente a las piedras y los cascotes de los manifestantes fue, a su vez, recuperada por la mayoría de las películas militantes de esa época. El fragmento televisivo fue utilizado una y otra vez por el cine político, aunque ahora su sentido –más que depender de las palabras– derivaba de las imágenes que lo precedían y de las que le seguían. Se identificaba en la escena un punto de inflexión: el momento en el que el pueblo toma la iniciativa, se define, toma conciencia de su fuerza y del poder de su voluntad.

El procedimiento se puede detectar en dos películas de cine militante realizadas ese mismo año: *Ya es tiempo de violencia*, de Enrique Juárez (1969), y “Testimonio de un protagonista”, el fragmento de Pablo Szir del film colectivo *Argentina. Mayo 1969. Los caminos de la liberación* (Realizadores de mayo, 1969).



Imagen 15



Imagen 16

Las formas de la violencia

Las imágenes de la jornada transmiten una toma de posición –una “toma de la palabra”– de los manifestantes mediante sus actos: marchando, ocupando la ciudad, destruyendo ciertos negocios y otros no, tumbando autos, armando barricadas. Ambas películas, sin embargo, incluyen la voz de un obrero participante de la revuelta que ordena lo que vemos. Una voz en off, coloquial, interpretada por un actor que lee el guion escrito a partir de entrevistas a participantes del Cordobazo. En *Ya es tiempo de violencia*, es el testimonio de un obrero que reconstruye su vivencia personal de los hechos durante esos días. En el corto de

Pablo Szir, el obrero reflexiona sobre lo que pasó durante el regreso a su fábrica, la IKA Renault, pocos días después del estallido. En ambos films, al caer la noche del 29 de mayo, el trabajador busca un revólver en su casa, se esconde entre los techos y dispara contra las fuerzas represivas. También en ambos casos, el final presenta el significado “revelador” de la experiencia vivida: la toma de conciencia del sujeto protagonista que ya “es otro” comparado con el que era antes de esa jornada. En esa peripecia, la escena del retroceso de la montada cumple un rol central. De todas formas, lo que no se deja de señalar como mensaje es aquello que ya está presente en el título de uno de los dos films: “es tiempo de violencia”. La toma de conciencia política que se adquiere tras la jornada deja esa enseñanza: la violencia de los enfrentamientos genera un “despertar” político en los protagonistas; consecuentemente, la acción política se presenta como un enfrentamiento armado.

En la película colectiva *Argentina. Mayo 1969. Los caminos de la liberación*, también encontramos un corto muy breve, de alrededor de 3 minutos, que contrasta con el tono de denuncia que domina la película –y al cine militante en general–. Dirigido por Eliseo Subiela, consiste en un instructivo –musicalizado con canciones de Palito Ortega y la Joven Guardia– en formato publicitario para armar una bomba molotov. Las indicaciones de la locutora, que parece que estuviese explicando los pasos de una receta de cocina, provocan un efecto de distanciamiento y diversión.

El corto impacta justamente por el humor que genera esa combinación entre violencia y propaganda y, en general, por la diferencia que establece con el lenguaje de la película. Esa diferencia, sin embargo, no oculta lo que comparte con las demás producciones del film. Por un lado, el aprovechamiento para otros fines del lenguaje publicitario es una variante de la apropiación que el cine militante hace de las fotografías periodísticas y de las imágenes televisivas. Por el otro, la presencia indisimulada de la violencia política.

Podemos comprobar esa presencia en las fotografías de la jornada. El gobierno de facto calificó esa violencia mientras identificaba a los responsables: “la ciudad de Córdoba ha sido destruida por hordas populares que destruyeron todo a su paso”. Intentaba –ya lo vimos– presentar la manifestación como un estallido aislado, la irrupción de la barbarie promovida por “extremistas y subversivos” y acompañadas por “masas alocadas” (en Delich, 1974, p. 15). Los manifestantes tenían otra opinión. Para ellos, la violencia era una respuesta a la continua represión estatal. La violencia se presenta como reacción frente a la violencia previa ejercida por el gobierno militar. Es una forma de resistencia, que exhibe así la ilegitimidad de la dictadura. Es una violencia reactiva y momentánea, por momentos desbordada pero direccionada. Pero también es expresiva de la carencia de un discurso propio de los actores del Cordobazo. Una “violencia sin consignas”, dice J. C. Torre, señalando esa situación en la que la lucha social se negaba a

utilizar los símbolos del pasado para nombrar lo sucedido, pero sin encontrar otros nuevos que los sustituyeran.

La presencia de la violencia política en Argentina no era una novedad; basta recordar, por ejemplo, el bombardeo sobre Plaza de Mayo en junio de 1955. Pero hacia fines de los 60, su uso adquiere progresivamente dimensiones crecientes, involucra a más actores y adquiere nuevas funciones. Entre ellas, podemos mencionar una que también es visible en las películas comentadas. La violencia se convierte en un medio, un instrumento de transformación política. El llamado a tomar las armas con el que cierra tanto el corto de Szir –“Si yo solo los volví loco, ¿qué pasará cuando cada uno de nosotros tenga un revólver?”– como el de Subiela –“Una clase oprimida que no se esfuerza por usar las armas, por adquirir armas, solo merece ser tratada como esclava”–, por lo demás tan diferentes, indica que el uso de la violencia armada es el modo político no solo de enfrentar sino de transformar la situación y así lograr un mundo nuevo que se presume más justo. La violencia se convierte en un acto planificado y programado; se entrena, se prepara y subordina a objetivos tácticos y estratégicos.

La creciente presencia de la violencia no se limitaba, sin embargo, a la esfera del enfrentamiento político. Su manifestación abarcaba la vida cotidiana y los espacios más diversos: el de la industria cultural (por ejemplo, en las novelas de televisión), el de la ficción literaria, el arte o el humor. Inclusive, en lo que parece una respuesta involuntaria

al corto de Subiela –él mismo publicista en esos años–, las propagandas y publicidades de esa época utilizan armas y referencias a asesinatos para vender los más variados productos: ropa, autos, cigarrillos, vinos, gaseosas, caramelos, viajes en avión o revistas.

Las armas se constituyeron en un instrumento publicitario recurrente para promover el consumo de los más variados productos, como se puede ver en la selección a continuación. No solo, como podría esperarse, apuntalaron la caracterización de hombres duros, seguros o viriles. Fueron utilizadas también de forma repetida con figuras femeninas, enlazando la seducción de la mujer a la implacabilidad de la violencia y de las armas.

Es importante destacar, tal como señala S. Carassai (2013), que esa utilización publicitaria de las armas y la violencia no era común en otros países (no era una moda extendida en el mundo publicitario más allá de Argentina), y que tuvo una duración limitada, aproximadamente desde fines de los 60 hasta el comienzo de la última dictadura. A partir de ahí, dejó de ser una herramienta de las campañas comerciales y comenzó a serlo del Estado militar, como lo muestra de manera ejemplar la serie publicitaria de la Dirección General Impositiva (entre 1977 y 1978).



Imagen 17



Imagen 18



Imagen 19



Imagen 20

FIGURACIONES DE LA GUERRA

La fuerza de la violencia asume, antes que nada, la forma de la guerra: divide los grupos y orienta sus movimientos, ordena el espacio, define los motivos. Invade y carga de sentido –ya lo dijimos– a intervenciones variadas: artísticas, literarias, cinematográficas y, antes que nada, políticas. El Cordobazo agudiza esta percepción y, al mismo tiempo, se presenta a los ojos de los testigos y de los protagonistas como un enfrentamiento bélico. En este punto nos interesa no tanto lo que sucedió, sino la manera en la que algunos actores elaboraron y comprendieron lo que sucedía. El uso de la guerra como metáfora (tanto en testimonios como en descripciones periodísticas) aparece en primer lugar como clave para transmitir lo que había ocurrido: “bandos enfrentados” para los manifestantes y las fuerzas policiales, “campo de batalla” para el escenario urbano, “postales de guerra” para dar cuenta del estado de la ciudad y sus calles el día después. Ahora bien, el uso metafórico fue solo una parte. El Cordobazo fue entendido también literalmente como una batalla: como la primera de una guerra que estaba comenzando o como la expresión finalmente visible de una que se venía librando de manera sorda. Una imagen extendida y compartida por posiciones alejadas en el espectro político-ideológico. La guerra como la continuación de la política por otros medios; o la guerra directamente como política. Para los militares en el gobierno, era la expresión local de un conflicto internacional. Se libraba en Argentina una batalla más de la guerra mundial contra la subversión comunista. El marco de comprensión lo ofrecía la Guerra Fría y la adopción de la Doctrina de Seguridad Nacional desde 1966. Un enemigo externo (el comunismo) que encontraba apoyo interno en varios sectores enceguecidos por la ideología. Por eso, el Ejército –sostenían– se veía obligado a intervenir en estos conflictos dentro del territorio nacional, para “salvar la nación” que se encontraba dividida en “fronteras ideológicas” que amenazaban su integridad. No solo eso: dado que la guerra revolucionaria, en tanto guerra ideológica, abarca “todos los campos de la actividad humana”, la contraofensiva militar debía ser a su vez integral. La guerra entendida por los militares, entonces, incluye todos los espacios sociales: la política, claro, pero también los valores, la cultura o el arte.

Para los manifestantes, las cosas eran al revés. En *La hora de los hornos* –la película de P. Solanas y O. Getino–, el Ejército argentino es presentado como un ejército de ocupación, y el revolucionario, como el ejército de liberación que iba a lograr la segunda independencia. Así, la revolución era la

expresión de la auténtica nacionalidad –y se reconocía en la ampliamente compartida y aceptada historia de la nación como una historia de guerra– que venía a salvar al país de una clase dirigente que había renunciado a su misión. Esa renuncia –esa traición– la había convertido en un agente interno defensor de los intereses extranjeros (*cipayos*), que le daba la espalda al pueblo que debía defender. La película de Juárez que mencionamos es todavía más explícita: “Hemos decidido poner fin a esta guerra silenciosa en la que solamente el bando del pueblo sufre las bajas –dice la voz en off mientras vemos imágenes de la vida en una villa miseria–; la guerra revolucionaria, la guerra del pueblo ha empezado ya. Y aunque sabemos que tendremos que soportar muchos sufrimientos, muertes y destrucción por largo tiempo, estamos resueltos a no detenerla hasta que el pueblo tome el poder en sus manos. La victoria popular tiene un precio muy alto”.

En definitiva, una imagen común que circula entre sectores “enfrentados” que coinciden en comprender al Cordobazo con la lógica de la guerra. Las coincidencias avanzan también en el tipo de conflicto: enemigos internos que responden a motivaciones extranjeras; traición a la nación; guerra larvada, “silenciosa”, que se hace cada vez más presente en la superficie de la vida cotidiana.

Esta fue una de las formas privilegiadas –no la única– que utilizaron los contemporáneos para darle sentido al Cordobazo. ¿Solo los contemporáneos? En algunos de los títulos de los libros de investigación historiográfica más importantes dedicados al tema, esa figura aparece como un eco del pasado que todavía se percibe. Así, por ejemplo, en el de J. Brennan: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba* (1996).

Juventudes

Los protagonistas de las películas que comentábamos –*Ya es tiempo de violencia*, de Juárez, y “Testimonio de un protagonista”, de Szir– representan a obreros metalúrgicos de simpatías peronistas. La identidad política remite

al pasado reciente y a un sector social específico: el de los trabajadores industriales. A simple vista, pareciera que las películas son un eslabón más del largo proceso de la resistencia peronista que se inicia tras el golpe de Estado del 55. Por otro lado, la repentina toma de conciencia política que sufren los protagonistas los acerca a otro fenómeno: el del compromiso y la posterior radicalización política de la juventud, que el Cordobazo impulsa notablemente. En fin, dos procesos que derivan de las mismas condiciones –la progresiva deslegitimación que sufre la democracia tras la proscripción del partido mayoritario, la inestabilidad política permanente, el creciente autoritarismo– pero que, aunque conectados, son discernibles. P. Szir tenía, en mayo de 1969, 33 años; E. Juárez, 24. Su vínculo con el peronismo –en ocasiones un legado familiar, como en el caso de Juárez– deriva de los años de prohibición que le siguen al golpe del 55, y no del gobierno de Perón. Y sus casos no son excepcionales. Por el contrario, durante la década del 60, un gran número de jóvenes –muchos de ellos provenientes de familias no peronistas o directamente antiperonistas– siguieron un camino semejante. Esa tendencia fue favorecida, a su vez y en no menor medida, por las nuevas corrientes teológicas y sociales de la Iglesia católica. Pero, en especial, fue el resultado de una brecha generacional que se expresaba en la opinión crítica y desencantada que tenían de la vida política de los adultos, a la que caracterizaban –no sin argumentos– de hipócrita, egoísta y falsa.

Una opinión negativa que también descreía –tachándola de mera ficción– de la imagen del país que sus padres sostenían: una Argentina moderna, inclusiva, igualitaria.

Sea como sea, muchos jóvenes empiezan a reconocer en esas películas (y en otras semejantes del cine militante) una nueva forma de política cada vez más presente. Había varios motivos para considerar la violencia como el instrumento privilegiado del cambio político. Allí estaban disponibles, como ejemplos a imitar, la Revolución cubana o las múltiples manifestaciones estudiantiles a lo largo del mundo.

Ahora bien, ¿quiénes eran estos jóvenes? Y antes: ¿qué es la juventud? Un buen punto de partida es distinguir la edad biológica de la edad social; para decirlo de otro modo: las divisiones sociales entre las edades (juventud/vejez) son siempre arbitrarias y relativas. No son un dato dado. Las clasificaciones por edades (o por clases sociales) son siempre luchas por imponer y producir un orden con tareas, comportamientos u ocupaciones asignados según el lugar que se ocupa (Bourdieu, 2000).

¿Pueden integrar el mismo grupo –el de la juventud– sectores que pertenecen a universos sociales que no tienen nada en común? ¿Aquellos que comienzan a trabajar al terminar el primario y aquellos que tienen proyectado pasar por todas las instancias del sistema educativo? En los 60, sin embargo, se produce un fenómeno llamativo que responde a ciertas condiciones bien precisas. Por un lado,

la escolarización masiva (en especial, del nivel secundario, así como el crecimiento sostenido de la matrícula universitaria, al menos desde mediados de los 40) hace que la juventud se extienda más allá de los sectores altos y medios. Es decir, que también los sectores populares puedan experimentar el “estar al margen” (de manera transitoria) del mundo del trabajo y sus obligaciones, que supone el pasaje por la escuela y la universidad. Por otro lado, el proceso de expansión global del capitalismo de consumo y del entretenimiento produce una cultura juvenil de carácter internacional. Así, la emergencia de la juventud en aquellos años debe vincularse a un proceso de modernización del que los jóvenes son, a la vez, parte y efecto. La oposición generacional asume la forma de una revolución cultural, en el sentido de los cambios en el comportamiento y las costumbres. Cambios perceptibles en la vida cotidiana, en la universidad, en la música que escuchan o en las nuevas formas de vestirse, en las relaciones afectivas, en la familia o en la militancia política. En esas transformaciones se adivina siempre un cuestionamiento a la autoridad del pasado.

La importancia social de la juventud, de esa manera, se ajusta a sociedades cambiantes y dinámicas que consideran estos cambios como positivos y deseables. La transformación de las cosas parece estar conectada de modo directo con lo que los hombres y las mujeres hacen; el mundo y la vida parecen cambiar al mismo tiempo y en la misma dirección.

La impugnación al pasado era acompañada por la proyección de deseos y esperanzas. Una idea de un “mundo por hacer” (Cattaruzza, 1997). En efecto, en los años 60 y principios de los 70, para muchos el futuro no era fácil de imaginar aunque estaban seguros de que ya no sería una repetición del pasado.

Volvamos al Cordobazo. La novedad histórica de las jornadas del 29 y 30 de mayo es el encuentro de obreros, estudiantes y vecinos marchando en conjunto. El acercamiento entre los sectores medios y la clase trabajadora –un acercamiento que sucede solo en ciertas ocasiones– teje posibilidades inéditas. Esa conexión, en parte, es motorizada por un movimiento juvenil que trasciende las barreras ideológicas y parece desestimar las sociales: estudiantes universitarios, operarios jóvenes.

En los jóvenes, en fin, es posible reconocer, en este breve pero intenso período, una toma de conciencia política que, en muchos casos, es percibida como un punto de partida de una nueva era: el tiempo del compromiso, de la unidad social y de la revolución.

Ahora bien, ya lo dijimos, la creciente centralidad y el reconocimiento social que obtiene la juventud participa de un proceso de transformación muy amplio. Esa modernización es una de las dimensiones de los cambios profundos de un capitalismo cada vez más global, la ampliación y la importancia económica y cultural del consumo, la modificación de las pautas de comportamiento. Una conexión en-

tre el mundo y la vida, decíamos, que resultaba natural en aquellos años y que quizás nos resulta sorprendente hoy. En fin, como diría Marc Bloch, aquellos jóvenes se parecían más a su tiempo que a sus padres. ¿Resultaron los cambios tal como lo deseaban? ¿El mundo que legaron fue distinto –y aun mejor– que el que recibieron?

POSDATA III

Fotografía y memoria

El fotoperiodismo en Argentina, tal como lo mostró Cora Gamarnik (2020), vive entre las décadas de los 60 y los 70 un momento de profesionalización, reconocimiento y, a la vez, de transformación. En las revistas ilustradas, las fotos comenzaron a cumplir un rol diferente al que tradicionalmente tenían en los diarios y periódicos, donde habitualmente eran utilizadas como mera ilustración de lo que decía el texto. Así, como el ejemplo que vimos de la edición especial de *Siete Días Ilustrados*, ofrecían verdaderos relatos visuales en los que el texto quedaba subordinado a las imágenes, las cuales ocupaban casi la totalidad del espacio de la publicación. *Siete Días* y otras revistas por el estilo (*Gente*, *Panorama*, *Primera Plana*) cumplieron un papel central en la cobertura y la difusión de lo que había sucedido en Córdoba. El éxito de sus tiradas, en ocasiones por encima de los 100.000 ejemplares, ofrece una idea del impacto que tuvieron en ese momento. Si bien era un fenómeno reciente para Argentina (en Europa y en EE. UU. fue la cobertura de la Primera Guerra Mundial la que promovió esa nueva función de la fotografía y la aparición de ese tipo de publicaciones), podemos enmarcarlo en una historia de larga duración: la de la aparición de la imagen impresa. La xilografía, el grabado y otras técnicas afines hicieron po-

sible, desde el siglo XV y XVI, la producción y circulación de imágenes a una velocidad que la pintura desconocía. Así, las imágenes de los acontecimientos podían llegar a los observadores mientras los hechos estaban aún frescos en la memoria. Por otro lado, la imagen impresa supuso un salto cuantitativo y, gracias a eso, las reproducciones podían llegar a una mayor cantidad de personas, en especial a los sectores populares. La invención de la fotografía –y luego el desarrollo del fotoperiodismo– puede ser ubicada en esta serie histórica marcada por una creciente velocidad en la producción de imágenes, así como un aumento constante de su cantidad. Ahora bien, en esta continuidad que proponemos entre la imagen impresa del siglo XVI y la fotografía, la aceleración puede señalar una diferencia no solo cuantitativa (tiempo necesario para la producción, número de imágenes, etc.) sino cualitativa, e indicar una novedad. Porque, como en el caso del Cordobazo, las imágenes fotográficas se producen y circulan (casi) de manera simultánea al hecho. A diferencia del pasado, en el que los recuerdos todavía recientes aprovechaban las imágenes impresas para reconocer aquello que había acontecido, en el siglo XX las imágenes fotográficas circulan antes de la conformación de esa memoria común. Para decirlo de otro modo: colaboran –y no en menor medida– en la construcción del acontecimiento. ¿Y en su recuerdo?

John Berger sostiene que la función que cumple la fotografía era antes desempeñada no por el dibujo o la pintura,

sino por la memoria. Las fotos, como los recuerdos –nos dice– conservan las apariencias instantáneas; es decir, las apariencias “separadas de la sucesión de apariencias posteriores”. Una fotografía, agrega, “no es sólo una imagen (como lo es una pintura), sino que es además una huella de lo real, como una pisada” (2017, p. 73). Como la memoria, la fotografía conserva esas “huellas de lo real” pero, a su vez, las fija. Esa condición de la fotografía es esencial. Roland Barthes (2008, p. 29) sostiene lo mismo: la fotografía “dice tan solo y sin duda alguna lo que ha sido” y “repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”: huella de lo real y fijación.

Ahora bien, esta posibilidad singularísima supone a su vez ciertas dificultades. El carácter ostensivo de la fotografía parece necesitar del lenguaje oral o escrito para significar. Todo es tan visible que hace falta un saber que está afuera, es decir, ciertas informaciones que no surgen de la propia imagen. Como los sueños, la foto necesita de las palabras para encontrar su sentido.

Aquí se hace patente el límite de la analogía entre la memoria y la fotografía. La memoria selecciona y conserva las imágenes a partir de ciertos valores (la justicia, la valentía, etc.) que le dan sentido a lo que recordamos. Esa selección implica, simultáneamente, la operación de olvidar. Las fotografías, en cambio, no conservan en sí mismas significado alguno, están “privadas de significado”, subraya Berger. Su multiplicación acelerada, además, hace difícil

(¿o imposible?) la selección. Ahora bien, esa condición de las fotografías (“privadas de significado”) ¿no hace posible que nos acerquemos a ellas sin saber de antemano lo que tienen para decir? ¿Que pongamos en suspenso lo que ya sabemos para mirar como si lo hiciéramos por primera vez? ¿Que sea posible entrever en la superficie de esos fragmentos o restos aquello que de otra forma pasaría desapercibido tras la capa invisible de los relatos y del sentido?

Volviendo a las fotografías del Cordobazo que las revistas ilustradas difundieron, nos encontramos con otras cosas. Fueron rápidamente utilizadas con otros fines –es decir: seleccionadas– y ubicadas en una trama narrativa –es decir: cargadas de sentido–. Esa operación general (elegir imágenes para ubicarlas en un nuevo lugar) fue variada y múltiple, y se puede identificar en las películas de cine militante que comentamos, en las revistas de las organizaciones armadas que se comenzaron a publicar poco tiempo después del 69 o en diversas producciones artísticas. A veces, esas fotografías aparecen en una serie que las vincula con otras manifestaciones y protestas (Mayo francés, Praga, Tlatelolco, movilizaciones contra la guerra de Vietnam) y así asumen un significado epocal; otras veces, indican un punto de inflexión en la conflictiva historia argentina; en otros casos, se convierten en una referencia local o en parte de la identidad de los trabajadores o de ciertos sectores políticos. Como sea, ensamblan así memorias visuales cargadas de sentido.



Lección 4

La actualidad del Cordobazo:
conmemoraciones y sentidos

La actualidad del Cordobazo: conmemoraciones y sentidos

Hasta aquí hemos enfocado la mirada en un día de 1969 de protesta y de violencia social que reveló solidaridad y unidad entre sectores diversos (obreros, estudiantes, vecinos). Ahora proponemos –manteniendo un ojo atento en aquella Córdoba de los 60– una aproximación distinta, preocupada más por el presente y sus conflictos que por aquel pasado. El objetivo es interrogarnos sobre lo que está vivo y lo que está muerto del Cordobazo o, para decirlo de otra manera, sobre lo que perdura y lo que ya no de un pasado no tan lejano. En definitiva, movernos entre lo que se convirtió para nosotros en extraño o inusual, y aquello que percibimos de inmediato con un tono familiar. Ese contraste, a su vez, puede ser una vía apropiada para preguntarse por el Cordobazo y su herencia. Pero antes vale la pena detenerse: ¿tiene un legado el Cordobazo? Y si es así: ¿en qué consiste esa herencia? ¿Y quiénes son sus legítimos herederos? La metáfora permite imaginar y pensar los posibles vínculos que el presente establece con el pasado o, para decirlo con otras palabras, cómo determinado pasado que se considera significativo para un pueblo o una comunidad ha sido activamente transmitido a la presente generación y, a su vez, es aceptado como tal.

En definitiva, la cuestión del legado o la herencia involucra la conexión entre diferentes generaciones, la volun-

tad de transmisión y la decisión de recibir. ¿Tiene un legado el Cordobazo? La respuesta no puede ser unívoca, y las disputas en torno al sentido de aquellos días de 1969 –un acontecimiento escurridizo, decíamos– eran también disputas sobre la imagen del Cordobazo que se buscaba dejar al futuro. Indican la imposibilidad de pensar en una herencia transparente, definida, singular. A su vez, la recepción nunca es pasiva. Afrontar el legado siempre implica una tarea de selección, de filtro, de crítica; un trabajo que precisa una elección entre aquellas variadas posibilidades que ofrece el pasado. Nada tiene, por eso mismo, de repetición. Tampoco nada tiene de natural: ese proceso de transmisión, recepción y elección puede, por diversos motivos (una guerra, indiferencia, desconexión generacional, etc.) interrumpirse, y aquel pasado, asumir un aspecto desconocido y convertirse en un mundo totalmente extraño y distante.

En esta lección, proponemos fijar la atención en una serie de producciones muy diversas entre sí, de diferentes momentos históricos: películas, textos de ficción, fotografías, testimonios y memorias, instalaciones artísticas, montajes audiovisuales. Comparten la voluntad de conectar el Cordobazo con el presente y con el futuro. Son objetos y producciones que se hacen cargo de aquella herencia, y así, en ese intento de transmisión, la transforman. Como señalamos, proceden de diferentes momentos históricos que tienen en común una condición: el espíritu conmemorativo y memorial.

El día después

Vuelvo a la fábrica después de varios días de no ir. Parece que nunca hubiera pasado nada. Parece que en esta ciudad y en este país nunca puede pasar nada. [...] Las calles igual que siempre, es como si fuera que lo que pasó el 29 fuera un sueño... o una mentira. Pero las señales todavía están aquí.

Con esas palabras comienza “Testimonio de un protagonista”, el corto de P. Szir ya mencionado en la lección anterior. La vacilación del personaje que vuelve al trabajo remite a su experiencia cuando es interpelada por lo extraordinario de los sucesos. “Parece que no hubiera pasado nada”, piensa mientras la normalidad y el orden se restituyen: el viaje en colectivo, la ciudad, la fábrica, el trabajo. Para conjurar la amenaza de irrealidad (¿fue un sueño?) que acecha su recuerdo y que anuncia la amenaza del olvido, decide dar testimonio. Un testimonio que ordena las imágenes y los recuerdos a partir de las “señales que todavía están aquí”. Son las huellas de que algo efectivamente había pasado: los autos quemados que están siendo removidos, las pintadas en las paredes, los restos de barricadas. De esa rememoración, el obrero parece obtener una doble lección: un aprendizaje sobre sí mismo (quién creía que era, quién es) y una orientación precisa sobre la dirección que debe adoptar la lucha política.

Podemos incomodarnos, e inclusive expresar legítimamente nuestro desacuerdo frente a las enseñanzas que el obrero cree obtener como un destilado de tanta confusión –que el montaje de palabras e imágenes del corto organiza en un relato–. Pero la duda del protagonista no nos parece fuera de lugar. Por el contrario, nos resulta familiar: ¿cómo no dudar del pasado, de su existencia, de nuestra experiencia individual o colectiva, si su supervivencia parece ser tan frágil, si depende de huellas dispersas o recuerdos fragmentarios? A su vez, para retomar la duda del protagonista del corto: la certeza y el peso de lo cotidiano ¿no anulan lo que vivimos como excepcional? Pero, además, a la inversa: ¿no recordamos justamente los episodios extraños y singulares y olvidamos los comunes y repetidos?

Siguiendo estas preguntas, podemos pensar el pasado al menos de dos modos: como un peso, una carga que se impone a la vida y le cierra alternativas privilegiando la repetición, o como una fuerza que irrumpe y abre la posibilidad de entrever –de manera efímera– otros mundos. En cualquier caso, ambas formas derivan de lo que hacemos o dejamos de hacer. Y esa acción está condicionada por la experiencia previa, también por la situación.

¿Es posible que esa acción, además, esté orientada por la imagen del futuro compartida –sea con anhelo o con temor–? Así, la presencia del pasado se conjuga con los futuros que aquellos hombres y mujeres imaginaron. Y una marca singular de esos años, justamente, es que se

puede percibir la convivencia de varios futuros posibles. Cuando Krieger Vasena se preguntaba por qué los obreros con mejores sueldos del país habían dirigido una protesta como el Cordobazo, no desconocía las medidas económicas que el gobierno (que él mismo) había tomado y que los afectaban de manera directa (como las quitas zonales o la supresión del sábado inglés). Su pregunta descansaba –como vimos– en una mirada prejuiciosa del sector y en una evaluación equivocada: los efectos de esas medidas no parecían tan importantes como para justificar una protesta de esa magnitud. Pero lo que los operarios metalmecánicos y los demás sectores obreros percibieron tras esas medidas (y otras que el gobierno de Onganía venía tomando desde 1966) era un futuro que aparecía como una amenaza. Un futuro temido que se hacía cada vez más real.

¿Cómo lo enfrentaron? No con la defensa del presente, atravesado por el creciente autoritarismo. Lo que se le opuso fue otro futuro, uno alternativo al proyecto del gobierno militar y al presente que vivían. Esa imagen del porvenir encontró un apoyo convencido en algunos sectores de la sociedad como, por ejemplo, en amplias fracciones de la juventud y de la izquierda. En otros sectores, como los trabajadores, apareció una alternativa que bien podía remitir a momentos de un pasado mejor (como la memoria de los gobiernos de Perón, que alimentaba la expectativa sobre su retorno, o la restitución de las condiciones previas

a la llegada de Onganía); finalmente, entre amplios grupos de la sociedad, concitó entusiasmos más difusos aunque auténticos que encontraban su sentido frente a una actualidad insostenible por la intensidad creciente de la represión. Más allá de la vaguedad del futuro imaginado o de la discusión sobre los medios para alcanzarlo, lo que marcó ese momento fue la extendida convicción de que un mundo mucho más justo era realizable y no estaba lejos.

Tanto en el corto de Szir como en la película de Juárez está presente la preocupación por la veracidad del testimonio; sin embargo, la preocupación central es la urgencia por testimoniar. Estas producciones tienen la voluntad explícita de intervenir en una coyuntura precisa. De allí la urgencia por realizarlas y proyectarlas cuanto antes de modo clandestino –en encuentros políticos por definición–, promoviendo debates, discusiones o balances.

La urgencia de testimoniar es, también, la de transmitir: las lecciones y el aprendizaje de esas jornadas, la fuerza de la unidad sindical y obrero-estudiantil, el rostro y las estrategias del enemigo... en definitiva, el sentido político del Cordobazo. Esa transmisión encontró variadas formas y entre ellas se destacó, además, la fuerza de irradiación que tiene el mito. Luego volveremos sobre ese punto. Ahora nos parece pertinente preguntarnos: ¿qué formas necesita esa transmisión cuando está dirigida a otras generaciones, con otras experiencias, en otros espacios? ¿Y qué sentidos? ¿Permite el Cordobazo pensar nuestro pre-

sente y la forma en la que imaginamos el porvenir desde otra perspectiva? ¿Qué experiencias nos pueden todavía interpelar y ofrecer así una mirada más amplia de nuestra actualidad?

La historia sin mitos

El escrito de L. Garzón Maceda que ya mencionamos lleva por título: “El Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas”. Allí, el término “mito” parece tener un significado preciso y limitado, que se enfatiza gracias a la palabra que lo acompaña: “leyenda”. En efecto, Garzón Maceda lo usa como sinónimo de mentira, de invención. Y los mitos (las mentiras, las inexactitudes) dificultan la percepción de “la verdad simple del Cordobazo” (p. 25). No es el único. Elpidio Torres (1999), en su libro de recuerdos sobre el Cordobazo, también usa la palabra con el mismo significado: dos de sus apartados llevan por título “La historia sin mitos” y “Los mitos del Cordobazo”, y la contratapa señala que el libro “sin mitos desgrana la historia verídica”. En definitiva, mito como sinónimo de mentira, de falsificación, de falsedad, y antónimo de historia, verdad y exactitud. Interesadas o no, las mentiras deben ser combatidas para rescatar y transmitir la verdad de lo sucedido. ¿Cuáles son esos mitos que se desenmascaran? Que el Cordobazo fue el resultado de una acción espontánea, que fue clandesti-

no, que Perón se opuso, que las agrupaciones de izquierda (o ciertos gremios) participaron, o que Tosco usaba el mameluco todos los días.

Sin embargo, por oposición a esa enumeración de inexactitudes no llegamos a la “simple verdad” del Cordobazo. Para eso, Garzón Maceda precisa dar un rodeo y así nos cuenta un mito, pero de otro tipo: la historia del castigo que sufre Sísifo. Aquí el sentido del término es, como sospechamos, otro. Remite, en este caso, a uno de los relatos que forman parte de la mitología griega. ¿En qué consiste el castigo? Sísifo debe empujar una piedra enorme hasta la cumbre de una montaña empinada, pero justo antes de llegar a la cima, la piedra rueda cuesta abajo y Sísifo debe comenzar de nuevo con su tarea. Así una y otra vez. El relato indica una verdad que se revela ambigua: el Cordobazo es la culminación de un proceso lento y esforzado de organización del movimiento obrero de Córdoba que, como en el caso de Sísifo, comienza a debilitarse luego de haber llegado a la cima. De esa manera interpreta Garzón Maceda la foto que registra el primer aniversario del Cordobazo, en 1970.



Imagen 21

La foto muestra que algo ha cambiado. Los sectores ortodoxos del sindicalismo cordobés, ausentes en el 69, ahora están en primera fila, homenajeando un acontecimiento con el que no se sintieron identificados (ni tampoco cómodos). Tosco tiene a un ortodoxo a cada lado, y lo mismo ocurre con Atilio López y con Elpidio Torres. Es decir –concluye Garzón Maceda– que la CGT del 70 no es ya la conducción sindical de las jornadas de mayo del 69. Para que no queden dudas, la Unión Obrera Metalúrgica señaló: “[...] el Cordobazo no fue un hecho aislado producido por elementos extremistas, sino la expresión cabal de un pueblo [...] la inmensa mayoría sale a la lucha tras las banderas de justicia social, independencia económica y sobe-

ranía política, con un auténtico sentido nacional, al margen de cualquier otra extraña, foránea, extremista, ya sea de izquierda o de derecha” (en Gordillo, 1999, p. 42).



[Imagen 22](#)



[Imagen 23](#)

Las dos fotografías de arriba, en cambio, muestran diferentes momentos de la celebración de otro aniversario del Cordobazo poco tiempo después, el 29 de mayo de 1973, cuando se cumplían 4 años. En la de la izquierda se puede ver a Atilio López –en ese momento, reciente vicegobernador electo de la provincia de Córdoba– dirigiendo la palabra al público. En la de la derecha, a Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba que había viajado a la Argentina para asistir a la asunción de Héctor Cámpora como presidente, improvisando un discurso. En el escenario, además, se puede identificar a Tosco, que cerró el acto con las siguientes palabras: “Debemos recordar el ejemplo del Cordobazo para continuar todos unidos, como hemos estado para derrocar a la dictadura

¡y debemos seguir estándolo hasta obtener la patria socialista!". La multitud –la prensa estimó 25.000 personas– coreaba consignas revolucionarias subrayando el perfil del acto, que establecía un lazo político entre la ciudad de Córdoba y Cuba. También hicieron uso de la palabra representantes recientemente liberados de las organizaciones revolucionarias (ERP, Montoneros, FAR) que destacaron "el papel que ha jugado la lucha armada en el proceso de liberación" (Revista *Siete Días Ilustrados*, 4 de junio de 1973).

La enorme distancia que se puede percibir entre los actos del primer y el cuarto aniversario del Cordobazo indica con mucha claridad que el significado de las conmemoraciones deriva especialmente del contexto político en el que se realizan antes que del acontecimiento evocado. El lugar del pasado en esos aniversarios es subsidiario; en todo caso, es objeto de una utilización pragmática para intervenir en los conflictos del presente. En estos actos, por otro lado, no era necesario hacer un trabajo de memoria o de recuperación del Cordobazo; por el contrario, está demasiado presente. Tan cercano que se intenta conjurar su potencia o, como vimos en el acto de 1973, aprovecharla.

Volvamos al mito de Sísifo. El relato permite transmitir un mensaje aparentemente paradójico: en el momento cúlmine, resultado de años de esfuerzo y trabajo, hay que volver a empezar de cero. Pero, a la vez, el mito abre un campo de posibles sentidos que va más allá de la intención de

Garzón Maceda. Nos permite pensar que la organización y la acción política –en especial, cuando se enfrenta a lo que se cree injusto– es un aprendizaje y una tarea interminable, que no se cierra tras el resultado (sea exitoso o no); nos permite, a su vez, considerar el desacople inevitable y permanente entre las intenciones de nuestros proyectos y sus resultados; o, más sencillamente, la importancia de no subordinar el proceso al resultado.

Podemos agregar algo más. En sus recuerdos, Carlos Altamirano –militante de izquierda de aquellos años– quiere recuperar el modo en que había sido entendido el Cordobazo sin intentar reconstruir lo que fue: “[...] el esbozo, sin dirección revolucionaria, de la insurrección” (1994, p. 11). Esa percepción estaba, sin dudas, orientada por una expectativa previa, a la que los acontecimientos daban una “forma sensible”. Así, según Altamirano, el Cordobazo adquirió muy pronto la dimensión de un mito. Y se apura en aclarar que no usa el término en un sentido negativo: “entiendo [por mito] un relato sostenido en un encadenamiento de imágenes, capaz de agrupar y activar fuerzas sociales, tocando, según los casos, los resortes del temor o, como en este, los resortes de la esperanza y el entusiasmo” (p. 12). El Cordobazo ofrece así una serie de imágenes de lo que hasta ese momento eran puras abstracciones: la revolución, el futuro, la unidad popular. Imágenes que tuvieron una notable fuerza de irradiación en aquella época, apuntalando entre sectores sociales muy diversos (la ju-

ventud, el sindicalismo, los partidos políticos, la izquierda) una expectativa esperanzada, optimista o, como quería Schmucler, feliz... Esa faceta mitológica es también parte de la verdad del Cordobazo, y es lo que Altamirano intenta resguardar. No solo frente a la amenaza creciente del olvido, sino también y especialmente –no deja de alertarnos– frente a la fijación que parece buscar la reconstrucción historiográfica o la sacralización de algunas memorias.

MITO

Mito es una palabra polisémica; varios significados –en ocasiones muy diferentes entre sí– conviven bajo el mismo significante. Discriminar esas diferencias semánticas, así como sus posibles vínculos y, en especial, sus funciones, es imposible en este lugar. Pero podemos indicar al pasar algunas cosas significativas. La primera es que mito (cuento) es una palabra de origen griego que remite a cierto tipo de relatos ancestrales que formaban una densa trama de historias. El uso del término se extendió, y es común escuchar “los mitos de los mapuches” o “de las tribus amazónicas”, “de la historia argentina” o “los mitos de la juventud”. ¿Es apropiado ese uso universal? Más allá de lo que pensemos, lo cierto es que esa utilización extendida es innegable. En esta lección observamos algunos de esos usos. Uno de ellos, muy común en el lenguaje cotidiano y que tiene raíces muy lejanas, es identificar al mito con lo falso, con la mentira. Parte del proceso de constitución de la filosofía tal como la conocemos fue el apartamiento del mito, considerando que era vehículo de confusiones y falsedades (así la famosa condena de Platón que, sin embargo, no era absoluta, ya que también reconocía que “esas mentiras están mezcladas con alguna verdad”). Esa denuncia señala, a la vez, la potencia política del mito: un engaño que convence o persuade –una dimensión que, entre otros, Maquiavelo percibió con mucha claridad–. También vimos cómo esos relatos –en este caso, el de Sísifo– pueden servir para aclarar una situación o iluminar un problema. Pero, en esos casos, no es una herramienta disponible para ser utilizada de inmedia-

to. “Con los mitos no hay que andar con prisa”, advierte Calvino; “es mejor dejar que se depositen en la memoria, detenerse a meditar en cada detalle, razonar sobre lo que nos dicen sin salir de su lenguaje de imágenes” (1998, p. 21). El mito se presenta así como un relato que ya se conoce (depositado en la memoria), que hay que evitar interpretar para que nos oriente: “su lección reside en la literalidad del relato, no en lo que añadimos nosotros”. La perspectiva de Calvino permite tomar distancia de la distinción saber/no saber –que asimila mito a mentira– y así reconocer un saber particular, específico, que anida en el mito. Un saber que, antes que nada, es un saber de las formas y de la metamorfosis –es decir, de sus transformaciones–, y así nos permite pensar el cambio y la permanencia de manera simultánea.

Conmemoraciones

Un rasgo de las conmemoraciones es que no nos sorprenden: son actos e intervenciones esperadas y programadas que remiten a un acontecimiento previo del que se diferencian radicalmente. Consolidan, de ese modo, la relevancia que se le otorga al acontecimiento evocado (en este caso, al Cordobazo) en la construcción de una memoria colectiva o en la identidad de una sociedad o un grupo humano. En definitiva, las conmemoraciones se vinculan al tema de la memoria social o compartida, al modo en que esta se configura y a los contenidos y valores que se quieren privilegiar y transmitir. Por esa razón, las conmemoraciones tampoco son unívocas, y suponen la disputa abierta o sorda entre los actores que las impulsan. Son una forma de afrontar la herencia y, como señalamos, privilegiar

(seleccionar) de ese legado aquello que nos resulta importante, decisivo, vital.

Para dar cuenta de la variedad de sentidos que se ponen en juego en las conmemoraciones, vamos a considerar brevemente algunas de las que evocaron el Cordobazo en su 50.º aniversario junto a otras anteriores. ¿Qué figuración del Cordobazo proponen? ¿Qué valor rescatan y buscan destacar y preservar? ¿A qué grupos e identidades interpe-
lan? Y, en especial, ¿qué imagen devuelve de nuestro presente el espejo de aquel pasado?



Imagen 24

2019. Fotomontaje de la UNC

Esta imagen constituye uno de los múltiples homenajes de la Universidad Nacional de Córdoba. Es un montaje en donde conviven escenas de la Reforma universitaria de 1918 y otras del Cordobazo. La postulación de la existencia de un vínculo entre ambos acontecimientos comenzó a circular poco tiempo después de mayo de 1969, y se convirtió en un lugar común. Constituía una forma de reconocer, más que un antecedente, una “personalidad” de Córdoba que encontraría su expresión en manifestaciones marcadas por una singularidad que se recortaba contra el fondo nacional y contra la difundida imagen de ciudad tradicional y conservadora. El montaje de la UNC recupera ese tópico. Afirma así la unidad entre dos acontecimientos y, especialmente, la unidad de los sectores sociales que los animaron: los obreros y los estudiantes. Lo hace, empero, de un modo llamativo. Primero, porque desplaza a los manifestantes del Cordobazo de las calles de la ciudad al ámbito universitario: los vemos junto a los reformistas en la célebre imagen en la que están izando la bandera de la Federación Universitaria de Córdoba en la antigua fachada de la UNC. Segundo, porque la figura que se destaca es la de Agustín Tosco, no parecen estar presentes ni Atilio López ni Elpidio Torres. La bandera de Luz y Fuerza intensifica su presencia; mirada con atención, además, revela la presencia de mujeres.

El homenaje, en definitiva, parece subordinar, histórica y espacialmente, un acontecimiento a otro. A su vez, promueve una imagen del Cordobazo en donde la participación obrera se identifica con Tosco, el líder sindical de izquierda (no peronista).



[Imagen 25](#)

2018. El Cordobazo de las mujeres

Esta imagen proviene de una fotografía que se hizo conocida luego de que Bibiana Fulchieri la eligiera para la tapa de su libro *El Cordobazo de las mujeres. Memorias*, publicado en 2018 (Ed. Las Nuestras, Córdoba). Impulsado, además de por la proximidad de un aniversario redondo del Cordo-

bazo, por la necesidad de dar a conocer los nombres y los relatos de algunas de las mujeres que lucharon por los derechos sociales y laborales en aquella época y que, sin embargo, fueron olvidadas. Interesa señalar también que la fotografía corresponde a una marcha de protesta de 1971, organizada por Luz y Fuerza en reclamo por la intervención del sindicato un año antes. Es decir: no es una fotografía del Cordobazo. No obstante, Fulchieri la elige como tapa del libro, ya que, según explica, esa foto da cuenta de una de las operaciones comunes que terminaban borrando la presencia de las mujeres de los registros gráficos o audiovisuales de aquellos años. ¿Qué operación? Muchas de estas fotografías solían publicarse recortadas haciendo foco en los líderes (en este caso, A. Tosco) y dejando fuera de campo a las mujeres. Así, al privilegiar a las figuras “importantes” y reconocibles (una marca de cierto fotoperiodismo político) dejan al margen –como otras de las conmemoraciones que comentamos– a las multitudes. La intervención de Fulchieri busca desde el presente –en consonancia con las reivindicaciones de género y el movimiento feminista– iluminar o rescatar a protagonistas olvidadas del pasado. Cuando leemos los testimonios que recopila el libro, reconocemos rápidamente que esas mujeres en general reivindicaban o le otorgan prioridad al reclamo social o “de clase”; es decir, en calidad de mujeres trabajadoras.

A partir de este libro, Luciana Dadone y Andrés Dunaevich realizaron un documental que titularon «*Brujas del Cordobazo*» (2022). Allí podemos ver a las protagonistas

del Cordobazo recordar aquellos días de protesta y establecer conexiones con las luchas del presente.



[Imagen 26](#)

2016. TEC, *Cuidar la cabeza*

En este caso, se trata de una instalación que se titula *Cuidar la cabeza*, realizada hace un par de años por el artista visual TEC. En 2016 se exhibió en una de las salas del Museo Caraffa, y en 2019, en las celebraciones por el cincuentenario del Cordobazo, en el Pabellón Argentina de la UNC. La composición de la obra combina cascos de seguridad industrial y libros exhibidos sobre una pared, conformando un rectángulo multicolor. La forma redondeada de los cascos –en su mayoría intervenidos con manchas de pintura– contrasta con la rectangular de los libros expues-

tos de frente. Los objetos remiten a dos sectores sociales: los cascos, a los obreros industriales, y los libros, a los estudiantes. La composición que conforman representa así la unidad obrero-estudiantil como sello de agua del Cordobazo; una unidad que –como la imagen que transmite la instalación– no anula las diferencias. La ambigüedad semántica del título refuerza esa lectura. “Cuidar la cabeza” se refiere de manera simultánea a la protección física que ofrece el casco y al cultivo intelectual que supone la lectura. La intervención con manchas de pintura individualiza los cascos. Los libros no precisan de esa intervención: se muestran de frente, así que podemos ver sus títulos. La acción del artista está, en este caso, en la selección. ¿Cuáles son? ¿Qué libros se muestran intercalados entre los cascos? Vemos varios de Lenin, alguno de Marx, pero también *La razón de mi vida*, de Evita, *Los Lanzallamas*, de Roberto Arlt, o *Conversación en la catedral*, de Vargas Llosa, alguno de Sartre, más allá otro de Fanon. En definitiva: libros de literatura y de política. La ausencia de textos universitarios (sean manuales de medicina, códigos jurídicos, libros de ciencias sociales, etc.) nos hace dudar de la identificación que propusimos con los estudiantes (por restringida) y nos orienta a pensar en la estrecha conexión entre cultura y política que marcó los años 60. TEC advierte al margen de la instalación que los libros utilizados fueron publicados antes de 1969, lo que parece una prueba de esa lectura... pero, ¿no supone a su vez una imagen en la que la acción política deriva de la cultura libresca?



Imagen 27

2012. RES, *Una memoria Tosca*

La fotografía que observamos forma parte de una video-instalación. El núcleo de la obra corresponde a una acción: un grupo de personas, entre las que se encuentra el autor, incendia un Citroën 3CV con bombas molotov. La acción es registrada en un video que se detiene en el modo en que las llamas y el fuego van destruyendo el auto. El video –que dura unos 10 minutos– nos muestra los preparativos: la compra del auto; el encuentro de RES con un grupo de personas (entre las que se encuentran artistas, historiadores y militantes) en el que conversan sobre el Cordobazo y sobre lo que van a hacer; el instructivo

detallado sobre cómo armar una bomba molotov a cargo de una de esas personas; el traslado del auto en una grúa hacia las afueras de la ciudad y el incendio en sí. Tras la contemplación en silencio del espectáculo que ofrece el incendio, sigue una conversación sobre el fuego y su importancia y lugar en ritos del pasado. El resultado –el Citroën 3CV quemado, que lleva el título “Ante la Ley”– es exhibido sobre varias pilas de libros de jurisprudencia laboral en la sala del museo, mientras el video se reproduce de modo continuo en una de las paredes.

El nexo con el Cordobazo es directo, y nos remite de inmediato a las fotografías de aquel día que circularon en la prensa gráfica; en especial las que muestran los Citroën quemados en la intersección de las calles Colón y Avellaneda. El nexo es directo, pero la pretensión no es mimética. El video, que se concentra en el “procedimiento” artístico, vincula la obra con la tradición de las vanguardias, y el auto exhibido aparece como un *ready-made*, aunque de segundo grado: la acción del fuego termina de darle forma al objeto industrial. La dimensión estética, así, se identifica con el resultado de la acción de los manifestantes. El auto o, para ser más precisos, lo que queda del auto, impacta. Se presenta como un objeto que transmite el carácter violento de aquel día. Y tanto el título de referencias kafkianas (“Ante la Ley”) como los libros de jurisprudencia que sostienen al auto terminan de componer la instalación, señalando no la oposición sino la identificación entre ley y violencia.

Además de la violencia, lo que transmite la instalación –que a su vez va acompañada de fotografías de la época intervenidas– es el carácter colectivo y anónimo del acontecimiento. Las figuras de los líderes sindicales están ausentes, y el juego de palabras con Tosco en el título de la exhibición –“Una memoria Tosca”– se convierte en una indicación sobre el funcionamiento inexacto y trabajoso de la memoria social.



La Legislatura de la Provincia de Córdoba

Sanciona con fuerza de

Ley: 10148

Artículo 1º.- Institúyese en el territorio de la Provincia de Córdoba el 29 de mayo de cada año como “Día del Cordobazo y de las Luchas Populares”, en conmemoración del movimiento de protesta social ocurrido en 1969.

Artículo 2º.- El Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba o el organismo que en el futuro lo sustituyere, dispondrá que en la semana del 29 de mayo de cada año –o en su inmediata anterior o posterior–, en los establecimientos educativos de la provincia de todos sus niveles –a excepción del inicial y primario–, se realicen talleres, charlas o actividades de concientización sobre la importancia, el valor y la trascendencia de las luchas populares.

Artículo 3º.- El Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba o el organismo que en el futuro lo sustituyere, en colaboración con la Confederación General del Trabajo Regional Córdoba, elaborará los contenidos del material a utilizarse para la enseñanza e ilustración del objeto de la presente Ley.

Artículo 4º.- Invítase a las universidades –públicas y privadas– de la Provincia de Córdoba a adherir a lo dispuesto en el artículo 2º de la presente Ley.

Artículo 5º.- Comuníquese al Poder Ejecutivo Provincial.

***DADA EN LA SALA DE SESIONES DE LA LEGISLATURA PROVINCIAL,
EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA, A LOS VEINTINUEVE DÍAS DEL MES
DE MAYO DEL AÑO DOS MIL TRECE.***-----

GUILLERMO CARLOS ARIAS
SECRETARIO LEGISLATIVO
LEGISLATURA PROVINCIAL DE CÓRDOBA

CARLOS TOMÁS ALESANDRI
PRESIDENTE PROVINCIAL
LEGISLATURA PROVINCIAL DE CÓRDOBA

2013. Ley 10.148

La Legislatura de la Provincia de Córdoba sancionó, en mayo de 2013, la Ley 10148 que declara cada 29 de mayo como “Día del Cordobazo y las luchas populares” en conmemoración del “movimiento de protesta social” ocurrido el 29 de mayo de 1969. A su vez, se instituye que los establecimientos educativos de la provincia realicen cerca de esa fecha actividades vinculadas al valor de las luchas populares. Los contenidos del material para utilizarse en esas ocasiones –sigue la ley– deberán ser elaborados por el Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba en “colaboración con la Confederación General del Trabajo Regional Córdoba”. Es, en este caso, el Estado provincial el que interviene homenajear al Cordobazo. A diferencia de la conmemoración promovida por la UNC, lo que se destaca es el privilegio de la CGT. Escueta como es, la ley no transmite una imagen definida del Cordobazo, aunque señala varias cuestiones de importancia: el deber de memoria (es un recuerdo, en definitiva, promovido por el Estado); la caracterización del acontecimiento como parte de las “luchas populares”, y, por último pero no por eso menos importante, el reconocimiento de la CGT –y por su intermedio, del sector de los trabajadores– como actor privilegiado.



Imagen 29

2019. 50 años del Cordobazo. *Mapping Casa Histórica CGT*

Realizada por la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba (UEPC), la proyección del video sobre la fachada de la vieja sede de la CGT local aprovecha el valor patrimonial del edificio y así refuerza la narración histórica que las imágenes y el sonido –los otros dos protagonistas, además del edificio– ofrecen.

El punto de partida del relato que escuchamos y de las imágenes que vemos no es Córdoba ni tampoco 1969, sino la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. La filiación que establece entre el Cordobazo y el peronismo es directa, y se refuerza con el uso de la iconografía partidaria y extractos de varios discursos de J. D. Perón y de Evita que van enhe-

brando un resumen de los hechos y sucesos hasta llegar a 1969. El movimiento peronista, no hay dudas al respecto, ocupa el lugar central, es el protagonista de la historia que se cuenta. Así, por ejemplo, se destaca la importancia, para la industrialización de la ciudad –y para su posterior perfil económico y social identificado con la producción automotriz–, de la creación de la IAME (Industrias Aeronáutica y Mecánica del Estado) bajo el segundo gobierno de Perón. También ocupan un lugar relevante el golpe de Estado de 1955 y la posterior organización de la resistencia peronista. Por otro lado, en toda la narración –pero en especial desde el momento en que aparece el Cordobazo–, el protagonismo lo ocupa el movimiento obrero, los trabajadores y los sindicatos; es difícil identificar a otros actores sociales y políticos. Como se puede observar en esta captura de pantalla, la escena de la manifestación del 29 de mayo está dominada por las banderas sindicales, mientras que la presencia estudiantil se limita a dos pequeños carteles de la FUC y de la agrupación estudiantil reformista (MNR).

Las imágenes del Cordobazo están dominadas por la aparición, en primer plano, de los tres líderes sindicales: A. López, E. Torres, A. Tosco. Además podemos escuchar sus palabras, a partir de una selección de fragmentos de sus discursos. El centro de la escena, es importante subrayar este aspecto, lo ocupa el dirigente de SMATA, E. Torres, provocando una diferencia palpable con los recordatorios habituales, en los que A. Tosco es la figura que domina,

tanto que su perfil termina funcionando como una sinécdoque del Cordobazo. Luego, aprovechando la abundante existencia de fotografías y registros audiovisuales de la cobertura periodística, tanto gráfica como televisiva, de la manifestación, el video presenta el encuentro entre los manifestantes y la policía: la represión, los asesinatos, las barricadas, los enfrentamientos. En definitiva: la presencia profusa de la violencia. Tras ello, un fundido en negro y unos segundos de silencio antes del final.

El cierre del *mapping* es tan significativo como su comienzo. Para ser precisos: el cierre es el comienzo. No se muestra el día después, las consecuencias inmediatas o un salto hacia un futuro alejado de esos años, pero afín en algún punto: 1973, 1983 o 2001. Por el contrario, se vuelve al inicio y escuchamos un conocido fragmento del discurso que Perón ofrece el 17 de octubre de 1945 que sintetiza el mensaje y la lección de lo que se acaba de ver: “Sobre la hermandad de los que trabajan ha de levantarse en esta hermosa tierra la unidad de todos los argentinos”. La reivindicación de la unidad, otra vez, pero no de cualquier unidad: la de los trabajadores, la unidad nacional.

El Cordobazo aparece así en una serie que lo incluye y lo reivindica para la memoria y la identidad peronista. A su vez, se presenta con un marcado carácter obrero, nacional y nacionalista.



Busto de
Atilio López
(1929-1974)

[Imagen 30](#)



Monumento a
Agustín Tosco
(1939-1975)

[Imagen 31](#)



Busto de
Elpidio Torres
(1929-2002)

[Imagen 32](#)

2014, 2015, 2019. Estatuas

En un espacio reducido del centro de la ciudad de Córdoba encontramos un conjunto de objetos conmemorativos que probablemente, al menos si miramos con cierta atención, sean las más visibles de todas las iniciativas elegidas para comentar en esta lección. Se trata de tres monumentos que recuerdan las figuras de los líderes sindicales del Cordobazo: A. Tosco, E. Torres y A. López.

La primera cuestión que podemos considerar remite al lugar en donde están emplazados. Las tres estatuas se encuentran sobre el cantero central del Bv. San Juan, en una

franja de no más de 60 metros que va desde Vélez Sarsfield hasta la Cañada. El espacio funciona como un auténtico “lugar de memoria”, debido a que se vincula con momentos muy significativos del Cordobazo. En efecto, en las cercanías (A. M. Bas y Bv. San Juan) fue asesinado el obrero metal-mecánico Máximo Mena y, por otro lado, tuvo lugar el retroceso de la policía montada tras las pedradas de los manifestantes (V. Sarsfield y San Luis), comentada en la lección anterior. Un espacio que ya era centro y punto de encuentro antes del Cordobazo y lo sigue siendo hoy por variadas razones (el cruce de dos arterias principales, la presencia de la escuela Olmos –ahora un shopping–, la plaza y el monumento a Vélez Sarsfield). Los monumentos –una forma de recordar el pasado en el presente– intentan así enfatizar el vínculo entre ese lugar y aquellos sucesos; funcionan como marcas que ligan esa parte específica de la ciudad a lo sucedido en aquel pasado.

Ahora bien, mirando de cerca, lo que destaca es que son todas intervenciones recientes. El busto de A. López fue emplazado en 2014, el de A. Tosco al año siguiente, en 2015, mientras que el de E. Torres en 2019. Tal como nos informan las placas que acompañan los monumentos –que indican quiénes y por qué los promovieron–, el último fue el único que se realizó para conmemorar al Cordobazo (en su cincuentenario). Los otros dos responden a otro motivo: fueron instalados para recordar la fecha y las circunstancias de la muerte de esas figuras. López secuestrado y

asesinado por la Triple A en 1974; Tosco muerto enfermo en la clandestinidad en 1975, sin poder recibir tratamiento médico debido a la persecución, otra vez, de la Triple A. El Cordobazo no aparece nombrado en las placas de Tosco y López, que remiten de manera explícita a las políticas de derechos humanos y de “memoria, verdad y justicia” que los Estados nacional y provincial promovieron desde la primera década del siglo XXI. A pesar de no ser mencionado, es indudable que esos homenajes se identifican de inmediato con el Cordobazo, tanto por el emplazamiento como porque esas figuras –en especial, la de Tosco– están unidas metonímicamente al acontecimiento.

En definitiva, el Cordobazo se articula en estas conmemoraciones a las fechas infelices; se liga en especial a la última dictadura militar, y estas figuras son recordadas más en su condición de víctimas de la represión estatal o paramilitar que por su participación en la insurrección del 29 de mayo del 69. Nos podríamos preguntar, de todas formas, si ese mensaje se transmite sin dificultades entre los espectadores frecuentes de esos monumentos. Aquí las cosas son más complicadas, en parte porque si la atención es captada por alguna de estas intervenciones, es más difícil que se mantenga para detenerse en las placas.

La operación de conectar los dos momentos (69, 76) construye una historia común. Algo semejante se podría decir de las placas que recuerdan a Máximo Mena en el lugar de su asesinato. La placa de 2019 es muy elocuente al

respecto: se lo homenajea “a 50 años de su asesinato por la represión en el Cordobazo y a 43 del inicio de la última dictadura militar”, y fue colocada el 24 de marzo de 2019 (y no el 29 de mayo, fecha no solo del Cordobazo, sino de la muerte de Mena).

Por último, podemos señalar que estas intervenciones suponen, inevitablemente, el privilegio de los líderes por sobre los manifestantes (como observamos en otras conmemoraciones ya comentadas). Esta última afirmación puede encontrar un punto de apoyo en la opción formal elegida para los homenajes. La elección clásica en los bustos de Torres y López remite de inmediato a “personas importantes”, destacadas por su labor o por su contribución en alguna esfera de acción reconocida por la comunidad: política, literaria, académica, etc. El caso del homenaje a Tosco es distinto. Primero por el tamaño y por su ubicación: es el único de los tres monumentos que no hay que buscar, es visible a simple vista, no pasa desapercibido. Segundo, porque la elección estética de imitar a un estén-cil sobre una pared permite que la representación del rostro de Tosco esté de ambos lados de la obra. Tercero, esa elección formal remarca el vínculo con el arte militante y el arte callejero, que buscan intervenir y usar como soporte la configuración urbana. Así, destaca en la figura de Tosco el plano político o su dimensión militante, antes que su condición de víctima. El tipo de monumento y su emplazamiento viene a acentuar –finalmente– la centralidad otorgada a la figura de Tosco en la evocación del Cordobazo.

El repaso exhibe la pluralidad de motivos y sentidos que las conmemoraciones intentan habilitar, utilizando una serie de instrumentos y estrategias también variadas. Las diferencias –ostensibles en algunos casos, menores en otros– en ocasiones se pueden combinar en un relato coherente y, en otras, derivan en un conflicto de interpretaciones. Dependiendo de los sectores involucrados en la acción conmemorativa se destaca un plano u otro: la unidad social, el enfrentamiento al autoritarismo, la organización sindical, su conexión con el terrorismo de Estado o con la recuperación democrática. De cualquier forma y más allá de las diferencias, las iniciativas comentadas presentan zonas de contacto y acuerdo, en especial sobre aquello marginado o apenas indicado. El lugar que le otorgan a la violencia es, en este punto, revelador.

¿Cómo nos vinculamos con el pasado? Cuando el pasado nos sigue resultando significativo o útil para la comprensión de nuestro presente, se muestra como un espacio inestable, dinámico, en movimiento. Asume así un perfil que se aleja de la imagen habitual que identifica el pasado con algo cerrado y definitivo. Repasamos una serie diversa de intervenciones e iniciativas cuyo punto de encuentro es el intento de dar sentido a un acontecimiento preciso –el Cordobazo–; sentido que, a su vez, procuran transmitir. Es posible imaginar esas tentativas conformando una conversación –en ocasiones relajada, y otras, más tensa– sobre el pasado, pero también y especialmente con él.

Nos convertimos, de ese modo, en herederos de ese pasado. ¿Qué hacer con las herencias? ¿Qué hacer con nuestras herencias y con su transmisión? Los testimonios, recuerdos o conmemoraciones que revisamos adoptan una posición dialógica, activa y no solo reproductiva. El presente (con sus problemas e intereses) es una fuerza que nos orienta en el diálogo con el pasado, pero es el contacto intergeneracional el que, ampliando nuestro horizonte de referencia y de preguntas, habilita la posibilidad de una transmisión significativa y vital.

POSDATA IV

Un experimento comparativo

Consideremos simultáneamente el corto de Szir que mencionamos en la lección anterior y el breve relato de Marimón que comentamos en la lección 1: dos producciones separadas por casi veinte años. “Testimonio de un protagonista”, como ya fue señalado, forma parte de una película colectiva realizada a contrarreloj los días que siguieron al Cordobazo. La intención de intervenir en una situación muy precisa –así como el sentido de esa intervención– es subrayada desde el título: *Argentina. Mayo 1969. Los caminos de la liberación*. Más que la voluntad de documentar, de todas formas presente, es la de identificar y caracterizar una coyuntura –y el tipo de acción que reclama– la que predomina en la indicación de un lugar y un momento precisos: Argentina, mayo, 1969. El contraste con el título que Marimón elige para su breve relato –“La fiesta” (¿qué fiesta?, ¿cuándo?, ¿dónde?: la indeterminación se impone)– no puede ser más marcado. Pero no es el único; por el contrario, anuncia otros más profundos.

Como vimos más arriba, “Testimonio de un protagonista” parte de la duda, de la incredulidad sobre lo sucedido: “parece que no hubiera pasado nada”; “es como si fuera que lo que pasó el 29 fuera un sueño... o una mentira”, reflexiona con angustia el obrero que vuelve a la fábrica. Pero

el corto disipa esa incertidumbre ordenando lo sucedido a partir del recuerdo del protagonista. El testimonio organiza, identifica lugares en la ciudad y discrimina momentos del día que pautan la manifestación y el enfrentamiento. De ese modo, encuentra el sentido de un acontecimiento que se presentaba confuso y hasta irreal. Una vez recuperado, el sentido ofrece una lección política para el futuro: hay que unirse, tomar las armas, enfrentarse a la dictadura. En “La fiesta”, todo va en otra dirección. El protagonista del relato parece caer de casualidad en medio del desorden de los enfrentamientos del 29, casi como si se encontrara de repente entre los restos de un terremoto o de un huracán. Nunca termina de entender bien qué sucede: “estoy descolgado”, le responde a un conocido con el que se cruza. Su implicación es corporal y sensorial: corre, se agita, camina, observa “como detrás de un tul”, escucha, se aturde.

“Es como si fuera un sueño”: duda de lo sucedido el protagonista del corto de Szir. “La ciudad era una pesadilla despierta”, siente el personaje de “La fiesta”, afirmando una realidad aumentada de la que no puede escapar. En ese desconcierto marcado por percepciones simultáneas y contradictorias, cree advertir “una embriaguez colectiva” de origen desconocido, un “hinchado coro de historias sin una escritura”.

Sobre algunas similitudes –hay un protagonista que a su vez es el narrador; toda la acción se concentra en un día y en unas pocas calles de la ciudad; la pretensión mimética

y verosímil–, estas obras elaboran y transmiten dos imágenes muy distintas del Cordobazo. Creemos que esa distancia no deriva solamente de las diferentes reglas y operaciones específicas de cada lenguaje –el cinematográfico y el literario–, sino que además remite a sus momentos de producción. La urgencia de Szir, además de animada por objetivos políticos, busca enfrentar y conjurar la sorpresa que el Cordobazo había generado. Es una respuesta a la pregunta que todos se hacían: ¿qué había sucedido? Pero también, y en especial, una intervención para encauzar y orientar lo que iba a suceder, una “escritura” que organiza ese “coro de historias”. El relato de Marimón, por el contrario, aparece en un momento en el que la imagen que predomina del Cordobazo –inclusive entre aquellos que lo recuerdan y ofrecen su testimonio– es una elaborada por interpretaciones y relatos más o menos coherentes, con contornos ya definidos, con un significado previo que incluso antecede a la descripción o el conocimiento de los hechos. Quizás justamente por eso Marimón busca restituir, antes de que se pierda definitivamente, aquella experiencia marcada por el entusiasmo y el temor, la “embriaguez” y el desconcierto. La ficción, sin pretensión ejemplificadora o pedagógica (pero también evitando en lo posible el tono nostálgico de la ausencia que anima preguntas como ¿qué fue de aquella Córdoba?, ¿dónde quedó?), intenta ofrecer una mirada parcial, sesgada, indirecta de un trozo o núcleo duro que resiste el peso de interpretaciones sucesivas que se confunden con lo real.

Proponemos ahora ampliar el experimento comparativo, incluyendo otra producción. En 1994, el Centro de Estudios Avanzados de la UNC organizó una serie de actividades conmemorativas por los 25 años del Cordobazo. En ese marco, Sergio Schmucler escribió y dirigió un radioteatro (titulado “El Cordobazo”), que fue transmitido por Radio Universidad en mayo de aquel año. El formato de radioteatro ofrece una serie de posibilidades que Schmucler aprovecha: la acción se desarrolla a lo largo de varios días hasta llegar al 29, e involucra a una gran cantidad de personajes a partir de una estructura –salvo las pocas intervenciones del “narrador” radial– enteramente hecha de diálogos. Los protagonistas principales llevan nombres ficticios (Guido, Coco, Alicia, Felipe, Silvia, etc.) y se mueven entre personajes históricos conocidos (representantes del gobierno militar como Caballero y Onganía, sindicalistas como R. Ongaro, periodistas como S. Villarruel, etc.) y anónimos mencionados por su función (comisario, estudiante, familiar, “facho”, papá de Silvia, etc.). El drama se desarrolla a partir de los movimientos y las conversaciones de los personajes que, mezclando la vida privada con la pública, ofrecen una vía para recuperar anécdotas, información, rumores, preocupaciones, expectativas y, en definitiva, el clima social y político de aquellos días. Pero es la forma dialogada, la intervención de varias voces lo que destaca en el intento de rememoración de la experiencia colectiva.

El género melodramático le permite a Schmucler alejarse del rigor –y de la aridez– de la aproximación académica, a la vez que escapar de la amenaza de sacralización del Cordobazo que suponen otras formas como la épica, al parecer más connaturales con el fenómeno. Los héroes (Tosco, Torres, López) están presentes en las palabras y en la imaginación de los personajes del radioteatro, pero no forman parte del elenco principal. El entramado de historia “menor” y “mayor” (o de vida cotidiana y de política) a partir de las palabras de habitantes anónimos y comunes de Córdoba refuerzan ese movimiento. Por otro lado, el formato de radioteatro, anacrónico para la década de 1990 (e inclusive para la del 60) es una decisión que aleja la producción de las demandas del mercado y de las mediciones de audiencia.

Por último, la evocación de aquel acontecimiento que había tenido lugar 25 años atrás se realiza apelando a la emoción (la voz de los actores es el instrumento que se destaca en este punto). “Yo quería contar el romance de la alegría que no pudo ser... recuperar aquellos momentos felices”, dice el autor del radioteatro (en Mata, 1994, p. 212). Pero esa apelación a la celebración de la memoria no puede –en un momento, 1994, en el que desde el Estado nacional se promueven los indultos como forma de reconciliación nacional– dejar de confundirse con la tragedia que vino después del Cordobazo. ¿Los pasados –1969, 1976– se confunden? En realidad, como la voluntad memorial trabaja desde el presente, no puede sino entender el año 1969 a partir de

lo que siguió. El presente, en fin, se impone sobre el deseo de recordar “aquellos momentos felices”, el reclamo de no olvidar “el infierno que vino después”.

En el experimento comparativo que propusimos, aparece un elemento común que, probablemente, merece ser subrayado. ¿De qué elemento hablamos? El corto de Szir se orienta hacia el futuro e interviene en el presente (señalando qué hacer) a partir de la rememoración del 29 de mayo, mientras que las otras dos producciones –el relato de Marimón y el radioteatro de Schmucler– intentan salvar o rescatar para el presente aquello que consideran vital: la “embriaguez colectiva” o la fiesta social; el momento de felicidad donde se creía que todo era posible.

ÍNDICE DE IMÁGENES

Lección 1

< [Imagen 1](#)

“Algo habrán hecho. 50 años del Cordobazo. Ejemplo de unidad y organización”, Comisión Provincial de la Memoria de Córdoba.

<https://apm.gov.ar/em/algo-habr%C3%A1n-hecho-50-a%C3%B1os-del-c%C3%B3rdobazo-ejemplo-de-unidad-y-organizaci%C3%B3n>

< [Imagen 2](#)

Fotografía de Nilo Silvestrone.

Fuente: “Argentina 1969-2018: un nuevo aniversario del Cordobazo”.

<https://www.nodal.am/2018/05/argentina-1969-2018-un-nuevo-aniversario-del-cordobazo-por-abel-bohoslavsky/>

< [Imagen 3](#)

Infografía realizada por el ISEP. Si bien hubo incidentes y enfrentamientos en toda la ciudad de Córdoba, la infografía destaca los más importantes.

< [Imagen 4](#)

Fotografía de José Ardiles, *Arden los muebles de Xerox*, 1969.

Rescate Fototeca AFC (Asociación de Fotógrafos y Camarógrafos de la provincia de Córdoba).

< [Imagen 5](#)

Portada del diario *La Nación*, 30 de mayo de 1969.

Fuente: <https://carasycaretas.org.ar/2021/05/29/cordobazo/>

Lección 2

< [Imagen 6](#)

Portada de *Electrum*, boletín informativo del Sindicato de Luz y Fuerza, del 29 de mayo de 1969, convocando al paro activo.

Fuente: <https://tribunavm.com.ar/index.php/2020/05/30/cordobazo-historia-y-presente/>

[< Imagen 7 y 8](#)

Rinaldo Antonio Colomé, Construcción y vivienda en la ciudad de Córdoba, 1947-1965. *Revista de Economía y Estadística*, Vol. 11, N.º 3-4, 1967, pp. 67-98.

Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/issue/view/231>

[< Imagen 9](#)

Jesús Rafael Soto, *Un blue et 15 noirs*, 104 x 104 cm, técnica mixta, 1964. Col. CAC / Museo Emilio Caraffa, Córdoba.

[< Imagen 10](#)

Raquel Forner, *El astronauta*, 130 x 200 cm, óleo sobre tela, 1962. Col. CAC / Museo Emilio Caraffa, Córdoba.

[< Imagen 11](#)

Antonio Seguí, *Estudio de un paisaje americano*, 210 x 130 cm, óleo y collage sobre tela, 1962. Col. CAC / Museo Emilio Caraffa, Córdoba.

Lección 3

[< Imagen 12](#)

Tapa y contratapa de la revista *Siete Días Ilustrados* con fotografía de Nilo Silvestrone, especial Cordobazo, 3 de junio de 1969.

Fuente: <https://www.laizquierdadiario.com/Cordobazo-El-uso-politico-de-la-fotografia-en-los-grandes-hechos-de-la-historia>

[< Imagen 13](#)

“Sergio Villarruel, también cubriendo el Cordobazo para Canal 13 en otra parte de la ciudad, parapetado en medio de tiros y gases lacrimógenos disparados por las fuerzas militares”.

<https://canalmensajesysociedad.wordpress.com/2015/07/04/alejandro-romay-sus-competidores-la-tv-privada-y-los-gobiernos/>

[< Imagen 14](#)

Fotogramas del film *Argentina. Mayo 1969. Los caminos de la liberación*,

dirigida por Rodolfo Kuhn, Humberto Ríos, Eliseo Subiela, Nemesio Juárez, Pablo Szir, Pino Solanas, Jorge Martín, Octavio Getino, Jorge Cedrón y Enrique Juárez, 1969.

Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=gfsXkKq73UQ>

< [Imagen 15](#)

Fotograma del film *Argentina. Mayo 1969. Los caminos de la liberación*, dirigido por Rodolfo Kuhn, Humberto Ríos, Eliseo Subiela, Nemesio Juárez, Pablo Szir, Pino Solanas, Jorge Martín, Octavio Getino, Jorge Cedrón y Enrique Juárez, 1969.

Fuente: <https://www.filmaffinity.com/ar/film459448.html>

< [Imagen 16](#)

Fotograma del film *Ya es tiempo de violencia*, dirigido por Enrique Juárez, 1969.

Fuente: <https://www.filmaffinity.com/es/film483403.html>

< [Imagen 17](#)

Publicidad de medias: A la hora de “matar”, 1970.

Fuente: <https://martasanchezlopez.blogspot.com/2019/05/ducilo-70.html>

< [Imagen 18](#)

Publicidad de ropa femenina: “Dolce” far west, 1969.

Fuente: <https://martasanchezlopez.blogspot.com/2019/01/far-west.html>

< [Imagen 19](#)

Publicidad de la Dirección General Impositiva (DGI): Con las horas contadas, 1978.

Fuente: <https://dealgunamanera1.blogspot.com/2013/11/ideas-e-ideologias-de-alguna-manera.html>

< [Imagen 20](#)

Publicidad de gaseosa: Defienda su Talca. Un balazo para la sed, 1969.

Fuente: <https://mendozantigua.blogspot.com/2020/05/talca-un-balazo-para-la-sed-1969.html>

Lección 4

< Imagen 21

Primer aniversario del Cordobazo, en 1970. Fuente: “El mayo cordobés, antes y después”.

<https://www.nodal.am/2019/05/el-mayo-cordobes-antes-y-despues-por-abel-bohoslavsky/>

< Imagen 22

“Acto Aniversario del cordobazo, 1973. Atilio Lopez y Tosco”.

Fuente: <http://www.agustintosco.com.ar/galeri65.jpg>

< Imagen 23

“Acto Aniversario del Cordobazo, Dorticós (Presidente de Cuba), Tosco, Canelles, Mossé (Desaparecido) entre otros”.

Fuente: <http://www.agustintosco.com.ar/galeri64.jpg>

< Imagen 24

“Cordobazo, 50 años”. Homenaje de la Universidad Nacional de Córdoba.

Fuente: <https://www.unc.edu.ar/> (fecha de consulta: 2019)

< Imagen 25

Fotografía de Carlos Ardiles, *Marcha pidiendo el cese de intervención al sindicato de Luz y Fuerza. Agustín Tosco con delegadas*, 1971.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cordobazo_mujeres.jpg

< Imagen 26

Leandro Waisbord (TEC), *Cuidar la cabeza*, Site-Specific o instalación, Cascos y libros sobre pared, 9,5 x 5,5 m, 2016.

<https://tecfase.com/gallery-category/expos/>

< Imagen 27

Res, *Ante la ley*, Instalación (Citroën 3CV incendiado sobre libros de jurisprudencia), Exposición “Res. Una memoria Tosca”, Museo Caraffa, 2019. Fotografía de Diego García.

< [Imagen 28](#)

Ley 10.148, Legislatura de la Provincia de Córdoba, mayo de 2013.

Fuente: <https://cendie-redcor.cba.gov.ar/851/1/Ley%2010148%20D%C3%ADa%20del%20Cordobazo%20y%20de%20las%20Luchas%20Populares.pdf>

< [Imagen 29](#)

50 años de El Cordobazo - Mapping Casa Histórica CGT, Córdoba, mayo de 2019. Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=eS9TZGj-388>

< [Imagen 30](#)

Busto de Atilio López (1929-1974), Bv. San Juan y Vélez Sarsfield, Córdoba. Fotografía de Franco Trintinaglia, 2021.

< [Imagen 31](#)

Monumento a Agustín Tosco (1939-1975), Bv. San Juan y Vélez Sarsfield, Córdoba. Fotografía de Franco Trintinaglia, 2021.

< [Imagen 32](#)

Busto de Elpidio Torres (1929-2002), Bv. San Juan y Cañada, Córdoba. Fotografía de Franco Trintinaglia, 2021.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agulla, J. C. (1969). *Diagnóstico social de una crisis. Córdoba, mayo de 1969*. Córdoba: Editel.

Altamirano, C. (1994). Memoria del 69. *Estudios*, (4), 9-13.
Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/14331/14377>

Barthes, R. (2008). *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Buenos Aires: Paidós.

Baudrillard, J. (2006). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Anagrama.

Berger, J. (2017). *Para entender la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.

Borges, J. L. (1961). Del rigor de la ciencia. *El hacedor*. Buenos Aires: Emecé.

Brennan, J. P. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Bourdieu, P. (2000). La "juventud" sólo es una palabra. *Cuestiones de sociología*. Madrid: Editorial Istmo.

Caballero, C. (1994 [1969]). Discurso del Dr. Carlos Caballero. *Estudios*, (4), 123-124. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/14331/14377>

Calvino, I. (1998). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela.

Carassai, S. (2013). *Los años setenta de la gente común*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Cattaruzza, A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. *Entrepasados*, 6(13), 103-116.

Colomé, R. A. (1967). Construcción y vivienda en la ciudad de Córdoba, 1947-1965. *Revista de Economía y Estadística*, 11(3-4), 67-98.

Da Matta, R. (1998). *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Delich, F. (1970). *Crisis y protesta social, Córdoba 1969*. Buenos Aires: Signos.

El Cordobazo, cuatro años después. (4 de junio de 1973). *Siete Días Ilustrados*.

Forster, R. (2015). *Antología de manifiestos políticos argentinos: tomo II 1956-1976*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura de la Nación.

Fulchieri, B. (2018). *El Cordobazo de las mujeres. Memorias*. Córdoba: Ed. Las Nuestras.

Gamarnik, C. (2020). *El fotoperiodismo en Argentina. De Siete Días Ilustrados (1965) a la Agencia SIGLA (1975)*. Buenos Aires: Arte x Arte.

Garzón Maceda, L. (2009). *Épica y reverso de un proceso. La CGT Córdoba de La Falda al Cordobazo. Conversaciones de Jorge Oscar Martínez con Lucio Garzón Maceda*. Córdoba: Edición Unión Obrera Gráfica Cordobesa.

Garzón Maceda, L. (1994). Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas. *Estudios*, (4), 25-34. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/issue/view/1241/showToc>

Gordillo, M. (1999). *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: SEU-UNC.

Gordillo, M. (1999). Paso, paso, paso, se viene el cordobazo. Mayo del '69 y los usos de la memoria. *Estafeta*, (32), 41-45.

Legislatura de la Provincia de Córdoba (2013). *Ley 10148*. Disponible en: <http://web2.cba.gov.ar/web/leyes.nsf/85a69a561f9ea43d03257234006a8594/b2557b5b4e6262c303257b9c005edfff?OpenDocument>

Marimón, A. (1988). La fiesta. *El antiguo alimento de los héroes*. Buenos Aires-Montevideo: Puntosur.

Mata, M. C. (1994). El porqué de un radioteatro. *Estudios*, (4), 211-212. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/issue/view/1241/showToc>

O'Donnell, G. (1984). *¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. Indiana: Kellogg Institute, Notre Dame.

Paz, O. (1994). Olimpiada y Tlatelolco. *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El Laberinto de la Soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Los estudiantes (4 de junio de 1969). *Gente*.

Salzano, D. (2015). Aquellos fueron los días. En J. O. Martínez (coord.). *Elpidio Torres. Protagonista fundamental de "El Cordobazo"*. Córdoba: Unión Obrera Gráfica Cordobesa.

Schmucler, H. (2019). Memoria de los años 1960, en Córdoba (1993) y El Cordobazo, la Universidad, la memoria (1994). *La memoria, entre la política y la ética. Textos reunidos de Héctor Schmucler (1979-2015)*. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <https://www.clacso.org/la-memoria-entre-la-politica-y-la-etica/#more-16593>

Tcach, C. (2020). Usos y abusos del Cordobazo. *Estudios sociales*, (58), 183-195.

Televisión Pública (4 de diciembre de 2009). *Sucesos Argentinos - Noticiero - Primeras Imágenes de la Televisión* [Archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=d98sHkhq4c8>

Torre, J. C. (1994). A partir del Cordobazo. *Estudios*, (4), 15-24. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/issue/view/1241/showToc>

Torres, E. (1999). *El Cordobazo organizado. La historia sin mitos*. Buenos Aires: Catálogos.

Tosco, A. (1970). Córdoba. Testimonio del Cordobazo. *Enfoque. Revista mensual de noticias*.

Disponible en: http://www.agustintosco.com.ar/4_de_junio_de_1970.htm

UEPC Córdoba (3 de junio de 2019). *50 años del Cordobazo - Mapping Casa Histórica CGT*. [Archivo de video].

Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=eS9TZGj-388>

Universidad Nacional de Córdoba (2019). UNC. Campus virtual.

<https://www.unc.edu.ar/>

Varela, M. (2005). 1969: la historia en directo. *La televisión criolla: desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna (1951-1969)*. Buenos Aires: Edhasa.

SOBRE EL AUTOR

Diego García

Es profesor de Historia (UNC) e historiador. Coautor y responsable de contenidos del seminario *El Cordobazo: ciudad, acontecimiento y fiesta*, del ciclo “Entre la Pedagogía y la Cultura” del ISEP. Profesor titular de la cátedra Historia del Libro y las Bibliotecas (FFyH, UNC) y de la cátedra Problemáticas de la Sociología Latinoamericana y Argentina (FCS, UNC). Se desempeña como docente en instituciones de nivel Secundario y en institutos de formación docente. También ha dictado diversos cursos y seminarios de grado y posgrado. Cuenta con numerosas publicaciones, y fue coeditor del libro *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (2010).

ANEXO

Texto de presentación y fundamentación de la propuesta de formación del ISEP destinada a estudiantes de formación docente y a docentes noveles: Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”.

Más información sobre la propuesta formativa en info@isep-cba.edu.ar

Diálogos sobre Pedagogía y Cultura

En agosto de 2017, a partir del recorrido por los seminarios del ciclo “Entre la Pedagogía y la Cultura”, entusiasmados con lo que han desencadenado y lo que prometen, se nos ocurre iniciar un “diálogo” o, podríamos decir también, una conversación, justamente, sobre pedagogía y cultura. Un diálogo entre colegas –porque ya lo somos o en un futuro próximo lo seremos–, un diálogo entre docentes, con el propósito de reflexionar, intercambiar pensamientos y miradas sobre algunos asuntos nodales de esta profesión que elegimos.

Vale recordar en este inicio, para introducirnos desde el comienzo en **la cuestión de la pedagogía**, que esta disciplina guarda relación con un tipo particular de diálogo, la mayéutica. Entre los griegos del siglo V a. C. –época de la polis, la filosofía y el teatro–, ejercitó Sócrates la mayéuti-

ca. Según su origen etimológico: “El vocablo viene del arte mayéutico u obstetricia, que es el arte de la partera (...) la cual no compone ni forma a los recién nacidos, sino que solo ayuda a la madre a dar a luz” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 65).

A través de la mayéutica, Sócrates buscaba que sus interlocutores alcanzaran pensamientos, que logran componer ideas propias a partir de los diálogos. Destaquemos que conocimos este método a través de Platón, discípulo de Sócrates, que retomó este ejercicio por escrito en los famosos diálogos socráticos.

En términos generales, los pensadores griegos consideraban que:

Un hombre solo no lo podría conseguir: para ver claro en nuestra alma es necesario espejarse en otra alma, es decir, para llegar a la formulación de la verdad se necesita del diálogo, aquel tipo de diálogo denso y preciso, “pequeño discurso” que Sócrates contraponía al tipo de “gran discurso” deslumbrador del que se complacían los sofistas con el único fin de persuadir al precio que fuere, preocupados más por el éxito que por la verdad y la justicia. (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 66)

El legado que reconocemos en la mayéutica, en perspectiva pedagógica, es que al saber se accede con otros. Dicho

de otro modo: a partir del diálogo, es posible acceder al saber. No solo por lo que ese otro nos dice, sino, principalmente, por lo que ese otro nos permite pensar y descubrir, por cómo nos interpela eso que nos dice.

Si suscribimos estas ideas, podremos revalorizar **el diálogo como acto pedagógico** del que devienen acciones que “un hombre solo no podría conseguir”. Reconoceremos que para acceder al saber es necesario un tipo particular de diálogo “denso y preciso” al que otro nos invita. Vincularemos la pedagogía con la apertura a la diferencia, a lo que el otro ofrece, alienta e inspira a partir de una inquietud, de una pregunta, de aquello que genera intriga, que despierta el deseo, deseo de saber, de buscar la verdad.

Con ganas de reeditar la potencia de este origen en un presente que parece haberlo desplazado –o, incluso, podría decirse que lo ha borrado–, desarrollamos este espacio de formación que llamamos **Pedagogía y Cultura** y se plasma en un conjunto de seminarios.

En cada uno de los seminarios, les proponemos un diálogo entre ustedes y nosotros –entre colegas docentes– en el que, a propósito de algunos acontecimientos culturales, conversaremos sobre asuntos centrales de la profesión que elegimos. Digámoslo en términos socráticos: los invitamos a pensar en “espejo” sobre nuestra profesión en el siglo XXI.

También en cada seminario les proponemos un diálogo, ya no entre nosotros, sino con un acontecimiento cultural,

con “algo o alguien” que heredamos de nuestros antepasados. En este sentido, no encontrarán en los seminarios “grandes discursos”; por el contrario, verán que los invitamos a una lectura todo lo densa y precisa que hemos logrado producir. ¿El objetivo? Estudiar, acercarnos a aquellas obras de la cultura que nos “encuentran”, que despiertan nuestro deseo de saber. El diálogo que proponemos busca explorar aquello que nos han dejado nuestros antecesores; por qué, para qué, cómo es que han llegado a esa producción cultural; qué los inquietaba, qué nos inquieta hoy... Al fin de cuentas, bajo la hipótesis que estamos desarrollando, es justamente lo que **le toca a la pedagogía: abrir un diálogo con la cultura.**

Desarmemos la hipótesis en preguntas, que son también las inquietudes que, desde que empezamos a imaginar este proyecto, nos rondaron y animaron a desarrollarlo: ¿por qué invitamos especialmente a los estudiantes de formación docente a inscribirse en esta propuesta? Dicho de otro modo, ¿por qué ustedes son sus “únicos destinatarios”? Y también, ¿por qué estos seminarios, así definidos y desarrollados, y no otros? Finalmente, ¿por qué enhebrarlos en una actualización y, sobre todo, por qué colocar la bajo el nombre de “Pedagogía y Cultura”?

Como habrán advertido, son preguntas “sin vueltas”, bastante concretas, que, sin embargo, se podrían considerar retóricas, o que solo obedecen a cierto formalismo. Pero no es así, pues en este escrito intentamos responderlas, si

es posible, de la forma más adecuada y de a una por vez, clásicamente. Es que **en este proyecto de Pedagogía y Cultura**, lo que está en juego, lo que **buscamos comprender es aquello que “hace” a nuestra profesión**. Si seguimos a Masschelein y Simons (2014), podríamos plantear la pregunta: **¿qué hace que un/a profesor/a sea profesor/a?, ¿cuál es su piedra de toque?**

Podríamos apilar palabras rimbombantes para calificar de manera virtuosa, y por lo tanto indiscutible, tanto lo que queremos de los maestros/os/profesoras/es como de la sociedad; y también entonces, de los chicos y las chicas. Pero en estos años de estudio y trabajo, hemos aprendido que apelar a ese recurso no sería más que alcanzar una salida decorosa para una encrucijada que, sin dudas, es compleja de recorrer y está montada sobre un territorio en el que ya no pisamos sobre seguro, hecho de dinámicas que exceden toda simple enunciación de deseos. En las sociedades contemporáneas, de control o “líquidas”, como las llamó Zygmunt Bauman (2005), se potencia la percepción de que “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1988).

A propósito de estas inquietudes, nos interesa un libro que escribieron los filósofos belgas Maarten Simons y Jan Masschelein: *Defensa de la escuela. Una cuestión pública* (2014). Aquí, los autores se preguntan: “¿qué hace que una escuela sea escuela?, ¿cuál es su piedra de toque?”. Buscando respuestas, sobrevuelan la escuela desde sus más

lejanos orígenes. Ahí puede verse que no es nuevo que la escuela esté bajo sospecha. Incluso tan atrás como con los griegos se puso en la mira a la *scholé*, esa institución, ese conjunto de prácticas, de artefactos, ese lugar que aseguraba un “tiempo libre” a quienes se encontraran allí. Según estos autores, vale remontarse a los orígenes para reconocer a la escuela como lugar de tiempo libre. Tiempo libre de los requerimientos y las obligaciones que las familias, el trabajo y la sociedad tendrían asignados a cada quien. Tiempo libre para estudiar, para interesarse, para conocer el mundo, este mundo en el que vivimos. Planteemos aquí una hipótesis: ¿podemos hacer una escuela en la que los niños y las niñas, los y las jóvenes vivan la experiencia de la igualdad, vivan la experiencia de la libertad? ¿Vale sostener la hipótesis de una escuela en la que todos y todas puedan estudiar sin pre-juicios, abriendo el mundo a las nuevas generaciones?

En este marco se sitúa el ciclo “Entre la Pedagogía y la Cultura”. El espíritu de esa escuela hipotética habita en esta propuesta, en el diseño de cada uno y del conjunto de los seminarios que les vamos a poner a disposición. Están escritos a modo de “recibimiento”, hablando con ustedes, los “nuevos” profesores. Nosotros, los “viejos”, les presentamos en cada fragmento, que es cada uno de los seminarios, un pedacito de este mundo que compartimos. Para que lo recorran, para que lo experimenten, para que lo disfruten, lo sufran, lo sigan o lo abandonen. Esa será su

decisión. Hacer las presentaciones –como diría Meirieu (1998)– es nuestra responsabilidad.

Digamos en primera instancia que esta apuesta, que es también una decisión, puede leerse en la clave que ofrece Hannah Arendt (1996), para quien la educación es una cuestión ligada al “amor al mundo”, a la libertad sostenida en la confianza. Porque es con la llegada de “los nuevos” que hay posibilidades de que este se “renueve”, perspectiva que nos exige sostener la transmisión como una forma de cuidado, de no arrojarlos al “mundo”, de no dejarlos solos, sino, por el contrario, de “introducirllos” en el mundo, de acompañarlos en este ingreso y ofrecerles herramientas con las que moverse y con las que puedan decidir qué caminos quieren abrir. Se trata de mostrarles algo del “mundo” de la manera más eficaz y plena a “los nuevos”, para ayudar a que se incorporen y, a la vez, hacer lugar a la novedad que traen. Esta es nuestra perspectiva acerca del trabajo docente, de los maestros/as profesores que necesitamos; para ese trabajo nos prepara la formación docente que aquí propiciamos.

Esta perspectiva también les pide a ustedes que, en tanto han asumido un compromiso con la profesión que han elegido, no dejen de ver –no dejemos de ver– que esta tiene al cuidado del “mundo” y al cuidado de “los nuevos” como su condición principal, definitoria. Su “esencia”, como llega a escribir Arendt. Podríamos darle una pequeña vuelta y, ya que ustedes también son “nuevos” en su incorporación como maestras/os-profesoras/es en este campo de la

pedagogía, enunciarlo del siguiente modo: confiamos en la chance de que con ustedes venga algo nuevo, algo que será para mejor –para la educación y para el mundo– y que nosotros hemos sido incapaces o no tuvimos cómo imaginar. Nosotros, en tanto maestras/os-profesores con extenso recorrido en las aulas, nos obstinamos en no privarlos a ustedes del mundo, de todo eso que bien vale que sea transmitido, porque son flamantes profesionales en este campo y podrán renovarlo. Y además, y sobre todo, porque recibirán en las escuelas a los chicos y las chicas, ellos sí “los nuevos” en un sentido más pleno, para con quienes no quedar con las manos vacías de conocimiento, incluso sin mundo sobre el que posarse, será de vital importancia. Para ellos y para el mundo a renovar.

Nos aproximamos de este modo a una de las maneras de responder a la segunda pregunta: por qué nos decidimos por producir estos seminarios y no otros. En primer lugar, en esta propuesta se reconoce la formación que ustedes ya obtienen en sus profesorados. No encontrarán acá una experiencia que compita con la que les ofrecen sus instituciones, sino otra cosa. Adentrarnos en la obra y en la vida de Domingo Faustino Sarmiento, a partir de la lectura de pasajes de sus libros, le da forma y sentido a uno de nuestros seminarios. Si bien Sarmiento, como no podría ser de otra manera, está presente aquí y allá en la formación docente inicial, no lo está de este modo, en primera instancia, con un seminario dedicado a él. Incluso, porque no ponemos el

acento principal en su relación con la educación, sino que buscamos atender sus enunciados más amplios sobre la cultura y la vida en común en la Argentina. Sarmiento es un “contenido” –permítasenos decirlo así– que excede a las materias que conforman sus carreras y, a la par, es significativa para todas ellas.

Algo similar podríamos afirmar respecto del seminario que dimos en llamar “La exploración del espacio y la estatura del hombre”, ya que en él se combinan conocimientos de las ciencias conocidas como “duras”, con una reflexión sobre esas mismas ciencias, sus efectos sobre la cultura y en relación con la historia y la filosofía.

En el seminario en el que nos abocaremos a la lectura de una serie fundamental de cuentos de Jorge Luis Borges, invitamos a pensar, a partir de ellos, problemas que atañen a la matemática, otros a la historia, aunque siempre, claro está, respetando su condición más propia como literatura.

Por su parte, recorrer la obra del filósofo contemporáneo Jacques Rancière supone introducirnos en un pensamiento en el que la estética y la política se entrecruzan y, a la vez, se conjugan con la educación. Como se puede apreciar, nos interesó definir contenidos que excedieran los contornos usuales de las materias y de la forma más convencional de separar a las disciplinas –que las atravesaran–, para así invitar a pensar en relaciones que no conocen de compartimentos estancos.

En esta misma dirección, y antes de avanzar con la otra mitad de esta respuesta o la segunda manera de atender a la pregunta, nos viene bien retomar el hilo argumentativo que nos proporciona Arendt: esperamos que cada seminario logre en sí mismo expresar un “acontecimiento” cultural, “algo” que la humanidad, en una de sus tantas peripecias, produjo, y que nosotros heredamos. Nuestro trabajo tuvo ese objetivo. Porque más allá de que estemos o no de acuerdo, y del gusto de cada uno, eso que heredamos está con nosotros, es parte del “mundo”, y con él, queramos o no, tenemos que tratar. Esto vale para Sarmiento, para la controversia entre ciencia, humanismo y tecnología, para la filosofía de Jacques Rancière, para los cuentos de Borges. Compartir ese “mundo” entre nosotros y con quienes serán nuestros estudiantes es una forma de conocer mejor en qué situación estamos y, a la vez, de hacer posible su “renovación”. Puede sonar ampuloso, pero nos dan ganas de traer aquí esa vieja frase –o “máxima”, ya que por un tiempo se dijo así–, que viene rodando desde hace un par de siglos antes de Cristo, por obra de un escritor latino: “Nada de lo humano nos es ajeno”. Divisa del humanismo de la que nos gusta estar muy cerca en este espacio de Pedagogía y Cultura, que pone entonces en un segundo plano las especificidades de las asignaturas, para acentuar lo que las une.

A la hora de definir estos seminarios, priorizamos recortar objetos culturales y acontecimientos para hacer de

ellos nuestro tema de estudio –y también, de experiencia–, pues nos gustaría que fueran eso. Probablemente lo hayan advertido: intentamos plantearlos de la manera más sencilla posible. Las clases están dispuestas en función de ese objetivo, de que ese encuentro se produzca, entre ustedes y Sarmiento, entre ustedes y los dilemas de las ciencias en su “conquista” del espacio durante el siglo XX, entre ustedes y los cuentos de Borges, entre ustedes y la filosofía de Jacques Rancière. Esa y no otra será nuestra meta. Parece evidente la decisión, sin ningún forzamiento, casi natural entonces, pero deja de ser así, si miramos solo un poco más de cerca lo que nos rodea, tanto en el mundo de la educación como por fuera de él. Porque de un tiempo a esta parte, por delante de la posibilidad de que tengan lugar encuentros como los que a nosotros ya nos están implicando, se ponen los esquemas interpretativos, la glosa cada vez más distante o la lógica de los *papers*. De este modo, las palabras de los maestros, nuestras palabras, corren el riesgo de volverse, si no distractoras de esa relación, extremadamente simplificadoras, alejándonos de esos objetos culturales y acontecimientos, de su rareza y singularidad.

Decíamos “de un tiempo a esta parte”, ¿pero no será acaso esta la manera más usual en la que tiende a cristalizarse la cultura, a osificarse también y a domesticarse, a volverse mera opinión o información, a volverse doctrina en su forma actualmente dominante? Estamos ante la di-

ficultad, que sería difícil exagerar, que amenaza siempre a la transmisión.¹

Se suele plantear que los monumentos indican el tránsito que hacen los contenidos de la cultura, desde su momento vivo e inevitablemente contradictorio, hecho de luces y sombras, hasta su presencia sin mácula, fría y también distante. Sin dudas es así, pero no hay quien niegue que los monumentos son necesarios para la vida en común, ¿no? Además, hay monumentos y monumentos, en tanto algunos –cosa que nos alegra– están muy lejos de ser lápidas que expulsan al pensamiento. A veces, también, se señala que los manuales –los viejos manuales o, como lugar común, la revista *Billiken*– realizan esa simplificación que, por lo demás y sobre todo, contagian pocas ganas de seguir leyendo y aprendiendo, de empezar a hojear *El origen de las especies*, de Darwin, por poner un ejemplo, o *La divina comedia*, de Dante Alighieri. A lo sumo, informan y permiten salir del paso; a veces, entretienen.

Pero pongamos una situación más discutible, a riesgo de que se nos malinterprete, cosa que esperamos que ocurra –algo de malinterpretación siempre es bueno para el pensamiento–, pero que ocurra lo menos posible. Saúl Tabor-

1 Rosario Castellanos, una maestra y también poeta mexicana, termina un capítulo del libro *La corrupción* (1969) –dedicado a pensar y fustigar la corrupción intelectual– insistiendo sobre este asunto de la doctrina que sobrevuela amenazante a la profesión del “magisterio”, profesión que, por otra parte, existe sobre la base de la predisposición y de la apertura, anhelante, acentuemos, ante el “rumor de comunidad” que es el aula.

da, Coriolano Alberini, Bernardo Canal Feijóo, Noé Jitrik, Fermín Chavez, David Viñas, Tulio Halperin Donghi y Ricardo Piglia han escrito textos fundamentales sobre Sarmiento y, en particular, sobre su ineludible libro *Facundo o civilización y barbarie*. Los nombramos a ellos pero la lista podría ampliarse, ya que conversar o discutir –o las dos cosas–, a veces más críticamente, a veces menos, sobre la Argentina a partir de Sarmiento es un ejercicio fundamental de nuestra cultura. Podríamos adentrarnos en esas lecturas, perseguir sus argumentos, cotejar sus valoraciones en contrapunto y tal cosa sería legítima. De hecho, cuando se lo aborda en algunas aulas –incluso universitarias–, a menudo se lo hace a partir de lo que se ha escrito sobre él. Pero en estos seminarios queremos ir –es el intento que los define– sobre la materialidad, la letra misma, la espesura más propia de estos acontecimientos y objetos culturales. Es decir, leeremos páginas y páginas de *Facundo...* y de *Recuerdos de provincia*, como de *Ficciones* y *El Aleph* de Borges o de *El maestro ignorante* de Rancière. Impedir que la atención colocada en la madeja –por momentos riquísima– de obras que se ligaron a ellos nos aleje de su riqueza, de su lectura, es nuestro propósito.

En la elección de esta perspectiva es sobre todo –y otra vez– Hannah Arendt (1996) quien nos ha ayudado. Porque para esta pensadora, la posibilidad de la vida en común entre los humanos, que cargan con sus tantas diferencias, descansa en el hecho de que haya un “mundo” com-

partido. Y tal cosa existe cuando algunos objetos creados por los humanos, también la memoria de algunos acontecimientos –y todo remite a libros y a obras de arte que la recogieron– se erigen más allá del proceso consumidor de una vida biológica y, de esta forma, permanecen. Nosotros pasamos, como pasaron nuestros mayores, y los objetos quedan. Estos son los que hacen posible que haya vida en común, compartida, con desacuerdos y litigios, pero que refieran a una misma mesa, a coordenadas comunes. Un escritor argentino, Héctor A. Murena (1979), cuenta que, cuando los jóvenes griegos se veían obligados, debido al crecimiento de la población, a abandonar la polis para colonizar nuevas tierras en las costas del Mediterráneo y fundar una nueva ciudad, llevaban consigo un puñado de tierra de lo que por siempre sería su lugar de origen, el de sus padres y sus ancestros. En el nuevo sitio elegido, cavaban un profundo pozo en el que tiraban la tierra que había navegado con ellos, con la intención de sellar la continuidad y evitar la ruptura. A ese pozo lo denominaban *mundus*. Arendt entiende que “mundo” y cultura, palabras íntimamente ligadas, es lo que nos reúne, y se trata siempre de un fenómeno colectivo, mientras que el consumo es estrictamente individual.

Se puede gustar más o menos de Sarmiento, acordar más o menos con él; se ha intentado incluso olvidarlo o, lo que es parecido, elevarlo tan alto y monumentalmente como para garantizar su aislamiento y entierro final. Pero Sarmien-

to persiste, nos acompaña, como sueño o pesadilla –poco importa, ya que no es esto lo decisivo–. En cuanto a todo lo que se ha escrito sobre él, es probable que los textos de los autores que mencionábamos también pasarán a ser parte de la cultura, del mundo compartido, pero también es cierto que su valor se encontrará en capas secundarias, no en las principales, incluso alimentando discusiones entre especialistas. Digámoslo con un ejemplo: lo verdaderamente relevante es que un maestro, enseñe la materia que enseñe, haya leído “Funes el memorioso”, de Borges, y pueda problematizar mucho de lo que se desprende en ese cuento a propósito de la memoria, el olvido y la vida. No hace falta que, aun siendo fenomenal la lectura que propone Juan José Saer sobre la obra de Borges, en tensión con el realismo mágico tan en boga en los años sesenta, esta ocupe el mismo lugar en la formación de un maestro.

Se trata, atendiendo al diagnóstico de Arendt (1996) que refiere a la tendencia tan marcada a proponer “procesos” para explicar las claves de la vida en sociedad, de recuperar la posibilidad de leer *en* su propia singularidad, de escuchar –sin intermediarios ni intérpretes– lo que estos acontecimientos y estas obras tienen para decirnos.

Pues, si uno dice “procesos”, está suponiendo leyes del desenvolvimiento social que son inapelables, que ocurren y obligan, que, por lo tanto, naturalizan. Así, entonces, no queda margen para la libertad, para la irrupción de lo nuevo o de “los nuevos” que nunca lo son enteramente, de

acuerdo, pero que tienen su singularidad en ser irreductibles a aquello que los precede. Si todo está atado a determinaciones, los procesos señalan tal cosa, no queda espacio para la acción humana con su consiguiente libertad, ni en el pasado ni en el presente ni en el futuro. Los objetos culturales y los acontecimientos, si bien tienen ligaduras con situaciones, por eso nunca son caprichosos, ante todo son creaciones, novedades. La noción de “proceso”, entronizada –ese es el problema, no que se apele a ella, sino que se la entronice– subsume, postra. Y, sumaríamos, alisa hasta volver tediosa a nuestra cultura, repetición de lo mismo o de lo ya sabido.

Por último, ante la tercera y última pregunta, quizás valga decir solo algunas pocas cosas más. No nos gustaría redundar. Si logramos desandar bien el argumento, ya se adivinará el sentido de la respuesta. Nos recuerdan Simons y Masschelein (2014) que en Grecia se llamaba *pedagogo* al esclavo que llevaba a los nuevos a la escuela, que de este modo hacía posible el tránsito desde un ámbito – el doméstico, familiar– hacia otro en el que los reuniría el “mundo” que les sería mostrado.² Se abre así una manera entonces de aproximarnos a una definición de lo que es la pedagogía, claro, la que a nosotros nos interesa y que ani-

² Origen bajo el de los pedagogos, sin ágora, dominado. Un trabajo que tiene bastante de manual, por eso propio de un esclavo. Pero no es esto lo que en un punto nos estremece, sino que los orígenes de la escuela se conjugaron con la desigualdad, con la esclavitud de aquellos que, entre tantas otras cosas, quedaban privados de “mundo”.

ma a este espacio: el arte –y el trabajo– de volver cierto el paréntesis respecto a las demandas sociales y de actualidad, que permita el “tiempo libre” de la escuela para que los “nuevos” reciban un legado. La cultura es ese legado. En este sentido, Pedagogía y Cultura son nociones que se encuentran indisociablemente ligadas, poca cosa o nada es una sin la otra.

Incluso aunque se llegue a advertir el carácter nunca seguro ni tampoco pleno de esta tarea que define a la pedagogía –no siempre se logra producir ese tiempo libre, y la aparición del mundo en él, de la mano del maestro, es tan solo una chance–, planteado de esta forma, el cuadro es casi armónico, clásico. Parece hasta sencillo. El problema, y esto está en el corazón de todo lo que ha pensado Hannah Arendt, es que “tradición” y “autoridad” –palabras que nos rondaron todo el tiempo y que sostienen al maestro y a la escuela– se encuentran ya desde hace tiempo en profunda crisis, agotadas. El maestro tiene que vérselas con la tarea de transmitir el mundo, pero sin contar a su favor con el vigor y la irrefutabilidad de la tradición y la autoridad. Incluso la noción misma de cultura está en crisis, lo sabemos bien, ella también transformada en materia de la sociedad del espectáculo. La diferencia que traza Arendt entre “mundo” y cultura ante todo se relaciona con la condición segura, fuera de toda duda, de lo que será legado de generación en generación. Cuando goza de esa consistencia, se puede hablar de cultura. Ahora bien, nada o muy poco

está rodeado de esa certeza. El maestro está parado sobre una de las líneas más agudas de la crisis, en la que ocurre con estrépitos la ruptura entre el pasado y el futuro. Ya no por el convencimiento, más o menos alucinado, de que esa ruptura es el precio que hay que pagar para alcanzar una tierra prometida, sino tan solo por la fascinación que ejerce la moneda de lo actual. No adula a nadie Arendt –no tendríamos ni que decirlo–, pero sobre este campo de fuerzas, la tarea del educador parece casi heroica.

Por último de nuestra parte, ya con ganas de ver cómo sigue esto a partir de sus palabras, ratificamos nuestro interés de que este tránsito por estos seminarios pueda constituir una experiencia. Para Walter Benjamin, la experiencia, que en los años 30 del siglo XX él entendía que estaba en agonía, era una forma de ligar lo nuevo y vivido con la tradición, con lo heredado. Sin sacarnos este diagnóstico de la cabeza, el espacio de Pedagogía y Cultura quiere ser un aporte para apuntalar un diálogo, una conversación larga, para hacerla más rica e implicarnos en ella, de modo que también haya lugar, el máspreciado sin dudas, para los nuevos.

Javier Trímboli y Adriana Fontana

REFERENCIAS

Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (2012). *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Península.

Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Benjamin, W. (1982). Experiencia y pobreza. En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus. Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Auto-res/benjaminw/esc_frank_benjam0005.pdf.

Castellanos, R. (1969). La corrupción intelectual. En R. Castellanos et al., *La corrupción*. México: Nuestro tiempo.

Masschelein, J. y Simons, M. (2014). *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Meirieu, P. (1998). *Frankenstein educador*. Barcelona: Laertes.

Murena, H. (1979). *El nombre secreto*. Caracas: Monte Ávila.

Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires: El zorzal.

Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.

Saer, J. (1997). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral.

Este libro se terminó de editar en
marzo de 2023 en el Instituto Superior de
Estudios Pedagógicos de Córdoba.

www.isep-cba.edu.ar

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN



*Sombra terrible.
Sarmiento entre
civilización y barbarie,*
de Javier Trímboli
e Ignacio Barbeito



*La curiosidad por las cosas del mundo.
Apuntes sobre la filosofía de Jacques
Rancière,* de Gabriel D'Iorio

